



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN FILOSOFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS

LA FÍSICA DE VENUS. UNA LECTURA DEL MATERIALISMO DE LUCRECIO.

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
MAESTRA EN FILOSOFÍA

PRESENTA:

ALEXANDRA GUADALUPE PERALTA VERDIGUEL

TUTOR:

DR. ÓSCAR MARTIARENA ÁLAMO
F F y L - UNAM

MÉXICO, D. F., JUNIO 2015



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis papás y hermanas

A Ángel Alonso

Al Dr. Óscar Martiarena

A mis amigos: Marco, Roberto,
Cynthia Renato y Ulises

¡Oh míseras mentes humanas! ¡Oh ciegos corazones!
¡En qué tinieblas de la vida, en cuán grandes peligros se consume este tiempo, tan breve! ¿Nadie ve, pues, que la naturaleza no reclama otra cosa sino que del cuerpo se aleje el dolor, y que, libre de miedo y cuidado, ella goce en la mente un sentimiento de placer?

Lucrecio, *De la naturaleza*, II, 14-19.

Si somos capaces de aguantar y repetirnos lo que es el hecho más simple de la existencia –átomos, vacío y nada más, átomos, vacío y nada más, átomos, vacío y nada más-, cambiaremos nuestra vida.

Stephen Greenblatt.

Índice

Introducción	6
Antecedentes	11
Capítulo 1. Lucrecio: un poeta epicúreo	25
Capítulo 2. <i>Natura</i>	34
2.1 Los principios básicos	36
2.2 Átomos y vacío	44
2.3 El infinito	50
Capítulo 3. <i>Clinamen</i>	56
3.1 El movimiento atómico	57
3.2 El clinamen: <i>incerto tempore incertisque locis</i>	63
3.3 Interpretaciones contemporáneas del <i>clinamen</i>	66
3.3.1 Tim O’Keefe	70
3.3.2 Walter Englert	72
3.3.3 Michel Serres	76
3.3.4 Clément Rosset	80
3.3.5 José Luis García Rúa	83
3.4 Breves comentarios a las interpretaciones	84
Capítulo 4. <i>Voluntas</i>	88
4.1 <i>Voluntas</i>	89
4.2 Interpretaciones sobre la relación entre el <i>clinamen</i> y la <i>voluntas</i>	95
4.2.1 Walter Englert	95
4.2.2 David Sedley	99
4.3 Breves comentarios a las interpretaciones	102

Conclusiones	106
Anexo	111
Bibliografía	120

Introducción

De rerum natura es un poema monumental, un canto a la naturaleza, escrito desde la perspectiva del materialismo epicúreo, una de las filosofías que floreció durante el periodo helenístico, en la tarde de la antigüedad, como la llamó Nietzsche.¹ Su autor, el poeta latino Tito Lucrecio Caro, expresó en dicha obra las ideas fundamentales de la filosofía de su maestro, Epicuro de Samos (341-271/270 a. C.) y las roció con la dulce miel de las musas. No debe creerse empero que el latino fue un mero divulgador o traductor de las ideas griegas al latín; antes bien, es conveniente reconocer la profundidad de su pensamiento. Lucrecio pensó y expresó la naturaleza. La claridad con la que expone una filosofía compleja y extraña al mundo latino, es fruto de una actitud filosófica desde la cual el poeta describe con minucia la realidad.

Lucrecio expone, uno a uno, los temas fundamentales de la doctrina epicúrea. Sin prisa y con un ánimo siempre cordial, el poeta despliega ante la mirada ávida del lector, estimulada desde el primer verso por la famosa invocación a Venus, una naturaleza diversa y creativa, libre de amos. Con su pluma de poeta, el autor presenta cada uno de los principios epicúreos, la física atómica, materialidad y mortalidad del alma y del mundo, la teoría del conocimiento y la cosmología. De la exhortación a Venus, la diosa benefactora de los hombres, a quien solicita salud y paz, a los versos sobre la crueldad con que la peste azotó a Atenas, pasaje que cierra el poema, se manifiesta, de manera magistral, el mundo visto por un poeta epicúreo.

El lector de Lucrecio se enfrenta de entrada con dos complicaciones: el carácter enigmático del autor y la complejidad de la obra. En relación con el primer punto, como tendremos oportunidad de señalar en el capítulo 1, el misterio en torno a la vida del poeta es una marca característica que no dificulta el acercamiento a la obra, al respecto Michel Serres afirma: “Como si los epicúreos no hubieran dicho nunca que la ley del relámpago se encuentra en el relámpago y no en la ira del sujeto Júpiter. La ley del texto está en el texto, y no en el ceniciento pecho de quien está muerto desde hace mucho tiempo”.²

¹ Friedrich Nietzsche, *La ciencia jovial [La gaya scienza]*, Madrid, Colofón, 2001, § 45.

² Michel Serres, *El nacimiento de la física en el texto de Lucrecio. Caudales y turbulencias*, Valencia, Pre-Textos, 1994, p. 55

En cuanto al segundo aspecto, el lector reconocerá muy pronto que el discurso epicúreo no es del todo extraño para el oído moderno sino más bien familiar. Las ideas expuestas en el poema, tales como el materialismo, la existencia de los átomos y el vacío, la infinitud de los mundos, la contingencia y la diversidad de la naturaleza no son ajenas a las nociones de nuestro tiempo. Esta obra ha hecho posible que conozcamos con profundidad un planteamiento antiguo que tuvo, por muchos siglos, una recepción negativa y que, no obstante, contribuyó a la emergencia de nuestro mundo moderno.

En el presente trabajo emprendemos un breve estudio sobre uno de los movimientos atómicos descritos por Lucrecio, a saber, la declinación de los átomos o *clinamen*, cuya relevancia en la doctrina de la naturaleza es central. Para tal efecto, nos detenemos en el contenido del primer libro del poema y en los primeros 300 versos del segundo. Nuestro propósito es además exponer algunas interpretaciones contemporáneas sobre el tema a fin de poder reflexionar acerca del papel que juega el movimiento mínimo y espontáneo de los átomos en la física que se desprende de *De rerum natura*.

Tradicionalmente, el *clinamen* se había entendido como una debilidad de la física epicúrea, debido a que parecía no tener sentido la formulación de un movimiento de los átomos sin causa alguna.³ En distintas recepciones e interpretaciones del poema el *clinamen* fue interpretado como un factor irracional introducido a falta de una mejor explicación de la generación y destrucción de las cosas; fue entendido así como un movimiento peligroso y condenable, porque esa leve desviación que sucede *incerto tempore ferme incertisque locis* –en un momento indeterminado y en un lugar indeterminado- introduce a nivel atómico el carácter no determinado y azaroso de la naturaleza y, con ello, a nivel humano, la libertad. En cierto sentido, el problema consistió en que la explicación epicúrea de la naturaleza, al no necesitar causas externas a ella, esto es, en particular, acción divina, no dejaba espacio a la religión ni a la metafísica. No obstante, algunos estudios contemporáneos, como se comentará en la sección de Antecedentes, permiten constatar la presencia de una nueva valoración de dicho tipo de moción y una mayor atención a la filosofía materialista.

Antes de comentar la estructura del presente trabajo, quiero mencionar los dos principales alicientes que impulsaron su realización. En primer lugar, el acercamiento a la

³ Sobre la recepción del poema se puede consultar: José Luis Pardo, “Lucrecio como futuro” en Serres, M., *op. cit.*; pp. 7-14. Francisco Socas, “Introducción” en Lucrecio, *La naturaleza*, intr. y trad. F. Socas, Madrid, Gredos, 2003, pp. 7-97.

obra de Lucrecio durante mi formación. En el curso de “Problemas de Estética” del doctor Óscar Martiarena, estudiamos la relación entre filosofía y poesía en esta magnífica obra de la antigüedad. Allí nació mi admiración por el poeta. En segundo, la lectura del libro de Michel Serres titulado *El nacimiento de la física en el texto de Lucrecio. Caudales y turbulencias*, donde el filósofo francés estudia el poema en relación con la ciencia antigua, y donde acuña la noción de “física de Venus” con el sentido de una propuesta científica de comprensión del mundo, radicalmente distinta a la moderna, la cual, de acuerdo con Serres, está bajo el auspicio de Marte. Tales fueron, en mi caso, no sólo los puntos de entrada personal en la obra de Lucrecio sino los motivos principales que me llevaron a estudiar el poema.

Comentemos ahora la estructura de la tesis. En principio, conviene señalar que hemos utilizado la frase de Serres “física de Venus” para designar este trabajo, porque consideramos que la doctrina que Lucrecio expone es un estudio de la naturaleza, una física bajo el signo de Venus, es decir, del amor y la fecundidad que la diosa romana representa. Además, el poeta le pide que sea su compañera en esta empresa.⁴ No pretendemos, sin embargo, desentrañar en este estudio el sentido de la invocación a Venus con la que abre el poema, sino simplemente tomar como pretexto la referencia a la diosa.

La tesis comienza con la presentación de un breve estado del arte sobre las investigaciones más significativas para el estudio del *clinamen*; este apartado se intitula “Antecedentes” y tiene como objetivo exponer al lector un panorama general del tema que nos ocupa. El primer capítulo, “Lucrecio: un poeta epicúreo”, versa sobre el autor y su obra. El propósito de esta sección es mostrar al poeta a partir de algunos de sus versos. Asimismo, se realiza una breve consideración sobre el destinatario y la intención del poema.

Ahora bien, el eje de la tesis está constituido por los tres capítulos siguientes: *Natura*, *Clinamen* y *Voluntas*. En el capítulo 2, *Natura*, exponemos y comentamos los contenidos del libro I del poema, en el cual se describen los principios y los elementos básicos de la doctrina de la naturaleza. El objetivo de esta sección es presentar los fundamentos de la filosofía epicúrea que se encuentran en la base del poema de Lucrecio, a

⁴ Lucrecio, *De la naturaleza*, I, 21-27. [La traducción que se cita a lo largo del trabajo es la de Eduard Valentí Fiol. En caso de haber alguna modificación se hará la nota correspondiente].

saber, los átomos y el vacío, dado que es en dicho contexto donde se puede comprender el fenómeno de la desviación atómica y, posteriormente, sus implicaciones en el nivel macroscópico.

En el siguiente capítulo, titulado *Clinamen*, nuestro objetivo es analizar una demostración sobre la existencia de la desviación atómica que algunos intérpretes contemporáneos, como Don Fowler,⁵ han designado con el nombre de “argumento físico”. Para tal fin, nos detenemos en el pasaje constituido por los versos 216 al 250 del libro II del poema. En un primer momento, presentamos el movimiento atómico en general y posteriormente hacemos alusión a los versos indicados; finalmente comentamos algunas interpretaciones contemporáneas del pasaje. Conviene mencionar que la selección que hemos realizado tiene el objetivo de mostrar al lector los estudios que juzgamos representativos de las posturas actuales de comprensión del tema; por un lado, los análisis de Tim O’Keefe y Walter Englert ponen de relieve la relación de la filosofía epicúrea con la aristotélica; por otro lado, los filósofos franceses Michel Serres y Clément Rosset muestran los distintos marcos de exegesis del pensamiento lucreciano, la ciencia antigua y el artificialismo, respectivamente. Por último, nos detenemos en el pensador español José Luis García Rúa, quien se enfoca en el análisis del azar y la necesidad dentro de la doctrina epicúrea.

En el capítulo 4, *Voluntas*, pasamos al estudio de lo que, a partir de los versos 251 a 293 del libro II, el ya mencionado Don Fowler llama “argumento psicológico”. En principio introducimos el pasaje y a continuación nos detenemos en dos interpretaciones sobre el tema. En este caso, exponemos dos estudios que se centran en el análisis de la naturaleza y la función de la *voluntas*, los de Walter Englert y de David Sedley. Por último, después de ofrecer al lector las conclusiones del presente trabajo, al final de la tesis transcribimos en latín los versos 216 al 293 del libro II del poema, así como la versión española de Valentí Fiol.⁶

Es conveniente mencionar que el estudio del poema no sólo permite conocer un pensamiento antiguo sino, a la vez, abre posibilidades para reflexionar temas fundamentales

⁵ Don Fowler, *Lucretius on atomic motion. A commentary on De Rerum Natura Book Two, lines 1-332*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

⁶ Aunque existen varias versiones en español del poema, explico porque elegí la de Eduard Valentí Fiol en los “Antecedentes”.

en torno a la filosofía y nuestro tiempo y nos invita a pensar de otra manera tanto la naturaleza como la vida humana. Consideramos que en la obra de Lucrecio podemos encontrar no sólo la descripción de una naturaleza en la que no hay necesidad ni fines, sino la constante afirmación de que es preciso comprender la realidad para librarse de temores y poder alcanzar la tranquilidad del alma.

Antecedentes

La actual proliferación de libros y artículos que abordan aspectos generales o específicos de la filosofía epicúrea atestigua el interés intelectual que la filosofía antigua ha suscitado en el ámbito académico en diversas partes del mundo. Es posible, por otro lado, considerar este fenómeno como un síntoma propio de nuestra época, como muestra de un interés vital por conocer el pasado, en este caso, el pasado filosófico para poder pensarnos a nosotros mismos, bien porque ese tiempo anterior se abre tanto enigmático como clarificador, o bien porque nos llama a investigar y practicar otra forma de hacer y vivir la filosofía.

En esta perspectiva vital por el estudio de la filosofía antigua se ubica la presente investigación sobre la filosofía epicúrea. El epicureísmo ha sido a lo largo de la historia malinterpretado e incluso en ocasiones se ha juzgado pernicioso. De acuerdo con los estudios sobre la recepción del epicureísmo y del poema *De rerum natura* en particular, entre los cuales se pueden destacar los de José Luis Pardo, Francisco Socas y Stephen Greenblatt,⁷ durante mucho tiempo esta filosofía fue tenida como un pensamiento cuando no incómodo, sí indigesto; una doctrina peligrosa que combina materialismo y hedonismo, ingredientes apropiados para la producción de hombres ateos y peligrosos no sólo para la religión sino también para la moral. Emilio Lledó describe claramente el prejuicio con el que se ha considerado a Epicuro (341- 271 a. C.) y su filosofía:

El original ensamblaje de teoría y práctica alcanzó en Epicuro una extraordinaria perfección que la filosofía posterior no acertó a valorar y que incluso, en algunos momentos pretendió falsificar. Sólo el pensamiento, verdaderamente revolucionario y creador, el pensamiento que sirve para ayudar a vivir lo real, y a aceptar las inevitables condiciones de posibilidad de la existencia humana, es capaz de despertar, en épocas oscuras, tantos recelos, tantas tergiversaciones y tantos odios. Pocos filósofos, como Epicuro, han experimentado un rechazo tan fuerte, una agresividad tan decidida.⁸

⁷ Vid. José Luis Pardo, “Lucrecio como futuro”, *apud* Michel Serres, *op. cit.*, pp. 7-14. Francisco Socas, “Introducción”, en *La naturaleza*, Madrid, Gredos, 2003, pp. 7-97. Stephen Greenblatt, “En busca de Lucrecio”, en *El giro, de cómo un manuscrito olvidado contribuyó a crear el mundo moderno*, Madrid, Crítica, 2012.

⁸ Emilio Lledó, *El epicureísmo. Una sabiduría del cuerpo, del gozo y de la amistad*, Barcelona, Montesinos Editor, 1987, p. 14.

Ciertamente, el rechazo a Epicuro y sus discípulos ha caracterizado la recepción de su mensaje, por lo cual resulta paradójico que esta filosofía haya logrado granjearse una diversidad importante de adeptos tanto en la culta Atenas como en la eterna Roma y perdurar hasta ya entrada la era cristiana.⁹

Ahora bien, el tema de esta investigación es *De rerum natura* de Tito Lucrecio Caro, el discípulo enigmático de Epicuro, que vivió durante el siglo I a. C. El poema ha llegado casi completo hasta nuestros días y se considera la exposición más acabada del epicureísmo. En los más de 7,500 versos que constituyen la obra encontramos los principios básicos de la doctrina de la naturaleza de dicha escuela, además de extensas y agudas demostraciones de los mismos.¹⁰ El poema es, entonces, un documento imprescindible para todo aquel que pretenda investigar sobre el atomismo, los principios y los movimientos de los cuerpos primeros, o bien en torno a la ética hedonista de los filósofos del Jardín.

En específico, nuestro propósito es indagar un componente principal de la doctrina de la naturaleza, nos centraremos en el estudio del movimiento de desviación atómica, es decir, el *clinamen*. Este tema es considerado como uno de los más polémicos, ya que por una parte, no hay ningún texto de Epicuro que dé cuenta de tal modo de desplazamiento y, por otra parte, es una pieza clave para comprender tanto el rechazo al determinismo democríteo como la modificación epicúrea del atomismo. En efecto, como se verá en el estado de la cuestión sobre los estudios contemporáneos, el *clinamen* ha sido objeto de diversas interpretaciones, dado que es una noción indispensable para la construcción de la concepción materialista de la naturaleza y de libertad en el ámbito humano. Por esta razón, el análisis de dicho problema será el eje de la presente indagación filosófica, para lo cual nos detendremos en los dos primeros libros del poema *De rerum natura* y en algunas investigaciones actuales respecto a esta cuestión.

Si bien el objeto de esta investigación es el *clinamen* en el *De rerum natura*, como señalamos, habremos de detenernos en el problema de la formulación de tal movimiento en

⁹ Vid., Olivier-René Bloch, « État présent des recherches sur l'épicurisme grec (rapport) » y Pierre Grimal, « L'épicurisme romain (rapport) », en *Association Guillaume Budé: Actes du VIIIe. Congrès*, Paris, Belles Lettres, 1969, pp. 93-168.

¹⁰ Sobre la transmisión del texto pueden consultarse los estudios de Eduard Valenti Fiol en su "Introducción" en Lucrecio, *De rerum natura. De la naturaleza*, Barcelona, Acantilado, 2012, pp. 17-60. Y el artículo de Stanley Barney Smith "The text of Lucretius. The manuscripts" *apud* William Ellery Leonard, *De rerum natura*. USA, The University of Wisconsin Press, 1949, pp. 95-115.

la filosofía de Epicuro. Este breve preámbulo es necesario porque en la literatura contemporánea existe una controversia en torno a la autoría del *clinamen*. De manera que para entrar en materia es menester tomar una postura al respecto.

Es sabido que la obra del filósofo de Samos era extensa y, no obstante, sólo ha llegado hasta nuestros días una mínima parte de su producción. Por un lado, se conservan las epístolas que el maestro escribió a sus discípulos Heródoto, Pitócles y Meneceo, así como una compilación de “Máximas capitales”, que Diógenes Laercio tuvo a bien reproducir en el libro X de su obra *Vidas y sentencias de los filósofos más ilustres*. Asimismo se cuenta con una serie de frases conocidas como “Sentencias vaticanas”, las cuales fueron halladas en 1888 en el llamado Códice Vaticano griego 1950.¹¹ Por otro lado, también se tienen algunos fragmentos de su *magnum opus* titulada *Peri physeos* (*Sobre la naturaleza*), que fueron encontrados en una villa situada en Herculano. Presumiblemente, la residencia perteneció a Calpurnio Pisón practicante del epicureísmo y amigo de Filodemo de Gadara (105-35 a. C.), quien también pertenecía a dicha escuela. Cabe indicar que tales fragmentos han abierto una veta importante en el estudio de esta filosofía.

Ahora bien, si hacemos una lectura atenta de la *Carta a Heródoto* que Epicuro escribió como breviario de las principales tesis de su doctrina de la naturaleza, no encontraremos formulado en ningún punto el movimiento de desviación atómica. Respecto a la ausencia de referencias en la obra del maestro, David Sedley, quien ha estudiado los fragmentos de los papiros de Herculano, hace notar que incluso en tales documentos el movimiento de desviación atómica está del todo ausente. No obstante, advierte que es posible considerar a Epicuro como autor de dicho desplazamiento. En este sentido, Sedley formuló una hipótesis, a saber, que la introducción del *clinamen* en el atomismo debió haber sido un agregado tardío. De acuerdo con la conjetura, el samio habría formulado el movimiento de desviación después de haber escrito la *Carta a Heródoto*, quizá cuando redactó los argumentos contra el determinismo que, gracias a los papiros, se sabe que se encontraban en el libro XXV del *Peri physeos*.¹²

¹¹ *Vid.*, Epicuro, *Obras*, Madrid, Tecnos, 1999. Así como la compilación de Herman Usener, *Epicurea*, New York, Cambridge University Press, 2010. (Publicada por primera vez en 1887), y Epicuro, *Opere*, Edición y traducción de Graziano Arrighetti, Torino, Giulio Einaudi, 1973.

¹² David Sedley, *Lucretius and the transformation of the Greek wisdom*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998. El autor señala que el libro de Epicuro *Peri physeos* constaba de 37 volúmenes, entre las copias

Otros estudiosos contemporáneos, por ejemplo Walter Englert, han hecho notar que es posible e incluso correcto atribuir la formulación de la desviación atómica a Epicuro, teniendo en cuenta que varias fuentes antiguas dan testimonio de ello.¹³ Por nuestra parte, consideraremos que el *clinamen* es una formulación de Epicuro, fundador de la escuela, aunque sin duda, siga resultando extraño que no exista ningún fragmento que lo confirme. Asimismo no hay certeza sobre las fuentes que Lucrecio utilizó para la elaboración de su obra,¹⁴ pero explica el movimiento de desviación en el libro II de *De rerum natura* en la parte correspondiente a la exposición sobre el movimiento atómico.

Habiendo presentado estas consideraciones, podemos comenzar con la exposición del estado de la cuestión, el cual consta de dos apartados. En la primera parte comentaremos los textos básicos, a saber, el poema de Lucrecio y la obra de Epicuro. En particular referiremos las principales traducciones y ediciones del poema en castellano. Respecto al filósofo de Samos, apuntaremos los libros que contienen una compilación de sus textos. Posteriormente, en el segundo apartado mostraremos el panorama sobre los estudios en torno al problema del *clinamen* y en general, sobre el poema.

Textos (ediciones y traducciones)

Iniciaremos con las ediciones y traducciones de la obra de Lucrecio a las que hemos tenido acceso. En primer lugar, tenemos la traducción del Abate José Marchena publicada en 1791.¹⁵ La de Marchena es una versión que tiene la virtud de estar en verso, lo cual

que se hallaron en la Villa había tres papiros correspondientes al libro XXV, en el cual se conserva un argumento contra el determinismo.

¹³ Vid., Walter Englert, *Epicurus on the swerve and voluntary action*, California, Stanford University, 1981, pp.1-2 Englert ofrece una lista de los fragmentos de fuentes antiguas que atestiguan que el *clinamen* es formulación de Epicuro, entre las cuales cabe destacar las siguientes: los críticos del epicureísmo, Cicerón y Plutarco, y entre los miembros de la escuela Filodemo de Gadara y Diógenes de Oenanda. En general, los estudiosos modernos están de acuerdo en atribuir el *clinamen* a Epicuro. Solamente el filósofo francés Clément Rosset, en su libro *La antinaturalidad*, difiere de dicha aseveración. Rosset sostiene que el *clinamen* habría sido invención de Lucrecio. Sin embargo, aunque su argumentación es coherente, nos parece que no se pueden pasar por alto los testimonios de las fuentes antiguas que acreditan la autoría de dicho movimiento atómico a Epicuro.

¹⁴ Tradicionalmente se ha considerado que Lucrecio debió haber utilizado la “Carta a Heródoto” como fuente para la elaboración de su poema. Sin embargo, Sedley considera, a partir de un análisis riguroso de los fragmentos del *Peri physeos* de Epicuro, que Lucrecio utilizó únicamente dicho tratado de física. Si su hipótesis es correcta, entonces el contenido casi completo del *Peri physeos* se puede reconstruir a partir de considerar la estructura de *De rerum natura*. Vid. D. Sedley., *op. cit.*, pp. 62-133.

¹⁵ Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*, Introducción Agustín García Calvo, Traducción Abate Marchena. Madrid, Cátedra, 2010. Asimismo la traducción de Marchena está editada en Porrúa: Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza*. Prólogo de Concheto Marchesi. Traducción José Marchena. México, Porrúa, 1985.

constituye una ventaja al intentar emular el original. El texto logra una bella y clara expresión de las ideas. No obstante, según el parecer de Agustín García Calvo, traductor y estudioso del poema de Lucrecio, se pueden advertir dos inconvenientes: el primero, es que el clérigo sistemáticamente traduce *religio* por ‘fanatismo’; el segundo, consiste en la dificultad de brindar una equivalencia plenamente satisfactoria dada la diferencia entre la retórica poética del original latino y la posible traducción al castellano.¹⁶

Ahora bien, las versiones en prosa son más numerosas. Una de las más importantes traducciones contemporáneas españolas de la obra completa de Lucrecio es la de Eduard Valentí Fiol, publicada por primera vez en 1962. Al lado del texto castellano se ofrece el latino, lo cual nos parece una virtud que comparte con las dos versiones de filólogos mexicanos, como veremos más adelante. Valentí Fiol utiliza un lenguaje claro que no sacrifica la elegancia de las imágenes y demostraciones lucrecianas.¹⁷ Hemos elegido esta versión para citar a lo largo de la tesis; la razón radica en que es una traducción ‘clásica’ en español y permite una lectura fluida a la vez que comprensiva. Sin embargo, no estamos de acuerdo con la utilización de mayúsculas en algunos términos, en específico en *natura*. Tales desavenencias serán debidamente indicadas en notas al pie.

Asimismo existen otras dos traducciones españolas recientes, ambas aparecidas en 2003. La versión de Miguel Castillo Bejarano editada por Alianza, y la de Francisco Socas, por Gredos. Saltan a la vista dos importantes puntos de coincidencia, a saber: en las dos hay un estudio sobre el autor y la obra y, el texto en español se acompaña de la numeración que nos remite al texto latino. Por nuestra parte, consideramos que la traducción de Socas es notable; su prosa busca dar cuenta de la belleza y complejidad del texto latino, pero suele traducir *natura* como ‘producción’, con lo cual no estamos del todo de acuerdo.¹⁸

Existen dos importantes traducciones realizadas por filólogos mexicanos: la primera aparecida en 1963 es la de René Acuña, más tarde apareció la del poeta Rubén Bonifaz Nuño. La versión de este último es rítmica. Sin embargo, la lectura puede llegar a ser

¹⁶ Cf. Nota 3 de Agustín, García Calvo, en Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*, Madrid, Cátedra, 2010, p. 94.

¹⁷ Lucrecio, *De rerum natura. De la naturaleza*, Presentación de Stephen Greenblatt, Traducción, Introducción y notas de Eduard Valentí Fiol, Barcelona, Acantilado, 2012.

¹⁸ Lucrecio, *La naturaleza de las cosas*, Introducción, traducción y notas de Miguel Castillo Bejarano, Madrid, Alianza, 2003. Y Lucrecio, *La naturaleza*, Introducción, traducción y notas de Francisco Socas, Madrid, Gredos, 2003.

laboriosa en algunos momentos a causa de la complejidad del lenguaje. Por otro lado, la de Acuña es en prosa, lo cual la hace muy accesible a todo público.¹⁹

En cuanto a los textos de Epicuro, la compilación de Hermann Usener sigue siendo una obra clave. Publicada por primera vez en 1887, recopila una colección de textos y citas epicúreas de autores diversos además de las cartas que Diógenes Laercio conservó.²⁰ Este trabajo pionero del filólogo alemán ha sido la base para otras ediciones, entre las que destacan la de Arrighetti, que además incluye la traducción de los textos al italiano; y la edición y traducción en inglés bajo el título *The Epicurus Reader*.²¹ En castellano, es posible consultar la traducción de las Cartas, las “Máximas capitales” y las “Sentencias vaticanas” tanto en el libro X de la obra de Diógenes Laercio, como en la versión de Monserrat Jufresa publicada por Tecnos.²²

Estudios

En este apartado comentaremos brevemente algunas investigaciones en torno al problema del *clinamen* que hemos encontrado en la literatura filosófica contemporánea. En primer lugar, nos centraremos en las obras que interpretan la desviación atómica y que consideran tanto la demostración física como la psicológica. En segundo lugar, indicaremos los textos exegéticos del poema; en este punto, consideraremos las obras colectivas e individuales.

Sobre el clinamen

Para empezar podemos afirmar que la literatura en torno al poema es vasta y diversa. Se han seleccionado los estudios que consideramos básicos para la comprensión e interpretación del problema del *clinamen*. Iniciaremos con las obras clásicas al respecto, en las cuales encontramos la problematización del tema que nos ocupa. Posteriormente

¹⁹ Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*, Traducción e introducción de René Acuña, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1981. Y Lucrecio, *De la naturaleza de las cosas*. Introducción, versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño, México, UNAM, 1984.

²⁰ Hermann Usener, ed., *Epicurea*, New York, Cambridge University Press, 2010. Asimismo el autor también editó un glosario: H. Usener, *Glossarium Epicureum*, Edición de M. Gigante y W. Schmid, Roma, Edizioni Dell’ateneo & Bizzarri, 1977.

²¹ Epicuro, *Opere*, Traducción Graziano Arrighetti, Torino, Giulio Einaudi, 1973. *The Epicurus Reader: Selected writings and testimonia*, Translated and Edited, with Notes, by Brad Inwood and L. P. Gerson. Introduction by D. S. Hutchinson, Indianapolis. Hackett Publishing Company, 1994.

²² Diógenes Laercio, *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*, Madrid, Alianza, 2007. Epicuro, *Obras*, Madrid, Tecnos, 1999.

expondremos los estudios contemporáneos que se centran en la exégesis de las demostraciones en torno a la desviación atómica; como se mencionó en la Introducción, la primera se ubica en los versos 216 a 250 del libro II y se ha caracterizado como “el argumento físico” porque se basa en el peso de los átomos. Por otra parte, la segunda, que se localiza en los versos 251 a 293 del mismo libro, ha sido designada como “el argumento psicológico” porque relaciona el *clinamen* con la *libera voluntas*, es decir, la libertad.

Obras clásicas

Las obras ya clásicas para el estudio del epicureísmo y que incluyen una exposición e interpretación del problema del *clinamen* son las siguientes: la tesis doctoral de Karl Marx, *Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y Epicuro* (1841).²³ En este breve escrito, Marx opone, a través de una erudita investigación y una fina argumentación, el atomismo de estos filósofos antiguos, destacando el carácter metafísico del primero y el carácter revolucionario del segundo. Marx considera que Epicuro se distingue por haber considerado la sensación como fuente de conocimiento y el *clinamen* como elemento primordial que introduce el azar propio de esta interpretación materialista de la naturaleza. Junto a la de Marx, podemos citar otras dos investigaciones clásicas: la de Cyril Bailey, *The Greek Atomist and Epicurus* (1928)²⁴ y la de David Furley, *Two Studies in The Greek Atomist* (1967).²⁵ En el libro de Furley encontramos un estudio que expone la teoría de la acción voluntaria en Aristóteles y en Epicuro, cuya interpretación ha sido criticada por estudiosos modernos, en particular por Walter Englert.

Énfasis en el argumento físico

El libro de Michel Serres *La naissance de la physique dans le texte de Lucrece* de 1977 es un texto contemporáneo que, nos parece, abre posibilidades de análisis y problematización en torno a la física epicúrea.²⁶ Serres construye una interpretación bien argumentada y precisa sobre el epicureísmo expuesto en el poema; sostiene que dicho libro es un texto de física antigua y como tal tiene una matematización, la cual se puede identificar en la obra

²³ Karl Marx, *Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y Epicuro*, México, Sexto Piso, 2004.

²⁴ Cyril Bailey, *The Greek Atomist and Epicurus*, New York, Russell & Russell, 1964.

²⁵ David Furley, *Two Studies in The Greek Atomist*, New Jersey, Princeton University Press, 1967.

²⁶ Existe una traducción al español. Michel Serres, *op. cit.*

de Arquímedes. El autor también afirma que esta doctrina puede entenderse en el marco de la hidráulica, en el cual el *clinamen* resulta no sólo comprensible sino lógica y físicamente posible. Esta interpretación no ha tenido mucho eco en otros estudios, bien porque ella misma es compleja, o bien porque los estudiosos intentan otras vías de comprensión de la desviación atómica.²⁷ Sin embargo, en la presente investigación tomaremos en cuenta esta sugerente interpretación para la reflexión y problematización del *clinamen*.

Otro estudio de interpretación que enfatiza el movimiento de desviación en su aspecto físico es el de Clément Rosset, intitulado “Los materialistas de la antigüedad”, que forma parte de su libro *La antinaturalidad. Elementos para una filosofía trágica* de 1971.²⁸ El autor parte del aforismo 109 de la *Ciencia jovial* de Nietzsche, donde se plantea el problema del naturalismo.²⁹ Rosset considera que el *clinamen* es el elemento que hace del atomismo de los epicúreos una filosofía liberada de las ataduras metafísicas del naturalismo porque elimina dos de sus aspectos fundamentales, a saber, la teleología y la necesidad. Si bien Rosset considera que el *clinamen* es una formulación lucreciana, el argumento e interpretación que propone pueden seguirse sosteniendo aun si consideramos que el *clinamen* ya había sido expresado por Epicuro. Asimismo Rosset se ocupa de la idea de naturaleza y azar en Lucrecio en el apéndice de su libro *Lógica de lo peor* intitulado “Lucrecio y la naturaleza de las cosas”.³⁰

El libro de José Luis García Rúa, *El sentido de la naturaleza en Epicuro. Algunos aspectos del discurso físico epicúreo* publicado en 1996, constituye una referencia importante en lengua española.³¹ García Rúa dedica un capítulo al problema del *clinamen* y su relación con la explicación de la naturaleza, tal como se puede reconstruir del discurso de Epicuro. Principalmente, el autor explica cómo la desviación atómica que sucede tanto en tiempo como en espacio indefinidos, introduce el indeterminismo en la naturaleza pero

²⁷ A excepción de un comentario : Marcel Conche, “Épicure et l’analyse quantique de la réalité”, en *Lucrece et l’expérience*. Paris, PUF, 2011, pp. 275-292.

²⁸ Clément Rosset, *La antinaturalidad. Elementos para una filosofía trágica*, Madrid, Taurus, 1974, pp.159-189.

²⁹ Rosset realiza una relectura de la historia de la filosofía a partir de la observación de Nietzsche de la posibilidad de mirar la naturaleza lejos del halo divino, de las sombras de Dios. Señala que la filosofía materialista de Epicuro y, según el autor, más precisamente de Lucrecio, crea una naturaleza depurada de los temas tradicionales de la metafísica.

³⁰ C. Rosset, “Lucrecio y la naturaleza de las cosas” en *Lógica de lo peor. Elementos para una filosofía trágica*, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2013, pp. 173-200.

³¹ José Luis García Rúa, *El sentido de la naturaleza en Epicuro. Algunos aspectos del discurso físico epicúreo*. Granada, Editorial Comares, 1996.

dentro, a la vez, de la regularidad del nacimiento, crecimiento y muerte de los seres y las cosas que constituyen la naturaleza. Así como Rosset, García Rúa presenta una interesante discusión sobre la necesidad y el azar en relación con la filosofía epicúrea.

En la tradición inglesa, contamos con el artículo de Tim O’Keefe de 1996 “Does Epicurus Need the Swerve as an Archê of Collisions?”³² El texto es fundamental para los propósitos de esta investigación, porque se centra en el análisis del argumento que el autor llama “cosmológico”, es decir, el argumento que desarrolla Lucrecio en los versos 216-224. En dicho fragmento se afirma que la declinación atómica se requiere para que haya colisiones entre los átomos y, por ende creación de los seres y las cosas. O’Keefe considera, como algunos estudiosos, que la introducción del *clinamen* constituye el esfuerzo de Epicuro por dar solución a las problemáticas que Aristóteles había planteado al atomismo antiguo. En este marco, el autor discute el problema de la *archê*, el cual resuelve a través de un análisis sobre el peso y la declinación, y concluye que la desviación se requiere como una *archê* explicativa y no temporal del movimiento en el atomismo de Epicuro.

Finalmente, es preciso referir el libro *Epicurus on the swerve and voluntary action* del inglés Walter Englert. Esta investigación contiene un estudio sobre ambos argumentos, el físico y el psicológico. Su interés se centra en comentar las características de la desviación atómica para poder relacionar dicha formulación con las críticas aristotélicas a Demócrito. Presenta, por otro lado, una reinterpretación del *clinamen*, principalmente respecto al vínculo entre *clinamen* y acción voluntaria o *libera voluntas*.³³ Para construir su interpretación, Englert analiza la teoría de la acción voluntaria en Aristóteles que se encuentra en las obras éticas del Estagirita, a saber, la *Ética Nicomaquea*, la *Ética Eudemia* y *Magna Moralia*. El autor busca demostrar que Epicuro explicó la acción voluntaria en términos atómicos a través del *clinamen*. De esta manera interpreta la declinación de los átomos como la propuesta epicúrea para dar cuenta de dicho tipo de acción.

³² T. O’Keefe, “Does Epicurus need the swerve as an archê of collisions?” *Phronesis*, Vol. XLI/3, 1996. pp. 305-317.

³³ W. Englert, *op. cit.*

Énfasis en el argumento psicológico

A continuación comentaremos los estudios que, si bien consideran los dos argumentos, el físico y el psicológico, se centran en el segundo y se caracterizan por ser recientes y contemporáneos entre sí. Además siguen una veta abierta por la hipótesis ya clásica de Bignone expuesta en su libro *L'Aristotele perduto e la formazione filosofica di Epicuro* aparecido en 1936.³⁴ De acuerdo con esta perspectiva, Epicuro habría conocido la obra de juventud de Aristóteles y, con ella, la crítica del Estagirita a la filosofía de Demócrito. No obstante, los estudiosos modernos, en particular Englert, objetan que no se puede conocer con precisión a qué tratados tuvo acceso el filósofo de Samos, por lo tanto, dichos investigadores proponen retomar la idea general de Bignone pero considerando únicamente la influencia que pudieron haber tenido los textos que se conservan de Aristóteles sobre el pensamiento de Epicuro. En ambos casos se sugiere que la modificación del atomismo presocrático constituye la respuesta epicúrea a las críticas aristotélicas.

Otra obra que podemos ubicar en esta sección es la de Philip Mitsis *Epicurus' Ethical Theory: The Pleasures of Invulnerability* de 1988, la cual está dedicada a la ética epicúrea y a la reflexión sobre el papel del *clinamen* en dicho ámbito.³⁵ En el último capítulo de su texto, Mitsis analiza la psicología moral y la teoría de la acción voluntaria epicúrea; afirma, desde una postura no reduccionista,³⁶ que las acciones humanas que no pueden explicarse recurriendo al nivel microscópico, en específico las voluntarias, tienen su fundamento en el *clinamen*, puesto que, al ser un movimiento imprevisto, abre la posibilidad de acciones libres.

Ahora bien, es menester referirse a uno de los investigadores que ha profundizado en el estudio del epicureísmo y en específico de Lucrecio, y que hemos mencionado con antelación, el filósofo inglés David Sedley. En 1998 publicó su libro *Lucretius and the transformation of the Greek wisdom*, en el cual presenta una investigación original sobre el poeta latino y su relación con la poesía griega, en concreto con Empédocles, y con su maestro, Epicuro. Sedley no analiza el problema del *clinamen* en esa obra; no obstante

³⁴ E. Bignone, *L'Aristotele perduto e la formazione filosofica di Epicuro*. Firenze, Nouva Italia, 1936.

³⁵ Phillip Mitsis, *Epicurus' Ethical Theory. The pleasures of invulnerability*. New York, Cornell University, 1988.

³⁶ En la postura no reduccionista se sostiene que no todo lo que sucede a nivel macroscópico se puede reducir, en última instancia, a una explicación de los movimientos atómicos (nivel microscópico).

argumenta que la formulación es epicúrea y reconstruye, a partir de los fragmentos de los papiros encontrados en Herculano, el contenido del *Peri physeos* de Epicuro.

Sedley también ha publicado artículos de investigación; entre ellos destaca el texto “Epicurean anti-reductionism”.³⁷ A partir de un análisis sobre los modos en que se habla de existencia y de causalidad en el epicureísmo, Sedley interpreta los estados mentales como propiedades accidentales, lo que le permite argumentar a favor de la postura no reduccionista, es decir, considera que en la filosofía de Epicuro hay un cierto dualismo que impide decir que todo evento a nivel macroscópico tenga necesariamente un correlato a nivel microscópico. La pieza clave de su argumentación es interpretar el *clinamen* como un movimiento que permite afirmar la causalidad descendiente, es decir, de lo macroscópico a lo microscópico. Esta interpretación, sin duda, merece la pena examinarse con cuidado, como lo haremos en el cuarto capítulo de esta investigación.

Para concluir este apartado, es preciso mencionar el erudito y extenso comentario del inglés Don Fowler, intitulado *Lucretius on Atomic Motion*, el cual fue publicado póstumamente en el 2002.³⁸ El autor lleva a cabo un estudio filológico y filosófico de los versos 1 a 332 del libro II de *De rerum natura*, en los cuales precisamente se expone el movimiento de los átomos. Como ya mencionamos, la formulación del *clinamen* se encuentra en los versos 216 a 293. Este libro es fundamental para el estudio del movimiento de desviación porque contiene un análisis del texto latino y una reconstrucción de los dos argumentos que los estudiosos modernos han distinguido y comentado; el físico y el psicológico. Además ofrece una interpretación sobre el *clinamen* y la *voluntas* o libertad en el apéndice “Lucretius on the swerve and free will”.

Comentarios

Contamos con varias compilaciones de estudios o de trabajos de investigación presentados en congresos orientados específicamente al análisis y discusión del epicureísmo. Por otra parte, existen textos especializados sobre Lucrecio, en los cuales se desarrollan aspectos determinados de su obra en el marco de investigaciones filológicas y filosóficas, por ejemplo, análisis o comentarios sobre la poesía, interpretaciones sobre la invocación a

³⁷ David Sedley, “Epicurean anti-reductionism”, en *Matter and Metaphysics: Fourth Symposium Hellenisticum*, Napoli, Italy, 1988, pp. 297-327.

³⁸ Don Fowler, *op. cit.*

Venus, textos que enfatizan el sentido ético y terapéutico de su obra, reflexiones sobre la ciencia, la poesía didáctica, entre otros temas.

Obras colectivas

En cuanto a las compilaciones cabe mencionar dos de ellas que fueron producidas en el marco de congresos especializados. 1) Las actas del congreso de la Asociación Guillaume Budé que fue celebrado en 1968, en París.³⁹ Este documento contiene trabajos de investigación, entre los que destacan: por un lado, el estado de las indagaciones sobre el epicureísmo griego y romano; por otro lado, contiene una sección dedicada a Lucrecio, y artículos consagrados a otros epicúreos como Filodemo de Gadara.⁴⁰ 2) La compilación de trabajos que fueron presentados en el Congreso Internacional sobre epicureísmo que se llevó a cabo en Nápoles en 1993.⁴¹ 3) El libro editado por Carlos Lévy bajo el título *Le concept de nature à Rome. La physique*, en el cual se ofrecen tres textos sobre aspectos relevantes de la física epicúrea expuesta por el poeta.⁴² Y 4) En lengua inglesa, se pueden consultar las siguientes obras: *Lucretius* que se publicó en 1997 y *The Cambridge Companion to Lucretius* publicado en 2007.⁴³ En ambos se encuentran trabajos de especialistas en literatura latina y en filosofía.

Obras individuales

El libro de Martha Nussbaum *Terapia del deseo. Teoría y práctica en la ética helenística*, constituye una obra importante para el estudio de Lucrecio; contiene una interpretación acerca de la función terapéutica del epicureísmo y, en general, de la filosofía antigua.⁴⁴ A la escuela epicúrea, Nussbaum dedica cuatro capítulos, tres de los cuales abordan temas

³⁹ Association Guillaume Budé, *Actes du VIIIe. Congrès*, Paris, Belles Lettres, 1969.

⁴⁰ En los textos que se ocupan del poema de Lucrecio, el único artículo que aborda el tema del *clinamen* es el de Moutsopoulos en el que se discute si tal movimiento puede introducir errores a nivel epistemológico. Vid., Evaghélos Moutsopoulos, “Le « clinamen », source d’erreur?”, en *Actes du VIIIe. Congrès, op. cit.*, pp. 175-182.

⁴¹ Marcello Gigante, *Epicureismo greco et romano: atti del congresso internazionale*, 3 vols. Napoli, Bibliopolis, 1996.

⁴² Carlos Lévy, ed., *Le concept de nature à Rome. La Physique*, Paris, Presses de l’École Normale Supérieure, 1996.

⁴³ Monica Gale, *Oxford Readings in Classical Studies. Lucretius*, New York, Oxford University Press, 2007. Y Stuart Gillespie, ed., *The Cambridge Companion to Lucretius*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

⁴⁴ Martha Nussbaum, *La terapia del deseo: teoría y práctica en la ética helenística*, Traducción de Miguel Candel, Barcelona, Paidós, 2003.

expuestos en el poema. A lo largo de su libro desarrolla la analogía entre medicina y filosofía que era común en la Antigüedad. Respecto a Epicuro y Lucrecio, pone énfasis en que el discurso filosófico debe servir para curar las perturbaciones del alma.

Asimismo es preciso mencionar el libro de Stephen Greenblatt que fue publicado en 2011, a saber, *The Swerve: How the World Became Modern*. El autor narra el relato detallado del descubrimiento del manuscrito del poema en 1417 por el cazador de libros italiano, Poggio Bracciolini.⁴⁵ Se trata de una novela muy bien documentada sobre este hallazgo y de cómo la filosofía expuesta por Lucrecio influyó en el pensamiento moderno. Sin duda, constituye un buen acercamiento al poeta.

Una de las investigaciones pioneras y más destacadas en francés es la de Pierre Boyancé. Su *Lucrece et l'épicurisme* se publicó en 1963 y consta de un comentario detallado y preciso de cada libro del poema; además contiene un estudio sobre el epicureísmo en Roma y otro sobre la poesía de Lucrecio.⁴⁶

Dentro de esta tradición francesa conviene considerar además el trabajo del filósofo Alain Gigandet, quien tiene varios estudios sobre Lucrecio, entre los cuales destaca un breve comentario a la física epicúrea que incluye una problematización del *clinamen*. Dicho texto forma parte de la compilación de artículos que se publicó en el 2007 bajo el título *Lire Épicure et les épicurens*.⁴⁷ También el libro del filósofo francés Marcel Conché *Lucrece et l'expérience*, publicado por primera vez en 2003, constituye un estudio cuidadoso de los temas fundamentales que se exponen en el poema de *De rerum natura*.⁴⁸ El texto de Conche no sólo es exegético sino que también contiene una interpretación sobre el azar, que caracteriza la filosofía de Lucrecio, a través de la cual se puede pensar la emergencia de la libertad. Se trata entonces, de una interpretación del conjunto de la doctrina epicúrea. Y por último el de André Compte-Sponville, *La miel et l'Absinthe*.⁴⁹ En dicho texto se presenta una serie de conferencias que el autor dictó a propósito del poeta epicúreo, en las cuales destaca el papel de la poesía y, en general, realiza una lectura comentada del poema.

⁴⁵ También está publicado en español: S. Greenblatt, *op. cit.*

⁴⁶ Pierre Boyancé, *Lucrece et l'épicurisme*, Paris, Presses Universitaires de France, 1963.

El libro de Boyancé constituye el segundo gran estudio sobre Lucrecio en francés. El primero es el de Constant Martha, *Le poème de Lucrece*, Paris, Librairie Hachette, 1873.

⁴⁷ Alain Gigandet et Pierre-Marie Morel, comp., *Lire Épicure et les épicuriens*, Paris, Quadrige / PUF, 2007.

⁴⁸ Marcel Conché, *Lucrece et l'expérience*. Paris, Presses Universitaires de France, 2011.

⁴⁹ André Compte-Sponville, *Le Miel et l'Absinthe. Poésie et Philosophie chez Lucrece*, 2eme. Edition, Paris, Le Livre de Poche, 2012.

En español existe una obra importante, a saber, la escrita por Ángel Cappelletti, *Lucrecio: la filosofía como liberación* publicada en 1987.⁵⁰ En su libro, Cappelletti explica y comenta con detalle pasajes del poema haciendo énfasis en lo que llama “ontología de átomos y vacío”. En el desarrollo de la exposición se hace hincapié en el fin ético al que el epicureísmo está dirigido, el cual consiste en la liberación de los temores que aquejan al alma humana. Del *clinamen* no se ocupa propiamente, aunque, en efecto, señala la importancia que juega en la concepción de naturaleza y su función como garante de la libertad humana.

Después de haber presentado, en el interés de la presente investigación, el estado de la cuestión, conviene señalar que se tomarán en cuenta los análisis de los autores mencionados con el propósito de discutir algunas ideas desarrolladas en sus interpretaciones. La estrategia principal, no obstante, será el análisis e interpretación del texto de Lucrecio, puesto que nuestro objetivo es reflexionar sobre ¿qué es el *clinamen*?, ¿qué sentido tiene para la física epicúrea?, ¿cómo se relaciona con la libertad, en qué sentido es vital para afirmar dicha libertad? En suma, nos centraremos en el problema del *clinamen* como una pieza clave de la construcción de una concepción materialista de la naturaleza, que se caracteriza por ser indeterminada y ateleológica; así como también condición de posibilidad de la libertad humana y, con ella, la construcción de uno mismo. Por tal motivo, el fin de esta investigación, si bien se centra en un aspecto físico, sigue siendo, como para Epicuro y Lucrecio, ético.

⁵⁰ Ángel Cappelletti, *Lucrecio: La filosofía como liberación*, Caracas, Monte Ávila, 1987.

Capítulo 1

Lucrecio: un poeta epicúreo

Un poeta debe dejar huellas de su paso, no pruebas.
Solamente las huellas hacen soñar.

René Char, “Los compañeros en el jardín”.⁵¹

Ciertamente es posible emprender el estudio de la física atómica expuesta en *De rerum natura* sin considerar la vida del autor de la obra. El principal motivo sería, en efecto, que nos ha llegado información insuficiente, imprecisa y poco confiable respecto a la biografía de Tito Lucrecio Caro. Sin embargo, hemos preferido comenzar esta investigación cuyo tema principal es el *clinamen*, considerando un aspecto preliminar: al enigmático creador del poema. Son dos las razones de tal decisión; por un lado, Lucrecio fue, al mismo tiempo, fiel seguidor e innovador de la doctrina que practicó. Leal a la filosofía del maestro; no obstante disidente, en cuanto expuso en verso la enseñanza epicúrea.⁵² Por otro lado, su obra constituye la exposición más clara y completa de la concepción de naturaleza fundada en el atomismo. El poema presenta, al lado de la belleza de sus versos, un contenido complejo. De hecho, el filósofo francés Clément Rosset lo caracteriza como “uno de los textos más perfectamente indigestos de la literatura filosófica”,⁵³ debido a la complejidad y la singularidad de su filosofía. Este elemento, aunado a las noticias, por demás ambiguas, sobre el poeta latino, han constituido la fuente inagotable de las más diversas especulaciones.

Ahora bien, el presente capítulo consta de dos apartados. En la primera parte el propósito es presentar a Lucrecio, para lo cual se desarrollarán brevemente tres aspectos: primero, su contexto histórico, luego su relación con la práctica epicúrea de su época y, en tercer lugar, la exaltación de la figura de Epicuro. En la segunda, cuya intención es considerar algunos versos de *De Rerum Natura* para dar cuenta de la elección poética, se

⁵¹ René Char, “Los compañeros en el jardín” en *La palabra en Archipiélago*, Traducción y notas de Jorge Riechmann, Madrid, Hiperión, 1986, p. 111.

⁵² *Vid. Infra.*, p. 29.

⁵³ Clément Rosset, “Lucrecio y la naturaleza de las cosas”, en *Lógica de lo peor. Elementos para una filosofía trágica*, p. 186.

comentarán ciertos temas relacionados con su obra, a saber, la poesía como medio de expresión, la dedicatoria y el propósito del poema.

*

Lucrecio vivió en el siglo I a. C. Se ubican las fechas de nacimiento y muerte aproximadamente entre los años 98-55 a. C. No hay certeza sobre el lugar de su nacimiento, pero el poeta se refiere a Roma como su patria. Así lo atestiguan los primeros versos del *De rerum natura*, en los que Lucrecio realiza una invocación a Venus. La diosa recibe el nombre de *Aeneadum genetrix*, madre de los Enéadas, es decir, madre del pueblo romano. Además, Lucrecio pide a Venus que interceda ante Marte para apaciguar la furia violenta de la guerra que azotaba a su pueblo: “Pues en un tiempo de inquietud para la patria [*patriai tempore iniquo*], ni yo puedo ponerme a la tarea con ánimo sereno, ni puede el ilustre retoño de los Memmios faltar, en circunstancias tales, a la salud común”.⁵⁴

Lucrecio reclama la paz en su patria para poder componer sus versos sobre la naturaleza de las cosas. Como veremos en el siguiente apartado del presente capítulo, el esfuerzo del poeta está dedicado a su amigo Memmio. Es posible deducir que nuestro autor vivió la decadencia de la República Romana, época caracterizada por guerras civiles y agitación social y política. Una vez más constatamos que en los versos se confirma el tiempo devastador y turbulento que caracterizó a su sociedad. Por ejemplo, se puede percibir la urgencia de salud y paz que atraviesa el poema y que está expresada en el verso 31 del libro I, cuando Lucrecio afirma que Venus puede aportar paz a los hombres: *tu sola potes tranquila pace iuvare mortalis* (sólo tú puedes regalar a los mortales con una paz tranquila).

Respecto a la vida del poeta, la referencia de San Jerónimo (c. 340-420), uno de los Padres de la Iglesia, es quizá la noticia más conocida aunque breve que se ha transmitido. Su contenido ha transitado a lo largo de los siglos como leyenda infamante. Jerónimo, en su *Chronicon*, refirió lo siguiente: *Sub anno XCV Titus Lucretius poeta nascitur, postea poculo amatorio in furorem versus, cum aliquot libros per intervalla insaniae conscripsisset, quos postea Cicero emendavit, propria se manu interfecit anno aetatis XLIV*.⁵⁵

⁵⁴ Lucrecio, *De la naturaleza*, I, 41-43.

⁵⁵ “En el año 95 nació el poeta Tito Lucrecio, después se volvió loco a causa de un filtro amoroso, compuso, algunos libros en los intervalos de su insania, que después corrigió (editó) Cicerón; se suicidó a la edad de 44

Esta caracterización de Lucrecio, al parecer, intenta dar cuenta de que el poeta latino no pudo sino haber sido un hombre profundamente afectado y su obra una expresión de ese padecimiento y demencia. Probablemente tal hecho habría tenido la intención de desacreditar su poema y prevenir a los posibles lectores del peligro de una filosofía como la epicúrea. Sea cual sea el propósito de la noticia, lo cierto es que la obra de Lucrecio pudo superar el olvido.

Además de la falta de información sobre la vida del poeta, también se desconoce cómo fue su acercamiento y estudio de la doctrina epicúrea, a pesar de que esta escuela contara con muchos y destacados seguidores griegos y romanos precisamente contemporáneos del poeta. Las investigaciones en torno al epicureísmo en Roma realizadas por Pierre Boyancé,⁵⁶ y el estado de la cuestión sobre el estudio de los epicúreos romanos de Pierre Grimal presentado en su ponencia “L’epicurisme romain”,⁵⁷ coinciden en señalar la ausencia de información sobre Lucrecio entre sus contemporáneos y, lo que es más insólito, la total falta de referencias entre sus propios compañeros de escuela, es decir, entre los romanos que acogieron y practicaron las enseñanzas epicúreas. Al respecto, el caso más representativo es el del círculo epicúreo de Filodemo de Gadara (*circa* 105 – 35 a. C.), poeta y contemporáneo de Lucrecio.

Como se mencionó en los Antecedentes, a mediados del siglo XVIII se hallaron en Herculano los restos de una villa del suegro de Julio César, Calpurnio Pisón. De acuerdo con Sedley⁵⁸ y Obbink⁵⁹, la Villa contenía una cantidad inmensa de papiros principalmente en griego, muchos de los cuales se han identificado como tratados de Filodemo. Por otra parte se encontraron varias copias de diversos volúmenes del *Peri physeos* de Epicuro; el hallazgo atestiguaba la práctica del epicureísmo en las élites romanas, pero no proporcionaba información sobre Lucrecio. En 1989 el papirólogo noruego Knut Kleve informó que entre los papiros de Herculano había identificado el *De rerum natura*,⁶⁰ hecho que evidenció la existencia de una copia contemporánea a Lucrecio en el acervo hallado en

años” (La traducción del latín es mía). *apud.* Leonard William Ellery, “Lucretius: The Man, the Poet, and the Times” en *De Rerum Natura, Libri Sex. The Latin text of Lucretius*, p. 5.

⁵⁶ Pierre Boyancé, “Lucrèce et l’epicurisme romain”, en *op. cit.*, pp. 7-32.

⁵⁷ Pierre Grimal, “L’epicurisme romain”, en Association Guillaume Budé: *Actes du VIIIe. Congrès*, pp. 139-168.

⁵⁸ David Sedley, “Lucretius the fundamentalist” y “Epicurus, *On nature*”, en *op. cit.*, pp. 62-133.

⁵⁹ Dirk Obbink, “Lucretius and the Herculaneum library”, en *The Cambridge Companion to Lucretius*, pp. 33-40.

⁶⁰ Stephen Greenblatt, *op. cit.*, pp. 80-81. Y D. Obbink, *op. cit.*

aquella villa. Consecuentemente, diversos investigadores se han preguntado si cabe la posibilidad de que el poeta haya tenido trato con Filodemo, o bien con Pisón mismo.

El descubrimiento del papiro de *De rerum natura*, como Obbink sugiere, nos permite especular sobre la primera recepción del poema entre sus contemporáneos, aún más, entre sus “compañeros de escuela”.⁶¹ Podemos pensar que este hecho señala la aceptación del poema como una expresión genuina y clara de la filosofía epicúrea.

Consideremos ahora la relación de Lucrecio con Epicuro para poder apreciar el papel del maestro como liberador. Primero, podemos advertir que el poeta se consideró a sí mismo un leal discípulo de Epicuro. Los versos que dedica a la memoria del maestro en los proemios de sus libros I, III, V y VI manifiestan su reverencia y exaltan la acción liberadora de esta filosofía. En el libro I, Lucrecio presenta a su maestro como el primero “en forzar los apretados cerrojos que guarnecen las puertas de la naturaleza. Su vigoroso espíritu triunfó y avanzó lejos, más allá del llameante recinto del mundo, y recorrió el todo infinito con su mente y su ánimo”.⁶²

Respecto a la admiración de Lucrecio por el maestro conviene citar el proemio del libro III, que comienza con el siguiente elogio:

¡Oh tú, el primero que pudiste levantar una luz tan clara del fondo de las tinieblas tan grandes e iluminar los verdaderos bienes de la vida!, a ti te sigo, honor de la gente griega, y pongo ahora mis pies en las huellas que estamparon los tuyos, no tanto por deseo de rivalizar contigo, como por amor, pues ansío imitarte; porque ¿cómo podría la golondrina retar a los cisnes? Y ¿cómo los cabritos de trémulos miembros igualar en la carrera el ímpetu del fogoso corcel? Tú, padre, eres el descubridor de la verdad, tú nos das preceptos paternos, y como en los bosques floridos las abejas van libando una flor tras otra, así vamos nosotros a tus libros, oh ilustre, a apacentarnos de tus áureas palabras, áureas y dignas siempre de vida perdurable. Pues en cuanto tu doctrina, producto de una mente divina, empieza a proclamar la esencia de las cosas, disípanse los terrores del espíritu, las murallas del mundo se abren y veo, a través del inmenso vacío, producirse las cosas.⁶³

En estos versos percibimos el lugar que Lucrecio le otorga a Epicuro como verdadero liberador de los hombres, que con sus palabras [*aurea dicta*] disipa los terrores del alma [*animi terrores*]. El maestro, en efecto, formuló su filosofía con el fin de luchar contra los

⁶¹ Vid. D. Obbink, *op. cit.*

⁶² *Ibid.*, I, 72-74.

⁶³ *Ibid.*, III, 1-17.

temores que perturban el alma.⁶⁴ Lucrecio sigue a Epicuro como quien avanza motivado por el deseo prometido de una placentera recompensa, una vida de dioses, es decir, tranquila y feliz. Al mismo tiempo, el poeta reconoce en el maestro a un dios: “un dios fue, un dios, ¡oh Memmio! Aquel que descubrió el primero esta regla de vida que hoy llamamos filosofía, y con su ciencia libró la vida de tormentas tan grandes y tan grandes tinieblas, colocándola en aguas tan tranquilas y bajo un cielo tan radiante”.⁶⁵

Ahora bien, puede resultar sorprendente que habiendo sostenido que el alma es mortal, los epicúreos atribuyen una cierta inmortalidad y divinidad al alma del maestro. Epicuro perdura en tanto el recuerdo de su vida y de su enseñanza sigue vivo. La continuidad del alma, en este sentido, no asegura su pervivencia eterna ni se conserva la personalidad del fallecido. Antes bien, se trata de la inmortalidad del recuerdo de una vida que cesó de existir en un momento preciso pero que sigue teniendo influencia en el futuro. Entonces, no es el alma misma de Epicuro la que permanece a lo largo de los siglos sino la obra que en vida realizó. De esta manera, se hace énfasis en la forma de vida; es decir, por un lado, las palabras y discursos se pueden transmitir y rememorarse; por el otro lado, en que el ejemplo vivo da testimonio de la posibilidad de la vida filosófica comprometida, dichosa y tranquila. Este recuerdo es reavivado en cada discípulo al evocar los preceptos, consejos y anécdotas del ilustre maestro.

Finalmente, podemos señalar que a pesar de la insuficiencia e imprecisión de las noticias sobre la vida de Lucrecio, su poema da cuenta, con creces, tanto de su habilidad poética como de su vocación filosófica y su fidelidad a las enseñanzas del maestro. La intención del poema, como lo expresa Lucrecio, no es otra que la de mostrar la ciencia de la naturaleza que permite al epicúreo vivir serena y tranquilamente. Así, el que se acerca al *De rerum natura* puede tener en mente que lo que encontrará es lo que ya se afirmaba en el frontispicio del Jardín en Atenas: “Huésped, aquí vivirás bien; aquí el placer es el bien sumo”.⁶⁶

**

⁶⁴ Vid. Epicuro., “Carta a Meneceo”, 123-125.

⁶⁵ Lucrecio. *op. cit.*, V, 8-12.

⁶⁶ *Hospes hic bene manebis hic summum bonum voluptas est*, en Lucio Anneo Séneca. *Cartas a Lucilio*, 21, 10. Traducción de José M. Gallegos Rocafull, México, Dirección General de Publicaciones, UNAM, 1980, p. 53. Texto en latín citado en Diskin Clay, “The Athenian Garden”, *apud* James Warren, ed., *The Cambridge Companion to Epicureanism*. UK, Cambridge University Press, 2009, p. 19.

Después de haber presentado al autor, en el segundo apartado de este capítulo expondremos algunos aspectos relevantes del poema, a saber: primero, la elección de la poesía como medio de expresión; luego, la dedicatoria y propósito de la obra.

En *De rerum natura* encontramos pormenorizados los principios de la física epicúrea, también se explica la naturaleza del alma y del mundo. Tales temas se pueden identificar, de manera sumamente condensada, en las epístolas que se conservan de Epicuro. Sin embargo, la labor de Lucrecio no fue simplemente la de un traductor o un mero difusor del mensaje epicúreo, por el contrario, nos parece que en tanto poeta, eligió expresar la filosofía a través de versos,⁶⁷ en tanto filósofo elaboró razonamientos y analogías para explicar los postulados de la física.

En su estudio sobre la poesía de Lucrecio,⁶⁸ Boyancé cita dos fragmentos de Epicuro, el 164 y 229⁶⁹, en los cuales se pone de relieve el juicio negativo del maestro respecto a la poesía. A decir del samio, dicho género literario estaba ligado al mito y a la concepción tradicional de religión, contra las cuales él mismo había dirigido sus esfuerzos. Sin embargo, Lucrecio optó por la forma poética como vía de manifestación del pensamiento liberador y placentero del epicureísmo. La razón de su elección está expuesta en un bello pasaje casi al final del libro I:

No se me oculta cuán oscuro es el lugar en que entro; pero con agudo tirso una gran esperanza de gloria ha herido mi corazón y le ha infundido a la vez un dulce amor a las Musas; aguijado por él, con vívida mente recorro ahora los descaminados parajes de las Piérides, de nadie antes hollados. Me gusta descubrir fuentes intactas y de ellas beber; me gozo en coger flores recientes y tejer para mi frente una insigne guirnalda, como jamás las Musas ciñeron a las sienes de nadie. Primero, porque enseño cosas excelsas y me esfuerzo en libertar el ánimo de los apretados nudos de las supersticiones; después, porque sobre tema tan oscuro compongo versos tan luminosos, rociándolos todos con la gracia de las Musas. Y no parece fuera de razón este método: pues así como los médicos, cuando intentan dar a los niños el repulsivo ajeno, untan primero los bordes de la copa con el dulce y rubio licor de miel, para burlar, sólo en los labios, la incauta edad de los pequeños y hacerles apurar entretanto el amargo zumo, con engaño sí pero sin daño, antes con este remedio convalecen y se reponen; así yo ahora, ya que nuestra doctrina por lo común parece en exceso

⁶⁷ La tradición del poema filosófico era común en los filósofos presocráticos, por ejemplo en Jenófanes, Parménides y Empédocles.

⁶⁸ Vid. P. Boyancé, "Lucrece et son poème", en *op. cit.*, pp. 57-83.

⁶⁹ H. Usener, *Epicurea*, fr. 164 y 229, p. 150 y 172.

amarga a quien no la ha tratado y el vulgo se echa atrás y se estremece ante ella, quise exponértela en la armoniosa lengua de las Piérides y como untarla con la dulce miel de las Musas, por si pudiera así retener tu ánimo suspenso de mis versos hasta que veas claramente toda la naturaleza cómo está trabada y cuál es su figura.⁷⁰

Vale la pena reproducir este texto no solamente por la innegable perfección que se despliega a través de tan exaltados versos, sino porque expresa dos aspectos significativos. El primero es el entusiasmo del poeta por su labor; en efecto, Lucrecio reconoce la dificultad de transmitir la doctrina epicúrea en el contexto latino; sin embargo, desea afrontar esta contrariedad “infundido por el dulce amor a las Musas”. El segundo aspecto es, precisamente, la forma de expresión. Lucrecio afirma que su método, es decir, la poesía, es pertinente y efectivo para el fin de su trabajo, a saber, mostrar el conocimiento de la naturaleza de las cosas que libera al hombre de los temores y males del alma. Al respecto, el doctor Óscar Martiarena indica que el cambio fundamental que realiza el latino respecto a su maestro está expresado en su voluntad poética:

El giro consiste en que, al expresar en forma poética uno de los pensamientos más sólidos y rigurosos que haya dado a luz Occidente, Lucrecio nos entrega, con él, una mirada poética hacia la naturaleza [...] A lo largo de su prodigioso poema, Lucrecio nos conduce a través de una naturaleza que en sí misma es poética, a la vez que nos invita a habitarla poéticamente y a tener presente que su contemplación es un ejercicio de la filosofía que busca alcanzar la tranquilidad del alma.⁷¹

Ciertamente, la vía poética es la elección de un hombre que desea mostrar una naturaleza creativa y libre de amos. En este sentido, sus versos no tienen otro fin que el de ser como el licor de miel, un elemento que endulce y distraiga al incauto niño (lector) para que, engañado, beba el remedio amargo pero eficaz y verdadero. Para el poeta, los hombres que temen lo que no conocen, esto es, la naturaleza de los dioses, la muerte y los terrores de los castigos después del fallecimiento, son como esos pequeños infantes que en medio de la noche se asustan en la oscuridad porque no alcanzan a ver lo que hay e imaginan cosas aterradoras que pudieran existir. Precisamente, Lucrecio recurre a esta imagen en los

⁷⁰ Lucrecio. *op. cit.*, I, 922-950.

⁷¹ Oscar Martiarena, “Tranquilidad del alma y poesía en *De rerum natura*”, *Theoría. Revista del Colegio de Filosofía*, 20-21 (2010): p. 158.

proemios de los libros I, II, III y VI.⁷² Entonces, así como a un niño se le engaña con dulce miel, así el lector es seducido por la poesía que lleva ínsita la exposición de la ciencia de la naturaleza. No se temerá la oscuridad cuando se sepa que nada podrá salir para alterarnos, puesto que el terror del ánimo no se elimina con los rayos de luz sino con el conocimiento de la naturaleza.⁷³

Ahora bien, Lucrecio dedica el poema a su amigo Memmio, aunque también podemos considerar que el poeta se dirige al lector potencial de su texto. El uso constante de la segunda persona del singular es el elemento que nos permite pensar esta posibilidad. En cuanto al destinatario explícito, las investigaciones de Boyancé y de Socas, entre otros, informan que Memmio debió haber sido un tal Gayo Memmio, hombre consagrado a la política y cercano a Julio César, ambicioso e inquieto. Probablemente se haya dedicado al mecenazgo de poetas y haya apreciado la filosofía epicúrea, aunque no siguiera las recomendaciones de una vida tranquila y frugal.⁷⁴

El deseo de Lucrecio de exponer en versos latinos el epicureísmo aún a pesar de lo arduo de la empresa, no se ve frustrado ni menguado porque es fruto del ánimo cordial con el que realiza su obra, explicar la doctrina epicúrea [*vera ratio*] a su amigo. Vale señalar que para los filósofos del Jardín, la amistad es el vínculo más importante que se puede desarrollar entre las personas. Ciertamente, su comunidad mantenía los lazos de cohesión y armonía a través de la amistad.

Es difícil, no se me oculta, ilustrar en versos latinos los oscuros descubrimientos de los griegos, máxime porque en muchos casos hay que echar mano de nuevos vocablos, por la pobreza de la lengua y la novedad de los temas; pero, con todo, tus merecimientos y el esperado deleite de tu dulce amistad me animan a soportar cualquier fatiga y me inducen a pasar en vela las noches serenas, buscando con qué palabras y versos podría inundar por fin tu mente de una brillante luz, con la que puedas escudriñar hasta el fondo las cosas más ocultas.⁷⁵

El esperado placer de la amistad de Memmio [*sperata voluptas suavis amicitiae*] conduce al poeta a forjar un vocabulario apropiado para la filosofía en latín y a pasar noches en vela buscando el modo propicio de explicar el funcionamiento de la naturaleza. Más aún,

⁷² *Vid.*, *Ibid.*, II, 55-61; III, 87-93; VI, 35-41.

⁷³ *Ibid.*, I, 146 - 148.

⁷⁴ *Vid.* P. Boyancé, *op. cit.* Y F. Socas, "Introducción", en *La naturaleza*, pp. 13-15.

⁷⁵ Lucrecio. *op. cit.*, I, 136-145.

Lucrecio está dispuesto a reemprender su tarea si su amigo anda extraviado o desconfía de la filosofía: “Que si andas remiso o te retiras un poco de la tarea, una promesa puedo hacerte abiertamente, Memmio; tan abundante caudal de verdades derramará mi dulce lengua, sacadas de las fuentes que en mi rico pecho brotan, que temo que la tarda vejez se nos deslice en los miembros y suelte los cerrojos que nos contienen la vida, antes de que mis versos hayan hecho llegar a tus oídos el tesoro de argumentos que sobre un solo punto tengo”.⁷⁶

Lucrecio, siguiendo las enseñanzas epicúreas, aprecia la amistad y está dispuesto a buscar de muchas formas y a demostrar a través de diversos argumentos que esta filosofía proporciona tranquilidad y dicha a quien la comprende y practica. Por lo expuesto hasta aquí, se puede indicar el propósito del poeta: componer versos sobre la naturaleza de las cosas [*ego de rerum natura pangere conor*]⁷⁷ para Memmio y para sus lectores potenciales. Lucrecio cumplió este propósito, y nosotros, lectores modernos, seguimos apreciando la empresa poética y filosófica de este epicúreo.

⁷⁶ *Ibid.*, I, 410-417.

⁷⁷ *Ibid.*, I, 25.

Capítulo 2

Natura

*Hunc igitur terrorem animi tenebrasque necessesse
non radii solis neque lucida tela diei
discutiant, sed naturae species ratioque.*

Este terror, pues, y estas tinieblas del espíritu, necesario es que las disipen, no los rayos del sol ni los lúcidos dardos del día, sino la contemplación y explicación de la naturaleza.⁷⁸

Lucrecio, *De rerum natura*, I, 146-148.

El estudio de la naturaleza es placentero, libera al alma de las tinieblas y temores, por ende, proporciona una vida serena a la altura de los dioses. De esta manera juzgaban los epicúreos la doctrina de la naturaleza -o más propiamente a la fisiología-,⁷⁹ puesto que, de acuerdo con Epicuro un *logos* filosófico que no cura los males del alma es un discurso vacío.⁸⁰ Asimismo afirma en la “Carta a Pitocles” que la investigación de los fenómenos celestes o de cualquier otro fenómeno, no tiene otro fin sino dar tranquilidad y confianza al alma.⁸¹

Lucrecio también asevera que el conocimiento de la naturaleza [*naturae species ratioque*] hace posible que se disipen los terrores del alma. En este sentido es posible

⁷⁸ Valentí traduce la frase *naturae species ratioque* de la siguiente manera: la contemplación de la Naturaleza y la ciencia. Sin embargo, diferimos en este punto con el traductor. Por un lado, la conjunción *–que* une *ratio* y *species*. Por otro lado, la utilización de la mayúscula en ‘Naturaleza’ no está justificada en el texto latino ni, nos parece, en la doctrina que expone Lucrecio. Por lo tanto hemos preferido traducir dicha frase como: la contemplación y explicación de la naturaleza.

⁷⁹ Epicuro nombra a la investigación sobre la naturaleza con el término *φυσιολογία* en la “Carta a Heródoto” 37, el cual es traducido por Lucrecio como *natura species ratioque*. En ambos casos el sentido es la indagación, observación y estudio de la naturaleza. *Vid.* D. Sedley, “Two languages, two worlds”, en *Lucretius and the transformation of the greek wisdom*, p. 37.

⁸⁰ Fragmento 221 Us. [Κενὸς ἐκείνου φιλοσόφου λόγος, ὅφ’ οὐ μὴδὲν πάθος ἀνθρώπου θεραπεύεται· ὥσπερ γὰρ ἰατρικῆς οὐδὲν ὄφελος μὴ τὰς νόσους τῶν σωματίων ἐκβαλλούσης, οὕτως οὐδε φιλοσοφίας, εἰ μὴ τὸ ψυχῆς ἐκβάλλει πάθος. Porphyrius ad Marcellam 31 p. 209, 23 Nauck] en Usener, Herman (ed.) *Epicurea*, p.169. El discurso de aquel filósofo es vacío cuando no cura ninguna afección del hombre. Como, en efecto, no tiene ninguna utilidad la medicina que no expulsa las enfermedades del cuerpo, asimismo, ninguna filosofía, si no expulsa la afección del alma. (La traducción es mía).

⁸¹ Epicuro, “Carta a Pitocles”, 86, en *Obras*. Madrid, Tecnos, 1999, p. 38.

reparar en la primacía explicativa de los principios. Tal prioridad se constata tanto en los textos de Epicuro como en el poema de Lucrecio.⁸² Para estudiar dicha doctrina se debe partir de sus principios básicos, por eso el poeta expone los fundamentos del atomismo en la primera parte de su obra. Su procedimiento expositivo sigue una secuencia lógica: en el libro I explica los elementos básicos de la naturaleza y, en el siguiente, desarrolla el tema del movimiento atómico. Posteriormente, y teniendo en cuenta esta base, el poeta emplea dichos conocimientos en la explicación de la naturaleza del alma, sus funciones y sus características, y del mundo, su nacimiento, crecimiento y decadencia.

Ahora bien, como hemos señalado en los Antecedentes, el objetivo de esta indagación es analizar el *clinamen*, pero, para comprender qué es y cómo se produce, es menester presentar los postulados básicos que proporcionan los fundamentos de la visión epicúrea de la naturaleza, puesto que en virtud de ellos se puede estudiar la formulación del movimiento de desviación y su función en el conjunto de la doctrina. Cabe señalar que esta exposición tiene como marco la propia afirmación epicúrea sobre la utilidad del discurso filosófico para la vida.

A manera de preámbulo mencionaremos el plan de la presente tesis, cuyo eje consiste en considerar una posible lectura de la doctrina de la naturaleza que se despliega en *De rerum natura*. Denominamos al atomismo epicúreo como una física de Venus⁸³ porque se proponen explicaciones del universo a partir únicamente del juego de las fuerzas materiales, en este caso, del movimiento de los átomos en el seno del vacío. Esta doctrina excluye las causas externas y divinas de la generación, crecimiento y muerte de todas las cosas. Ofrece, además, una explicación racional y razonada de la naturaleza. En este sentido, la invocación a Venus puede interpretarse como el símbolo de la naturaleza, no personalizada sino dinámica, creativa y placentera.

Lo que llamamos física de Venus consiste, entonces, en un materialismo que por medio del juego de caída, choque y desviación de los átomos a través de un inmenso y profundo vacío engendran, mantienen y, en su momento, destruyen todos los cuerpos y

⁸² Vid. Epicuro, “Carta a Heródoto”, 39. Por su parte, Lucrecio comienza su exposición demostrando dichos principios. Lucrecio, I, 149-264, 951-1051.

⁸³ Tomo la expresión “física de Venus” del filósofo francés Michel Serres, quien la considera como una física que afirma el placer de conocer sin culpa y que se opone a la física de Marte, la cual conoce para dominar. M. Serres, *op.cit.* pp.42-43. Ahora bien, usamos el término física no en el sentido de la ciencia actual, sino como una designación de un discurso coherente y una concepción de la naturaleza de las cosas basada no sólo en la contemplación sino en el razonamiento.

mundos existentes. Tales movimientos renuevan los seres y planetas eterna y libremente. No existen causas que estén más allá de la física, ni fines últimos; lo que hay es la formación y disolución de las cosas; en suma, una doctrina que puede entenderse como una física material, azarosa y ateleológica, cuyo estudio conviene realizarlo en tres partes: 1) la primera es la idea de naturaleza, *natura*. 2) La segunda es el movimiento de desviación de los átomos, *clinamen* –que será el objeto principal de este trabajo. 3) Finalmente, los efectos de la desviación en la física y en la ética, la voluntad, *voluntas*.

En este capítulo se abordará la primera parte, es decir, la idea de *natura*. Los versos que comentaremos y analizaremos son, primero, del 215 al 634 del libro I, en los que se enuncia y argumentan la existencia y naturaleza de los átomos y del vacío, elementos básicos que conforman el todo; segundo, los versos 951 a 1051 donde el poeta afirma que el universo es infinito. Una vez presentado este panorama se podrá abordar el *clinamen* en el siguiente capítulo y su relación con la *voluntas* en el último.

2.1 Los principios básicos de la física

Cuando leemos cuidadosamente el libro I del poema de Lucrecio, nos encontramos con una exposición detallada de los elementos fundamentales que constituyen la naturaleza. Ellos son presentados puntualmente pero aún sin revelar el papel definitivo que juegan en el funcionamiento del todo, aunque, en efecto, se puede deducir de la argumentación lucreciana. Por su parte, los primeros 300 versos del libro II explican el movimiento atómico. Al respecto podemos formular una analogía: es posible considerar estos dos libros como los primeros pasos en todo juego, por ejemplo, el ajedrez. Al inicio se dan las piezas y se especifican sus características, lo que pueden y lo que no pueden hacer, después se dan una serie de reglas de movimiento, porque ¿cómo entenderíamos el movimiento si no sabemos qué es lo que se mueve? Una vez que tenemos estos elementos, el juego comienza. De manera similar, Lucrecio comienza con la descripción y demostración de las características de los átomos y del vacío. Posteriormente explica el movimiento de los primeros. Con estas definiciones se pone en movimiento la infinita y eterna naturaleza, cuyo juego contiene la totalidad del universo y de los procesos.

Para comenzar la exposición de los principios básicos, Lucrecio pide a Memmio, y podríamos decir que también al lector, un cierto estado de ánimo, una cierta disposición propicia para escuchar y juzgar la doctrina epicúrea [*vera ratio*]:

Ahora, pues, aplica un oído libre y un espíritu sagaz y sin cuidados a la verdadera doctrina, y no rechaces desdeñoso, antes de haberlos comprendido, estos dones que con leal celo te ofrezco. Pues voy a explicarte la razón última del cielo y de los dioses, y a revelarte los elementos primeros de las cosas, con los que la naturaleza crea los seres, los nutre y hace crecer, y en los que los resuelve de nuevo una vez destruidos; a estos elementos solemos llamarlos, al exponer nuestra doctrina, materia, cuerpos genitales o semillas de las cosas, y también les damos el nombre de cuerpos primeros, porque de ellos, como de sus principios, nacen todos los seres.⁸⁴

Este pasaje ilustra un aspecto que es crucial en el desarrollo de la exposición de Lucrecio. Primero, porque como hemos mencionado, pide una disposición del lector: *vacuas auris, animunque sagacem*.⁸⁵ un oído vacío, es decir, libre, una atenta escucha y sin prejuicios; un ánimo sagaz que le permita no solo juzgar los argumentos, sino también deducir otros o considerar las objeciones que se puedan presentar.⁸⁶ Se trata de una cierta preparación anímica que deberá acompañar la lectura del poema. En efecto, esta petición aparece constantemente en el cuerpo del texto, lo cual hace manifiesto el afán filosófico no sólo de comprensión de los argumentos e ideas, sino que solicita, al mismo tiempo, su evaluación y crítica.⁸⁷ Del mismo modo, el poeta afirma que se debe estar *semotum a curis*, libre de cuidados, esto es, sin preocupaciones. Por eso su urgencia de paz para la patria expresada en la famosa invocación a Venus.

El segundo punto, de acuerdo también con el texto citado, es el siguiente: Lucrecio se propone dar razón de la naturaleza a partir de los átomos, los cuales son expuestos por

⁸⁴ Quod superest, vacuas auris < animumque sagacem > | semotum a curis adhibe veram ad rationem, | ne mea dona tibi studio disposta fideli, | intellecta prius quam sint, contempta relinquant. | Nam tibi de summa caeli ratione deumque | disserere incipiam et rerum primordia pandam, | unde omnis natura creet res auctet alatque, | quove eadem rursus natura perempta resolvat, | quae nos materiem et genitalia corpora rebus | reddunda in ratione vocare et semina rerum | appellare suemus et haec eadem usurpare | corpora prima, quod ex illis sunt omnia primis.

Lucrecio, *op. cit.* I, 50-61.

⁸⁵ En el verso 130 Lucrecio insiste en que para esta investigación se requiere un espíritu sagaz, *ratione sagaci*.

⁸⁶ Lucrecio realiza una crítica a la filosofía de Heráclito, Empédocles y Anaxágoras en los versos 635 – 920 del libro I.

⁸⁷ *Vid.*, I, 130, I, 368 en ambos pasajes se lee *ratione sagaci*, mientras que en IV, 192 Lucrecio vuelve a solicitar un oído suave y ánimo sagaz: *Tu mihi da tenuis auris animumque sagacem*.

primera vez en el poema en dicho fragmento y son expresados en latín con diversos términos: *materiem et genitalia corpora rebus* (materia y cuerpos genitales), *semina rerum* (semillas de las cosas), *corpora prima* (cuerpos primeros). Todos estos términos tienen en común designar un cuerpo sumamente pequeño, imperceptible para nuestros sentidos, pero que constituye el fundamento de todas las cosas. Además se enfatiza su función como principio generativo, en la frase *ex illis sunt omnia primis*, de ellos se deriva todo.

Ahora bien, los principios de la doctrina son las ideas fundamentales a través de las cuales se comprende el funcionamiento de la naturaleza. En la obra de Epicuro los encontramos simplemente enunciados, mientras que, en la del poeta latino, como veremos, se dedican sendos versos para enunciar, ilustrar y argumentar dichos preceptos. Pasemos ahora a la exposición de ellos. El procedimiento de Lucrecio consiste en formular el enunciado básico y posteriormente ofrecer una serie de breves demostraciones, la mayoría de las cuales recurren a la experiencia.⁸⁸

Primer principio: nada nace de la nada.

En el verso 150 del libro I Lucrecio escribe: *nullam rem e nihilo gigni divinitus umquam*.⁸⁹ El principio sostiene que nada nace, se engendra o brota de la nada ni siquiera a causa de la acción divina. Esta afirmación constituye la base de lo que hemos denominado física y, como se mencionará en el cuarto capítulo, de la ética epicúrea. Su propósito es advertir que no hay cosas que lleguen a ser -a producirse- sin un proceso de generación, a partir de un material básico y de los choques y nexos entre los elementos, a saber, los átomos. Con otras palabras, para todos los casos debe haber una razón material de la generación que podamos conocer y explicar.

Ciertamente, el principio que niega la creación a partir de la nada desempeña un papel crucial en este materialismo. Por un lado, exige al filósofo la indagación de las causas de la generación. Al respecto, Lucrecio exhibe en el poema sus profundas observaciones. Por otro lado, excluye categóricamente la creación divina y propone, en cambio, un universo eterno que se destruye y produce a sí mismo constantemente.

⁸⁸ Epicuro, en su “Carta a Heródoto”, insiste en que es indispensable, tanto para los discípulos nuevos como para los aventajados, tener en cuenta el resumen de los fundamentos de la doctrina. Por eso, en la mencionada epístola se exponen, en efecto, los principios [στοιχεῖα] que no sólo hay que conocer y comprender, sino que es necesario tenerlos a la mano en los momentos precisos. *Vid.* Epicuro, “Carta a Herodoto”, 35 y 39.

⁸⁹ Lucrecio., *op. cit.*, I, 149-150. “Jamás cosa alguna se engendró de la nada, por obra divina”.

Conviene mencionar, aunque no sea el objetivo de este capítulo, que es posible identificar el fin ético de este principio. El propósito es despejar el miedo de la existencia de causas que no sean comprensibles o visibles para los hombres. Lucrecio sostiene que, una vez que se haya investigado y reflexionado acerca de la naturaleza de las cosas, entonces será posible dar cuenta, sin recurrir a causas externas, de los procesos generativos y destructivos que observamos en el mundo.

La exposición del primer principio se ubica a partir del verso 149 y llega hasta el 214 del libro I. Se pueden identificar cuatro demostraciones al respecto, en las cuales se enfatizan diferentes aspectos relacionados con las condiciones de generación y crecimiento de los seres y las cosas. Como lo hace con frecuencia, Lucrecio se sirve de las analogías para demostrar el principio,⁹⁰ comienza apelando a los sentidos para después desplazarse hacia la justificación de aspectos no sensibles. Las demostraciones son: 1) todas las cosas necesitan de semillas para generarse; 2) existen condiciones temporales y espaciales del nacimiento y crecimiento de los seres; 3) cada proceso tiene sus propias causas, y 4) hay materia determinada para cada cosa.

La primera demostración se ubica en los versos 159 a 173. Lucrecio afirma: *Nam si de nihilo fierent, ex omnibu' rebus, omne genus nasci posset, nil semine egeret.*⁹¹ En este enunciado se supone que, efectivamente, las cosas se pueden producir de la nada. Lucrecio afirma la negación del enunciado que quiere demostrar para dar cuenta del absurdo en el que se cae. El sinsentido radica en que, no habiendo restricciones en la producción, de cualquier cosa podría salir cualquier otra. En este caso, la relación causal que observamos en la producción de seres sería una mera coincidencia.

Para ilustrar este punto Lucrecio, remite a la experiencia. Escribe que si hubiera generación a partir de la nada los hombres podrían nacer del mar, de la tierra los peces, y del aire las aves, el ganado y las fieras surgirían de las tierras cultivadas o desiertas, los árboles darían cualquier fruto.⁹² Este escenario describe una naturaleza confusa y sumamente desordenada. No obstante, la experiencia nos advierte de la falsedad del

⁹⁰ Sobre el frecuente uso de las analogías en el texto de Lucrecio puede consultarse: Setaioli Aldo. "L'analogie et la similitude comme instruments de démonstration chez Lucrèce" en *Pallas*, 69, 2005, pp.117-141.

⁹¹ Lucrecio, *op. cit.*, I, 159-160. "Pues si las cosas salieran de la nada, cualquiera podría nacer de cualquiera, nada necesitaría semilla".

⁹² *Vid.*, Lucrecio, *ibid.*, I, 161-166.

razonamiento porque, al observar las cosas naturales, podemos encontrar una cierta disposición constante. El poeta concluye que sin simientes no se puede explicar la regularidad de la generación de las cosas. Así, a cada ser u objeto lo asiste una facultad distinta [*secreta facultas*],⁹³ es decir, una capacidad o posibilidad particular. En este sentido, se puede indicar que existe una cierta causa de generación para todos los casos, por ejemplo, los gatos al unirse generan más gatos, su facultad es la reproducción de su especie.

Ahora bien, conviene comentar la segunda (174-191) y tercera demostración (192-198) de manera conjunta. Ambas sostienen que existen ciertas condiciones para el nacimiento y crecimiento de los seres y cosas. En primer lugar, las temporales y espaciales. Al respecto Lucrecio se pregunta cuál es la razón de que crezca la rosa en primavera, con el calor los trigos y en el otoño las vides, si no es porque a su tiempo las semillas de los seres se congregan y originan tales cosas en ciertas temporadas. En otras palabras, si estos cambios se produjeran a partir de la nada, no habría razón por la cual sin importar el momento surgiera cualquier cosa, por ejemplo, los niños se harían adultos en un instante o brotarían inesperadamente árboles de la tierra. Sin embargo, esto no acontece; antes bien, el crecimiento es paulatino y surge a partir de semillas determinadas. Lucrecio afirma que cada cosa procede de su propia materia [*sua de materia grandescere alique*].⁹⁴ De esta forma, se reconoce la existencia de un tiempo adecuado y un espacio propicio de crecimiento para los seres naturales.

En segundo lugar, existe también una “condición externa”. La naturaleza da sustento a los seres para que puedan desarrollarse, por ejemplo, las lluvias para la tierra, y el alimento para que los animales conserven y propaguen su especie. De manera que si los seres obtienen su alimento de otros entes o cosas, entonces debe haber algo común y apropiado a cada uno de ellos. Ciertamente, Lucrecio concluye que existen muchos cuerpos comunes a diversos seres [*multis communia corpora rebus*]. En este punto, el poeta epicúreo recurre a la analogía con las letras: así como hay letras determinadas (elementos) para formar palabras, esto es, múltiples combinaciones, e incluso infinitas posibilidades de composiciones. Del mismo modo, las semillas forman seres, diversos y variado, puesto que sin principios, ninguna cosa puede existir.⁹⁵

⁹³ *Vid., Ibid.*, I, 173.

⁹⁴ *Vid., Ibid.*, I, 188-191.

⁹⁵ Lucrecio vuelve a esta analogía en I, 824 y 912; II 688 y 1013-1018.

La cuarta y última demostración se sitúa en los versos 199 a 214, en los cuales Lucrecio insiste en los límites de las cosas. El poeta se pregunta por qué los hombres no son tan grandes que puedan cruzar el mar a pie, o con las manos arrancar los montes y vivir muchos siglos. La razón es que existen medidas de las cosas que establecen lo que se puede y lo que no se puede hacer. La naturaleza se nos presenta con ritmos y regularidades, que son llamados *foedera naturae* o pactos naturales.⁹⁶ Hay límite de las cosas posibles, el cual está establecido por las semillas (los átomos), puesto que a partir de ellas se genera el universo. Para aclarar este punto podemos recurrir al razonamiento que reconstruye el académico francés Gabriel Droz-Vincent:

una regularidad es observable en el curso de la naturaleza, pero incluye la contingencia de los movimientos libres. Ahora, el *fatum* con su estricto encadenamiento causal no puede dar cuenta de tales hechos. Es necesario entonces, que exista en la naturaleza un modo de ligar los fenómenos entre sí, el cual dé razón de lo posible: tales son los *foedera naturae*.⁹⁷

Así, a través de pactos “atómicos” se establecen los límites de los seres y las cosas; los átomos han contratado nexos convenientes que los conforman, pero dichos acuerdos no son eternos, su caducidad está delimitada por la utilidad, es decir, mientras el compuesto funcione correctamente. Gracias a estos entrelazamientos podemos advertir cierta regularidad en la naturaleza. Además, ellos junto con el *clinamen*, como se verá en el siguiente capítulo, permiten romper con el hado y, por ende, con la determinación.

En efecto, al considerar las cuatro demostraciones se puede advertir que Lucrecio va perfilando una idea de naturaleza, cuya característica es la regularidad lograda por los *foedera naturai*. Existe una relación causal en la generación de los seres, los cuales crecen de acuerdo con un tiempo y espacio propicio y una alimentación benéfica. Dichas entidades son, a su vez, determinadas tanto en sus dimensiones como en su longevidad.

Por último, este primer principio, “nada nace de la nada”, no sólo niega la creación *ex nihilo*, divina por excelencia, sino que insiste en considerar una observación evidente, a saber, existe una materia determinada para cada cosa. Los átomos, entonces, tienen una

⁹⁶ Los *foedera naturai* son los pactos que delimitan el poder de las cosas y los seres. Son las uniones de los átomos que permanecen estables por cierto tiempo pero que finalmente se disuelven. *Vid.* Lucrecio, *op. cit.*, I, 584-598.

⁹⁷ Gabriel Droz-Vincent, “*Les foedera naturae chez Lucrèce*”, en *Le concept de nature à Rome. La physique*, p. 209. (La traducción es mía).

función generativa, son las semillas de las cosas,⁹⁸ que se desarrollan cuando las condiciones son propicias.

Segundo principio: nada regresa a la nada.

Analicemos ahora el segundo principio: “*Huc accedit uti quicque in sua corpora rursum dissolvat natura, neque ad nihilum interemat res*”.⁹⁹ Lucrecio afirma una idea básica de su doctrina: la naturaleza disuelve, desune, separa, desata [*dissolvere*] todo en sus cuerpos primeros. Pero ella no destruye, no abate [*interimere*] todas las entidades hasta el aniquilamiento, esto es, a la nada. En otras palabras, cuando las cosas perecen, no se destruyen, no desaparecen absolutamente sino que se descomponen en sus elementos, los cuales constituyen el límite de la destrucción. Un ser vivo al morir es una materia que lentamente se va desintegrando; vemos menguar ese cuerpo, pero sus elementos simplemente se separan. Esos pequeños cuerpos a su vez, no se destruyen debido a que, como veremos más adelante, son extremadamente sólidos.

Para demostrar el segundo principio, Lucrecio recurre a cuatro razonamientos que se encuentran en los versos 217 a 264. Los primeros tres están íntimamente relacionados. En ellos, Lucrecio pide suponer la existencia de algo completamente mortal, es decir, un cuerpo conformado por partes perecederas, de manera que en las demostraciones se enfatiza, en diferentes medidas, la fuerza capaz de destruir los compuestos. La última demostración es una ilustración del devenir.

Lucrecio supone que, si existiera una cosa totalmente mortal, entonces en cualquier momento y sin causa alguna se aniquilaría y no dejaría rastro. No obstante, vemos que los seres cuando perecen o las cosas cuando se destruyen lo hacen a causa de una fuerza capaz de disgregarlos y no desaparecen del todo, sino que dejan un cuerpo inanimado o un objeto corrompido, esos restos, aún perceptibles, se descomponen en sus elementos, los cuales no son observables para nosotros. De este modo, nada se destruye hasta la nada porque las semillas son eternas.¹⁰⁰

⁹⁸ *Vid.* Lucrecio, *op. cit.*, I, 205-207.

⁹⁹ *Ibid.*, I, 215-216. “A esto añade que, inversamente, la naturaleza disuelve cada cosa en sus elementos, pero no la aniquila”.

¹⁰⁰ *Ibid.*, I, 217-224.

Por otro lado, en el segundo argumento, expuesto en los versos 225 a 237, se hace énfasis en la temporalidad. Observamos el constante cambio en los seres y cosas; por ejemplo, los animales y hombres envejecen mientras que las cosas se corrompen, y a la vez constatamos la renovación, entonces ¿de dónde ha salido la materia para este proceso si todo estuviera hecho de partes mortales? Habrían perecido hace tiempo, se habrían consumido totalmente; puesto que esto no es el caso, debe haber entonces seres de naturaleza inmortal [*immortali sunt natura praedita certe*], los cuales permanecen y renueven todo. En esta demostración se subraya el constante cambio que se puede observar en la naturaleza, tal proceso es posible gracias a la permanencia de los átomos, que constituyen la materia básica que se conserva y que compone todas las cosas.

El tercer argumento se ubica en los versos 238 a 249. En esta ocasión se hace hincapié en la fuerza capaz de destruir los cuerpos compuestos. Lucrecio señala que si hubiera cuerpos que al recibir cualquier aplicación de fuerza, no sólo se rompieran los nexos entre la materia sino que incluso se disolvieran, entonces todas las cosas se destruirían al contacto de cualquier impulso. Pero los seres requieren una fuerza determinada para destruir los nexos trabados en la materia primera, es decir, las cosas son disgregadas por fuerzas proporcionales a las diferentes estructuras que contienen. Lucrecio considera que, en los cuerpos compuestos, los nexos entre átomos son distintos y en algunos hay más vacío que en otros. Por ello, la destructibilidad es relativa a la composición interna de los cuerpos. Así, el poeta afirma una vez más que esos cuerpos no regresan a la nada sino que simplemente vuelven al seno de la materia. En este sentido, de acuerdo con las tres demostraciones mencionadas, se debe postular un elemento de naturaleza inmortal que constituye el límite de la disolución de las cosas, a saber, el átomo.

Finalmente, la cuarta demostración se ubica en los versos 250 a 264. Lucrecio, con su pluma de poeta, ilustra los razonamientos anteriores a través de una imagen de la vida en su devenir, en su muerte y renovación:

Por último, perecen las lluvias, una vez el padre éter las ha precipitado al seno de nuestra madre, la tierra, pero surgen lozanas las mieses y en los árboles verdean las ramas, crecen los árboles mismos y se cargan de frutos; de allí se nutre a su vez la especie nuestra y la de los animales, gracias a esto vemos alegres ciudades pulular de chiquillos y en las frondosas selvas resonar por doquier el gorgoeo de las recientes nidadas; entonces también las reses, que la gordura hace pesadas, tienden sus cuerpos

por los risueños pastos, y el cándido licor de la leche mana de sus ubres henchidas; entonces las nuevas crías con sus frágiles patas retozan juguetonas por el herbaje reciente, turbadas sus tiernas cabezas con la embriaguez de la leche sin mezcla. No, no se aniquila todo lo que parece morir, ya que la naturaleza renueva unos seres con la sustancia de otros, y no sufre que cosa alguna se engendre sino ayudada por una muerte ajena.¹⁰¹

La descripción de este escenario de vida, renovación y crecimiento que surge gracias al proceso de muerte, de intercambio y transformación de la materia nos remite a la experiencia. Tanto Memmio como los lectores del poema son testigos de este incesante cuadro de la pródiga vida; la muerte en el aquí da vida al allá. Así, podemos recordar dos puntos capitales de la filosofía epicúrea que se evocan en este pasaje: la comprensión de la muerte y el placer.

En efecto, advertimos que nuestra muerte contribuye a la vida y generación de otros seres. No tener miedo a la muerte es una actitud coherente con la idea de dar lugar a que otros vivan y gocen del placer de existir, no sólo otros seres, sino las cosas, entre las cuales podemos destacar las ciudades. En este sentido se puede identificar también un cierto mensaje político; por ejemplo, Roma no es eterna; como todas las cosas, su poderío político decayó para dar paso a otras sociedades y formas de organización.

Además, la escena que Lucrecio describe es placentera. La contemplación y comprensión de la naturaleza proporciona gozo, entonces ¿por qué empeñarnos en lo imposible, desear la inmortalidad del alma o de nuestras organizaciones sociales? En todo caso, para los epicúreos lo eterno son los átomos y los múltiples y variados nexos que establecen.¹⁰²

2.2 Átomos y vacío

Después de haber mostrado los principios sobre los que se construye la doctrina de la naturaleza, conviene considerar brevemente las características de los dos elementos fundamentales: átomos y vacío. Para empezar, Lucrecio argumenta un punto cardinal¹⁰³ del

¹⁰¹ *Ibid.*, I, 250-264.

¹⁰² El tema del placer es crucial en la doctrina epicúrea. Conviene mencionar que en la “Carta a Meneceo”, el maestro explica que el placer es la única finalidad, el cual consiste en no sentir dolor en el cuerpo ni turbación en el alma. *Vid.* Epicuro, “Carta a Meneceo”, 131.

¹⁰³ Nos parece que es relevante porque en el epicureísmo se afirma la importancia de los sentidos para el conocimiento. Según Lucrecio los átomos no se pueden ver, pero se pueden deducir de otras sensaciones.

atomismo, esto es, que los átomos a pesar de ser invisibles para nosotros, existen efectivamente [*quod nequeunt oculis rerum primordia cerni*].¹⁰⁴ Para demostrarlo, nuestro poeta recurre de nuevo a la analogía. Primero presenta hechos que podemos percibir a través de los sentidos y realiza un razonamiento que, examinado con ánimo sagaz, nos permite reconocer la similitud entre dicha experiencia y un hecho posible. Se aprecia entonces un vínculo entre los sentidos y el trabajo de la mente, es decir, a partir de lo que podemos constatar en la sensibilidad, es posible deducir explicaciones coherentes y lógicas aun cuando no se puedan verificar en la experiencia.

Al respecto, en el poema se pueden identificar tres demostraciones de la existencia de los átomos. La primera de ellas se sirve de la similitud de los efectos del viento y el agua en su forma destructiva. La fuerza del viento [*venti vis*] es capaz de agitar el mar y hundir los navíos, derrumbar árboles y rugir fuertemente aunque no podamos verlo.¹⁰⁵ Por su parte, el agua [*mollis aquae*], a través de torrentes caudalosos, logra arrastrar ramas y árboles enteros, no puede ser contenida por los puentes o presas, en suma arrastra todo lo que esté a su paso.¹⁰⁶ Las fuerzas del viento y del agua son análogas pero difieren en que el viento está compuesto de cuerpos invisibles [*sunt venti corpora caeca*] mientras que el agua es visible. En ambos casos su fuerza es manifiesta. Si consideramos los efectos de los dos, advertimos que el viento existe aunque no sea visible. Así, los átomos, que son también cuerpos invisibles [*corpora caeca*], existen si percibimos sus efectos y manifestación.

La segunda prueba sobre la existencia de los átomos remite a las cosas que podemos percibir a través de otros sentidos. Por ejemplo, apreciamos olores aunque no veamos las cosas de las cuales provienen, captamos calor o frío, oímos voces y otros sonidos. Todas estas cosas no las vemos pero las sentimos a través del olfato, tacto y oído. De esta manera, olores, calor, frío y voces deben ser de naturaleza corpórea porque percibimos su acción, lo cual no sería posible si fueran cosas intangibles. En palabras del poeta: *tangere enim et tangi, nisi corpus, nulla potest res.*¹⁰⁷

¹⁰⁴ *Ibid.*, I, 268.

¹⁰⁵ *Vid.*, *Ibid.*, I, 271-276.

¹⁰⁶ *Vid.*, *Ibid.*, I, 281-289.

¹⁰⁷ *Ibid.*, I, 304. “Pues nada puede tocar y ser tocado, si no es cuerpo”. En este punto es preciso remitir a la teoría del conocimiento epicúrea o canónica, expuesta en la “Carta a Herótoto” § 46-54 y en Lucrecio, sobre la sensibilidad en II, 388-1047, sobre los simulacros, libro IV. Brevemente, podemos decir que los simulacros

Por último, la tercera prueba afirma que la existencia de los átomos es constatada a través de la observación del cambio. Por ejemplo, la ropa tendida al sol se seca, un anillo que se ha llevado durante mucho tiempo en el dedo se desgasta, la gota de agua perfora la piedra, o bien una estatua se corroe en el lugar que tantas veces ha sido tocada.¹⁰⁸ De este modo, todo se desgasta y disminuye aunque no advirtamos cómo se desprenden los átomos ni percibamos a dónde van. Por tanto, afirma Lucrecio: *corporibus caecis igitur natura gerit res*.¹⁰⁹

Ahora bien, nos parece pertinente señalar las características de los átomos antes de comentar la explicación sobre el vacío. La primera distinción que se debe considerar es que *corpora sunt porro partim rerum, partim concilia quae constant principiorum*.¹¹⁰ Los cuerpos primeros o átomos constituyen la materia básica a través de la cual se forman los compuestos, los cuales contienen átomos y vacío en diferentes medidas, entrelazados entre sí con diversos nexos y estructuras. Por otro lado, Lucrecio explica en los versos 483-550 que los cuerpos primeros de las cosas son sólidos y eternos, en ellos tiene origen y sustento la creación entera [*summa creata*].

Los átomos son sólidos, es decir, en su estructura no hay vacío, son macizos, por tal motivo no pueden ser destruidos o desarticulados por los choques, tampoco pueden ser penetrados. Es por eso que los átomos son eternos, no hay fuerza capaz de destruirlos. A su vez son simples aunque tienen partes mínimas, las cuales no tienen existencia independiente ni propia.¹¹¹ El átomo es indivisible físicamente, es indestructible porque constituye el límite de la división de la materia, pero es posible fragmentarlo con el pensamiento.

Además de los átomos existe el vacío, que constituye el otro componente fundamental de la naturaleza. A continuación comentaremos los versos que demuestran su

emanados de las cosas son átomos más sutiles que impactan e impresionan nuestros sentidos. De este modo, el conocimiento se adquiere por el contacto de los simulacros y los sentidos. Michel Serres señala al respecto que “la sensación es un tacto generalizado [...] Saber no es ver, es entrar directamente en contacto con las cosas: por otra parte, son ellas las que vienen a nosotros. La física de Afrodita es una ciencia de las caricias. Los objetos, a distancia, intercambian sus pieles, se mandan besos. En la lejanía está la torre cuadrada, angulosa, rígida, rugosa; se acerca a mí, redonda, lisa, suave. Fenomenología de la caricia: saber voluptuoso”. Serres, M., *op. cit.*, p. 131.

¹⁰⁸ *Ibid.*, I, 305-321.

¹⁰⁹ *Ibid.*, I, 328. “Invisibles son, pues, los cuerpos con los que obra la naturaleza.”

¹¹⁰ *Ibid.*, I, 483-484. “Prosiguiendo: los cuerpos son, o elementos de las cosas, o combinaciones de estos elementos.”

¹¹¹ *Ibid.* I, 599-608.

realidad y explican las características de este segundo elemento constitutivo. En principio, hay que reconocer que existe el vacío aún en las cosas o cuerpos que nos parecen sólidos. Lucrecio señala: *quapropter locus est intactus inane vacansque*.¹¹² Se trata de una definición del vacío, a saber, es un lugar intangible, un espacio que no contiene ningún cuerpo. En este sentido el vacío es contrario a los átomos, los cuales son materia, y por ende, tangibles.

Los razonamientos que se pueden identificar al respecto son cuatro. Lucrecio presenta dos demostraciones basadas en las propiedades de los cuerpos, a saber, la impenetrabilidad y la densidad. El tercero y cuarto son más precisamente refutaciones a posibles objeciones. En todas, el movimiento juega un papel fundamental, debido a que, para la doctrina epicúrea, el vacío garantiza los desplazamientos atómicos.

En el primer razonamiento, Lucrecio sostiene que los cuerpos oponen resistencia entre sí para ser penetrados, de manera que si sólo hubiera cuerpos, entonces no habría movimiento.¹¹³ Se requiere, por tanto, el vacío para que se produzca el movimiento, puesto que gracias a los espacios libres es que los cuerpos pueden desplazarse. La experiencia nos muestra que hay movimiento, la materia no se encuentra comprimida y en reposo sino, por el contrario, es dinámica. Según este razonamiento se puede deducir que el vacío es una extensión, es decir, el lugar que contiene a los cuerpos y permite su desplazamiento.

Ahora bien, la segunda demostración de la existencia del vacío es la siguiente: los cuerpos compuestos son porosos aun a pesar de que algunos parezcan ser sumamente sólidos. Por ejemplo, 1) las rocas en su aspecto externo se ven como materia compacta, pero el agua se puede filtrar a través de ellas; 2) en los seres vivos hay también espacios vacíos porque la digestión del alimento implica movimiento; 3) los árboles crecen y florecen a causa de la circulación de la savia y, 4) aun a través de las paredes las voces se cuelan.¹¹⁴ De esta forma, podemos comprobar que hay vacío en los cuerpos. El vacío permite el movimiento y con él funciones importantes como el crecimiento y la generación.¹¹⁵

¹¹² *Ibid.*, I, 334. “Así pues, existe un espacio impalpable, inocupado, vacío.”

¹¹³ *Ibid.*, I, 335-345.

¹¹⁴ *Ibid.*, I, 346-357.

¹¹⁵ Sobre la existencia del vacío en los cuerpos, Lucrecio propone un experimento mental: nos resulta manifiesto que el peso de los cuerpos hace presión hacia abajo. Pero ¿cómo podríamos diferenciar los pesos de los cuerpos que parecen ser iguales, por ejemplo, una bola de lana y una bola de plomo, ambas del mismo

Lucrecio presenta un tercer razonamiento, que tiene como finalidad prevenir a Memmio de las explicaciones que utilizan los filósofos que no admiten el vacío, cuyo principal argumento se basa en el movimiento de los peces en el agua. Así como los peces se abren camino en el agua, que es también un cuerpo, así todas las cosas lo hacen. Lo que sucede simplemente es un cambio de sitio aunque todo esté lleno. Esta idea pretende mostrar que en el agua no se requiere vacío y siendo el agua un cuerpo, podría generalizarse para sostener que los cuerpos no admiten el vacío, pues el movimiento estaría garantizado por la sustitución de unos por otros. Sin embargo, el poeta advierte que este es un falso razonamiento porque ¿cómo podrían los peces pasar sin que se hubiera abierto un espacio en el agua?¹¹⁶

Finalmente, en el mismo sentido, Lucrecio se adelanta a otra posible refutación. Alguien podría considerar que no existe el vacío porque en todos los lugares siempre hay algún cuerpo, por ejemplo el aire. Al respecto el poeta menciona que cuando separamos dos cuerpos planos, antes de que el espacio se llene de aire, existe ahí vacío. Porque, aunque el aire avanzara rápidamente, ocuparía primero un lugar y posteriormente la totalidad de ese espacio abierto entre dos cosas planas, como si se llenara.¹¹⁷

Después de exponer estos argumentos y responder a posibles objeciones, Lucrecio considera que ha ofrecido razones suficientes para comprender y confiar en esta doctrina de la naturaleza. No obstante, afirma que Memmio puede encontrar o deducir otras razones si investiga con ánimo sagaz [*animo sagaci*] la naturaleza de las cosas.¹¹⁸

Cabe señalar que el vacío tal como se ha presentado en los razonamientos anteriores, puede entenderse como un *locus*,¹¹⁹ un espacio que permite la circulación y

tamaño? En principio sería razonable suponer que si tienen la misma medida también tendrían el mismo peso, pero la experiencia nos muestra que a causa de los diferentes materiales que los constituyen su pesantez es desigual. La razón es, como lo explica el poeta latino, que hay porosidad en los cuerpos. En el caso de la bola de lana hay mucho espacio vacío y en la de plomo menos. De esta forma se demuestra que hay vacío mezclado con las cosas. *Vid. Ibid.* I, 358-369.

¹¹⁶ *Ibid.*, I, 370-383. Nos parece pertinente señalar un ejemplo al respecto: el juego llamado “cuadro mágico” es un pequeño cuadro que contiene 15 piezas y 16 espacios. Las piezas tienen un número asignado y el objetivo del juego es ordenarlas numéricamente. La clave es que hay un espacio vacío a través del cual las piezas se pueden desplazar, si no hubiera tal espacio el juego sencillamente no tendría sentido, puesto que no habría posibilidad de movimiento. De la misma forma, nos parece que sucedería con el argumento de los peces, si el agua fuera un cuerpo sin vacío no podría desplazarse hacia ningún *lugar* para permitir el paso de los escamosos, esto es, no habría movimiento.

¹¹⁷ *Ibid.*, I, 384-397.

¹¹⁸ *Ibid.*, I, 402.

¹¹⁹ *Vid., Ibid.*, I, 426.

desplazamiento de las cosas; es decir, se trata de una extensión en donde se colocan y posicionan los cuerpos. Además, en tal espacio no se ejerce ninguna presión al ser un mero lugar no tiene ningún tipo de consistencia o peso. Como mencionaremos en el próximo capítulo, esta característica del vacío juega un papel importante para la explicación del movimiento atómico.

Ahora bien, ya hemos expuesto las características de los átomos y el vacío, únicos dos elementos que constituyen el todo. En este punto, Lucrecio asevera que tanto los razonamientos como nuestros sentidos nos dan cuenta de su existencia. Ciertamente, en ellos consiste la naturaleza de las cosas. No hay una tercera naturaleza porque, según Lucrecio, los elementos o bien son tangibles, como los cuerpos, o bien son intangibles como el espacio libre o vacío. Asimismo, o bien son agentes o pacientes, lo que le corresponde a los cuerpos (si no tiene cuerpo no puede obrar o afectarse), o bien es el lugar, esto es, el vacío.¹²⁰ Los átomos y el vacío son opuestos entre sí, es decir, son mutuamente excluyentes si apelamos a los atributos definicionales: tangibilidad e intangibilidad respectivamente. Ni el ánimo [*ratione animi*] ni los sentidos [*sensus*] pueden dar cuenta de otra naturaleza.

Antes de concluir este apartado conviene señalar que en los versos 449 a 458 del libro I, el poeta explica brevemente que aparte de los átomos y el vacío existen las propiedades [*coniuncta*] y los accidentes [*eventa*] de lo corpóreo, pero ninguna de las dos cosas existe de la misma forma que los elementos porque dependen de los compuestos. Por el momento no nos detendremos en este problema ontológico, cuyo comentario lo reservaremos para el capítulo 4.

Finalmente, la doctrina de la naturaleza epicúrea se fundamenta sólo en la existencia de átomos y vacío. La de los epicúreos es una economía tanto de principios, como de elementos. Hasta este punto podríamos advertir que la explicación y comprensión de la naturaleza requiere de una disposición anímica, a saber, estar libre de preocupaciones y tener una mente sagaz, además se precisa de unos cuantos enunciados básicos. Es el filósofo que se entrena en la contemplación quien puede indagar la naturaleza de las cosas.

¹²⁰ *Ibid.*, I, 430-448.

2.3 El infinito

En este último apartado revisaremos las consideraciones de Lucrecio respecto al infinito. La investigación sobre el límite o no de los átomos y el vacío tiene como fin señalar la inmensidad y profundidad del universo. Dicha idea constituye el tercer principio de esta doctrina.

Lucrecio comienza advirtiéndolo que el universo no tiene límites: *Omne quod est igitur nulla regione viarum finitumst; namque extremum debebat habere.*¹²¹ Para que algo sea finito debe estar necesariamente limitado. El universo no tiene una línea última que determine su fin, es decir, que sirva como separación entre él y otra cosa. En efecto, podríamos plantearnos la siguiente pregunta ¿qué podría circunscribir al universo si este es todo lo que es [*omne quod est*]? El poeta considera que fuera del universo no hay nada. Por lo tanto, continúa, si algo no tiene extremo es infinito. Donde quiera que nos ubiquemos, el universo infinito se extiende en todas direcciones.

Para demostrar que el universo carece de límite y medida, Lucrecio recurre a tres razonamientos. Los dos primeros son experimentos mentales, mientras que el tercero expone la relevancia de la idea de límite.

Veamos la primera prueba. Si el universo es infinito también deben serlo los átomos y el vacío. Lucrecio demuestra que el vacío es del mismo modo infinito con la siguiente hipótesis. Supongamos finito el espacio, en cuyo límite se encuentra un arquero que lanza una flecha, entonces, o bien, la flecha llega a un fin (se encuentra con algún obstáculo), o bien, avanza indefinidamente. En ambos casos no hay límite, porque si encuentra un supuesto término, el poeta vuelve a plantear la pregunta ¿a dónde llegaría la flecha si se lanza de nuevo? Por ende se ofrecen una vez más las dos opciones anteriores. Si por el contrario, sucede que sigue avanzando entonces, en efecto, no hay límite.¹²²

El segundo experimento mental supone lo siguiente: si el universo tuviera límites precisos, la materia a causa de su peso se hallaría toda en el fondo, compacta y

¹²¹ *Ibid.*, I, 958-959. “Así pues, el universo no está limitado en ninguna dirección; pues de estarlo, debería tener un extremo”.

¹²² *Vid.*, *Ibid.*, I, 968-983.

amontonada, es decir, no habría movimiento.¹²³ Sin embargo, constatamos en la experiencia que los cuerpos se mueven, y, por ende, habría que afirmar que el universo es infinito. En este sentido, la idea de límite es fundamental, como lo demuestran los versos 998 a 1007, en los cuales se expone el tercer razonamiento. Lucrecio escribe que el aire limita las colinas, los montes al aire, pero no hay nada que pueda limitar el universo. No existe un límite al todo y por esta razón tanto átomos como vacío son infinitos.

Así, siendo el universo infinito, es posible pensar el movimiento incesante de los átomos en el seno del vacío. Cabe mencionar brevemente que esta idea de universo abierto, infinito, nos advierte de la imposibilidad de que nuestro mundo sea el único y, más aún, de que el mundo haya sido creado para beneficio nuestro.¹²⁴

Ahora bien, podemos formular algunas consideraciones finales sobre el tema de este capítulo. En primer lugar, sobre los principios básicos de la física epicúrea que hemos analizado, algunos comentaristas, entre los que destaca el filósofo francés Alain Gigandet, los han caracterizado como de conservación.¹²⁵ En efecto, se pueden nombrar de esta manera, debido a que sostienen que la materia y el vacío existen eternamente, no hay aumento ni disminución, antes bien sólo cambian las combinaciones y posiciones de los infinitos átomos en el inmenso espacio del universo. La función de los principios de que nada surge de la nada, y de que nada regresa a la nada consiste en afirmar que la materia se conserva siempre. Lucrecio menciona que:

La suma de la materia no fue nunca ni más densa ni enrarecida por intervalos mayores. Pues nada viene a incrementarla, ni de ella nada perece. Así el movimiento que anima ahora a los átomos, es el mismo que los animó en el tiempo pasado y seguirá empujándolos siempre de la misma manera; y los cuerpos que acostumbran a engendrarse serán engendrados bajo las mismas condiciones: vivirán, crecerán y tendrán vigor según las leyes naturales concedan a cada uno. Y ninguna fuerza puede modificar la suma de las cosas: pues no hay lugar alguno, fuera del universo, a donde pueda escapar

¹²³ En este razonamiento es posible vislumbrar la teoría del movimiento atómico que será expuesta en el Libro II. Porque los cuerpos caen y por ello, si hubiera un límite del universo la materia se encontraría en el fondo amontonada. De la misma manera, Lucrecio sostiene que los átomos se desplazan naturalmente hacia abajo.

¹²⁴ No es este el lugar para desarrollar la idea y las implicaciones éticas del concepto de infinito en la física epicúrea. Sin embargo nos gustaría indicar únicamente lo siguiente: el infinito es una idea que se contrapone a la primacía y privilegio del hombre en el cosmos. Por otra parte, Lucrecio insiste en algunos pasajes sobre la imposibilidad de que el mundo haya sido creado para el provecho humano. *Vid. Ibid.*, II, 167-183 y V, 156-180.

¹²⁵ *Cfr.* Alain Gigandet, “Les principes de la physique” en *Lire Épicure et les épicuriens*, pp. 49-71.

ningún género de materia, ni de donde pueda surgir una nueva fuerza que irrumpa en el universo para alterar la naturaleza entera y trastornar sus movimientos.¹²⁶

De esta forma se advierte que la abundancia de la materia [*materiai copia*] se modifica por el ajuste y reacomodo de los átomos, pero el total nunca se altera. Los átomos y el vacío, principios de las cosas, son eternos e infinitos. Además, el impulso que empuja a los *corpuscula* ha sido y será el mismo, de manera que los cuerpos serán generados bajo las condiciones dictadas por los pactos naturales [*foedera naturai*]. En este sentido, se advierte tanto la conservación de la materia, como su movimiento constante. Al final de la cita anterior, Lucrecio afirma que no existe ninguna fuerza [*vis*] capaz de alterar el conjunto de la materia [*rerum summam*].

En este pasaje podemos advertir una característica fundamental de esta doctrina y es que, lejos de formular una pesada y fastidiosa monotonía de las cosas, se propone una naturaleza diversa. En efecto, los átomos y el vacío se mantienen eternamente, pero sus combinaciones y entrelazamientos son siempre variados. Así, el universo no es continuamente igual, antes bien, es cambiante, distinto. En otras palabras, la materia básica es la misma pero sus compuestos son potencialmente diversos. Sin embargo, no se sigue de esta idea que el universo esté constantemente indeterminado, puesto que existen los pactos naturales, que como hemos indicado más arriba, constituyen una suerte de leyes, cuya vigencia permite que la suma de las cosas mantenga una regularidad temporal.

Ahora bien, a manera de complemento de la cita anterior, en los versos que Lucrecio dedica a explicar el infinito del universo, se puede identificar un pasaje sumamente ilustrativo del conjunto y funcionamiento de la naturaleza según la doctrina epicúrea, el cual nos parece adecuado citar extensamente y comentar.

Pues, ciertamente, los átomos no se colocaron de propósito y con sagaz inteligencia en el orden en que está cada uno, ni <pactaron entre sí cómo debían moverse>; pero como son innumerables y han sufrido mil cambios a través del todo, maltratados por choques desde la eternidad, van ensayando toda suerte de combinaciones y movimientos, hasta que llegan por fin a disposiciones adecuadas para la creación y subsistencia de nuestro universo; y una vez éste ha dado con los movimientos convenientes, se mantiene durante largos ciclos de años, y hace que los ríos abastezcan el mar insaciable con su amplio fluir, y la tierra renueve sus frutos bajo la cálida caricia del sol, y florezca la

¹²⁶ *Ibid.*, II, 294 -307.

nueva generación de vivientes, y vivan los errantes fuegos del éter; todo lo cual no sería en modo alguno posible, si del infinito no afluyera sin cesar materia para reparar a su tiempo las pérdidas. Pues así como la naturaleza de los seres animados, privada de alimento, se derrite y pierde cuerpo, así todas las cosas deben disolverse en cuanto deja de nutrirlas la materia, desviada por algún obstáculo en su recto camino. Tampoco los golpes que por todas partes vienen del exterior podrían conservar todos los núcleos mundiales que han sido formados. Pues si bien los átomos con su choque continuo pueden impedir la disgregación de una parte, hasta que lleguen otros y pueda rehacerse el conjunto, a veces forzados a rebotar, dejan a los átomos de las cosas espacio y tiempo para fugarse y lanzarse por el espacio, libres de su trabazón. Por lo cual, una y otra vez, preciso es que aparezcan nuevos elementos en gran número; y aún, para que estos golpes mismos se produzcan en cantidad suficiente, se necesita en todas partes una infinita cantidad de materia.¹²⁷

Podemos observar que en estos versos se desarrollan aspectos importantes para la comprensión de la doctrina de la naturaleza. A partir de los versos citados y las ideas trabajadas en el capítulo presentaremos algunas conclusiones.

- 1) El átomo es el fundamento de las cosas, existe por sí. El vacío también existe por sí, en tanto que lugar, *locus*. Ambos comparten la primacía etiológica, es decir, son primeros en el orden causal o explicativo. Los átomos se mueven eternamente en el vacío, ellos constituyen los seres, cosas y mundos. De esta forma, son el fundamento de la pluralidad del universo.
- 2) El orden actual en el cual están colocados los átomos es fortuito. Dicho estado de cosas, que Lucrecio nombra como *summa rerum*, es el resultado de los pactos entre átomos. No ha sido formado a causa de común acuerdo [*consilio primordia rerum*] con mente sagaz [*sagici mente*].¹²⁸ Los arreglos atómicos surgen simplemente gracias a los movimientos convenientes [*motus convenientis*]. Así, los cuerpos compuestos permanecen unidos mientras los acuerdos atómicos tengan validez. Esta suma de cosas o naturaleza es fortuita en la medida en que, como veremos en el siguiente capítulo, el movimiento indeterminado de los átomos causa los choques entre ellos. Sin embargo, las combinaciones atómicas no son infinitas.¹²⁹ Los átomos tienen formas finitas, aunque

¹²⁷ *Ibid.*, I, 1021-1051. En el libro V encontramos un pasaje muy similar al anteriormente citado, en el cual el poeta insiste en que los átomos no fueron ordenados por alguna inteligencia ni pactaron entre ellos cómo debían moverse, antes bien, gracias a los choques se han producido las combinaciones apropiadas para la generación de las cosas. *Vid. Ibid.*, V, 416-431.

¹²⁸ *Vid. Ibid.*, V, 156-194.

¹²⁹ *Vid. Ibid.*, II, 700-729.

sean infinitos en número, las disposiciones de los *primordia* no es arbitraria tan sólo casual.

- 3) Los átomos han sufrido muchos cambios en su incesante tránsito en el vacío. Choques, convulsiones, agitaciones y alianzas, acoplamientos, entrelazamientos. En suma, ellos experimentan todo tipo de uniones y movimientos hasta que encuentran posiciones adecuadas para construir cuerpos funcionales. Así, nuestro mundo es la prueba de los pactos, de las disposiciones propicias y productivas.
- 4) Los cuerpos y el mundo están constantemente degradándose y regenerándose. Nuestro cuerpo poco a poco se descompone pero se renueva cuando incorporamos el alimento; sin embargo, en algún momento deberá perecer. El mundo también se descompone y renueva. No obstante, incluso el mundo se disolverá totalmente, sus átomos formarán otro estado de cosas, otros mundos o seres en otros lugares, puesto que el universo es infinito, constantemente hay cambios, muertes y nacimientos.
- 5) Así, la naturaleza actúa por azar y ensayos, los átomos experimentan incansablemente hasta encontrar pactos y conformar regularidades. Los átomos se mueven espontáneamente, no están determinados por nada externo. Tampoco ellos mismos son agentes de determinación, por el contrario, su acción sólo es producida por su naturaleza, la cual es moverse. Por esta razón, la creación de los mundos se realiza a través de encuentros fecundos. En este punto, consideramos pertinente referir la interpretación de Chantal Melis sobre el simbolismo de Venus:¹³⁰ en primer lugar, la autora señala que Lucrecio ilustra los procesos de generación con el fenómeno de la pasión amorosa. Así como en el acto sexual se reúnen los amantes, de la misma manera los átomos se entrelazan: “Aquí también se trata de dos cuerpos dispuestos a formar un enlace generativo [...] realicen una serie de movimientos adecuados, y en mayor o menor grado fijos, para que brote la vida. El punto importante de la analogía es que en el fenómeno del amor se deja entrever el mecanismo que hace funcionar al proceso de reproducción con cierto orden”.¹³¹

En segundo lugar, Melis señala que “en la sociedad romana de aquella época la diosa estaba vinculada con el juego de dados, en el cual el *Veneris iactus* “golpe de

¹³⁰ Chantal Melis, “El lenguaje poético como expresión del conocimiento científico” en *Contactos. Revista de Educación en ciencias básicas e ingeniería*, Vol. III, Num. 3, 1988, pp. 2-10.

¹³¹ *Ibid.*, p. 9.

Venus” designaba al lance decisivo del afortunado ganador”,¹³² y afirma que los lectores contemporáneos del poema podían relacionar dicho golpe con el éxito de los átomos al formar compuestos después de una larga experimentación y, por otro lado, Lucrecio podía mantener la idea de que los procesos de generación y disociación fueron producidos de manera accidental.

Así, los versos citados dan cuenta de un universo que es en sí mismo creativo, poético y diverso. Siguiendo a Melis, se trata del juego azaroso de los átomos, que por golpe de suerte, generaron los acoplamientos propicios y con ello los mundos. Junto al azar existe la continuidad representada en los pactos de los átomos y en la duración de las cosas.

Finalmente, este pasaje ofrece una clave para conectar el libro I con los primeros versos del II, a saber, los átomos se mueven sin ninguna coacción externa. Así pues, nos parece que el terreno se prepara para la formulación del *clinamen*. Hasta aquí Lucrecio ha ido señalando que no hay causas sobre o extra naturales, no hay acción divina sino que pura experimentación, juegos creativos de los átomos. De esta forma, veremos que su naturaleza es caer y declinar. El *clinamen* será, como analizaremos en el siguiente capítulo, el movimiento fundamental y propio del átomo que da lugar a todas creaciones y a la libertad.

¹³² *Ibid.*, p. 10.

Capítulo 3

Clinamen

El libro primero del poema *De rerum natura* explica la naturaleza a través de la formulación y demostración de dos elementos básicos que constituyen el todo, a saber, átomos y vacío. Hasta aquí tenemos las piezas del juego, el qué; ahora corresponde abordar el movimiento, esto es, el cómo. Lucrecio rechaza enfáticamente la intervención de los dioses o de alguna inteligencia o mente que desempeñara una función creadora o dispusiera las cosas de manera que sean favorables a los hombres. Por el contrario, no existe ninguna participación divina o externa a la naturaleza. Entonces, ¿cómo se crean todos los seres, objetos y mundos? ¿Cómo se mantienen? La respuesta epicúrea, que comenta e ilustra Lucrecio, consiste en formular el movimiento atómico.

En el presente capítulo nos centraremos en el tema del movimiento de los átomos, lo cual nos permitirá reconocer el papel crucial que desempeña dicha propuesta epicúrea no sólo para la formulación de un discurso sobre la naturaleza, sino para la formación de hombres libres y felices. En específico, consideramos importante detenernos en el comentario y análisis de los versos 216 a 293 del libro II, puesto que allí se formula y demuestra el movimiento de desviación, el *clinamen*. La estrategia para presentar este estudio consiste en lo siguiente: en primer lugar, nos abocaremos a la exposición de los versos 216 a 250 en los que se presenta el argumento denominado físico. Para tener una comprensión más precisa nos serviremos de algunas interpretaciones y valoraciones contemporáneas, a saber, las de Tim O’Keefe, Walter Englert, Michel Serres, Clément Rosset y José Luis García Rúa. En segundo lugar, en el siguiente capítulo, comentaremos los versos 251 a 293 en los que se expone la demostración del *clinamen*. En forma análoga, analizaremos algunas interpretaciones actuales y propondremos una lectura y perspectiva propia.

En el epicureísmo se formulan tres tipos de movimientos de los átomos: el de caída, el de choque y el de desviación o *clinamen*. Este último ha ocupado un lugar significativo

en las exégesis del epicureísmo en general y del poema de Lucrecio en particular.¹³³ Al respecto, Walter Englert, académico estadounidense, señala que, tanto en la antigüedad como en la actualidad, este tema ha sido uno de los más difíciles y controversiales de la doctrina epicúrea, dado que para los miembros de la escuela fue un punto de vista ortodoxo, mientras que para sus críticos constituyó una formulación ridícula cuando no superflua. Por otra parte, los investigadores modernos consideran que la desviación atómica le sirvió a Epicuro para hacer frente a ciertos problemas filosóficos; sin embargo, no hay acuerdo entre ellos.¹³⁴ Por otro lado, para Michel Serres, filósofo e historiador de la ciencia francés, el movimiento de desviación no ha sido comprendido cabalmente porque se le ha prejuzgado desde un marco de interpretación inadecuado (lo que el autor llama metafísica o mecánica de los sólidos). Por tal motivo, se le ha considerado irracional y profundamente ajeno a la experiencia. Sirvan estas dos menciones para advertir que no existe todavía y quizá no haya una última palabra sobre el tema del *clinamen* o desviación. Por nuestra parte, en el presente capítulo intentaremos mostrar una interpretación que ponga de relieve el papel del mencionado movimiento en la doctrina epicúrea de la naturaleza.

3.1 El movimiento atómico

El proemio del libro II es el reconocido pasaje *Suave mari magno*,¹³⁵ cuyos primeros versos evocaremos a continuación: “Es dulce, cuando sobre el vasto mar los vientos revuelven las olas, contemplar desde tierra el penoso trabajo de otro; no porque ver a uno sufrir nos dé placer y contento, sino porque es dulce considerar de qué males te eximes”.¹³⁶

En la imagen se describe al hombre que contempla el mundo y los avatares de los seres humanos; en esta escena se ilustra la actitud filosófica necesaria para emprender una investigación sobre la naturaleza. Consecuentemente, estos versos iniciales pueden considerarse como un comienzo apropiado para el tema que se desarrollará en el resto del mencionado Libro II, a saber, el movimiento de los átomos y la formación, cambio y

¹³³ Epicuro formula el movimiento de caída y el de colisiones en la “Carta a Herodoto”, 61. En *De rerum natura* de Lucrecio encontramos enunciados los dos movimientos referidos en los versos II, 62-94. Por su parte, la declinación de los átomos o *clinamen* está expuesta en II, 216 a 250. Hemos indicado en el apartado de “Antecedentes” que la autoría de este desplazamiento se le atribuye a Epicuro.

¹³⁴ Walter Englert, *Epicurus on the Swerve and Voluntary Action*, p. 1-2. Englert reseña brevemente las interpretaciones de algunos investigadores contemporáneos, a saber, Carlo Guisanni, David Furley, David Sedley, Don Fowler y Trevor Saunders.

¹³⁵ Lucrecio, *op. cit.* II, 1-13.

¹³⁶ *Ibid.*, II, 1-4.

decadencia de las cosas. El filósofo es quien observa desde la tranquilidad de la orilla el vaivén del mar y a los que ahí se agitan. Dicha posición le permite contemplar y comprender la naturaleza. De manera que, siendo espectador, sabe que forma parte del mundo, porque está compuesto de los mismos elementos (ha sido formado, cambiará y finalmente perecerá) pero ha aprendido a tomar la distancia adecuada para observar el incesante devenir de las cosas y gozar de dicha visión.

Al respecto, Don Fowler, distinguido estudioso de la filosofía antigua, afirma que “como el platonismo, el epicureísmo de Lucrecio subraya continuamente el carácter inestable de la siempre cambiante naturaleza del mundo visible, y es sólo a través de la plena realización de éste que al sabio se le ofrece una especie de paz y seguridad. A diferencia del platonismo, el epicureísmo sostiene que la realidad *subyacente* [*underlying*] en la cual debe basarse esta paz, consiste en un movimiento sin fin a través del vacío infinito”.¹³⁷

Lucrecio expone el movimiento de los átomos a través del inmenso vacío. Memmio, el discípulo de Lucrecio, dispuesto a conquistar la cima, debe estudiar el movimiento, de nuevo, será la observación, el ojo curioso y la mente sagaz del epicúreo, los que le permitirán no sólo formular los razonamientos sobre el movimiento sino incluso demostrarlos.

El marco de la exposición sobre el movimiento son los versos 67 a 79, en los cuales se insiste en la idea de conservación, esto es, la idea de que la materia, siendo infinita no puede simplemente desaparecer o disolverse, pero tampoco crearse. El devenir y los cambios son datos de la experiencia, constatamos la disminución o muerte, por ejemplo en la vejez; al mismo tiempo vemos nacer y florecer a los seres constantemente, pero la suma de las cosas permanece incólume.¹³⁸ En efecto, la materia persiste aunque algunas veces disminuya aquí y aumente allá. Atenas muere azotada por la peste pero Roma nace como imperio. ¿Cómo es que acontece esto? Lucrecio y Epicuro han insistido en que los dioses no tienen ninguna función creativa ni favorecen las empresas de los hombres, no hay orden y constitución del mundo o de ciudades preestablecido por inteligencias externas. Por el contrario, el ensayo y experimentación de los átomos han constituido el actual estado de

¹³⁷ Don Fowler, *Lucretius on atomic motion*, p. 16. (La traducción es mía)

¹³⁸ *Vid.* Lucrecio, *op. cit.*, I, 238-264, 540-547.

cosas, el cual no es permanente o eterno. El movimiento atómico es la causa de la formación de las cosas.

Hay mundo. El mundo está siempre en devenir; sentimos el crecimiento y la mengua en nuestro propio cuerpo; las ciudades decaen; no hay fondo oculto de la naturaleza. Ante todo son los átomos en constante y eterno movimiento los que han conformado un estado de cosas. He aquí el preámbulo: los átomos se mueven y comienza el juego.

La explicación del movimiento atómico se inicia en el verso 80 y concluye en el 332. Estos versos contienen el desarrollo de los argumentos y demostraciones sobre los tres tipos de desplazamientos. Antes de comentarlos conviene señalar brevemente los pasajes sobre este tema en Epicuro. En la “Carta a Heródoto”, el filósofo de Samos expuso tres ideas respecto al movimiento: es eterno, tiene una dirección y la velocidad de los átomos es la misma. Primero en los párrafos 43 y 44, de acuerdo con Diógenes Laercio, se afirma que el movimiento de los átomos es continuo y eterno, por lo tanto, no tiene comienzo. En cuanto a la dirección del movimiento en el universo, que es infinito, Epicuro asevera que no puede haber un extremo superior y uno inferior en términos absolutos. Por el contrario, hemos de considerar el desplazamiento en relación con nosotros, es decir, la dirección es relativa al agente u observador.

Hay que concebir, por tanto, una única dirección hacia arriba que avanza hacia el infinito, y una sola hacia abajo, aunque infinitas veces un móvil que saliera de nuestro lado llegara a los pies de quienes habitan por encima de nosotros, o un móvil en dirección hacia abajo tocara la cabeza de quienes habitan en un lugar inferior. Porque imaginamos infinito por igual el movimiento en ambas direcciones opuestas.¹³⁹

La trayectoria del proyectil lanzado desde un punto determinado en el espacio, por ejemplo nuestro mundo, es relativa, porque al describir un movimiento es preciso tener una referencia y asignar una dirección. El infinito carece de límites, por lo cual sería absurdo pensar que existe un centro, un arriba y un abajo, pues en cualquier punto el universo se abre, por ende, si algo se ubica en un punto dado, ahí es posible ubicar un alto y un bajo, pero con respecto a dicho sitio. Tanto el arriba como el abajo en el universo infinito son

¹³⁹ Epicuro, “Carta a Heródoto”, 60.

direcciones opuestas del movimiento, pero nunca absolutas. De esta manera hay que suponer el desplazamiento de los átomos en una dirección tal que podamos pensar y, de hecho, comprobarla en la experiencia, es decir, el movimiento hacia abajo causado por la pesantez de los cuerpos.¹⁴⁰ En este sentido, se trata de un razonamiento basado en la observación y el reconocimiento del peso de los cuerpos. Junto al de caída, Epicuro considera el movimiento de choque. Sin embargo, no queda claro en la exposición de estos pasajes cómo se relacionan tales movimientos. Queda descartada la velocidad, pues el filósofo de Samos también indicó que en el vacío los átomos avanzan con la misma celeridad.

En suma, Epicuro describe en la “Carta a Heródoto” dos escenarios: 1) los átomos se desplazan hacia abajo en el vacío a la misma velocidad. 2) Los átomos, cuando se encuentran en los compuestos, no sólo caen sino que chocan; incluso se lanzan hacia arriba o de manera oblicua, en cuyo caso, puede haber variaciones de velocidad. Podemos observar que hay, sin duda, un salto del escenario 1 al 2. Efectivamente, el primero es el modelo “inicial” o “primitivo” del movimiento atómico, mientras que el segundo son los cuerpos como nos aparecen, un estado de cosas. Entonces, ¿cómo se pasa de la caída de cada uno de los átomos a la formación de los cuerpos compuestos? Lucrecio nos da la respuesta en su Libro II.

El poeta latino desarrolla extensamente el tema del movimiento y, tal como lo hace a lo largo del poema, ofrece una serie de analogías a manera de demostraciones. Afirma que los átomos vagan sin descanso a través del inmenso y profundo vacío. Se unen, se entrelazan entre sí para formar los compuestos y, con ello, los seres y los mundos. No detienen su desplazamiento para cambiar de rumbo, el modo en que actúan se explica únicamente por la naturaleza de su movimiento. Los dos desplazamientos básicos que identificamos en Epicuro, Lucrecio también los enuncia:

Si crees tú que los principios de las cosas pueden detenerse y, estando en reposo, engendrar nuevos movimientos de los cuerpos, erras descarriado, muy lejos de la verdad. Pues vagando por el vacío, fuerza es que los principios sean arrastrados todos juntos, o por su gravedad [*aut gravitate sua ferri primordia rerum*], o por un choque casual exterior [*aut ictu forte alterius*].¹⁴¹

¹⁴⁰ *Ibid.*, 61.

¹⁴¹ Lucrecio, *op. cit.*, II, 80-85.

Por un lado, el movimiento causado por el peso de los átomos puede ser entendido como caída. Los átomos se deslizan a través del vacío porque debido a su gravedad son impulsados hacia abajo. El vacío, siendo un espacio [*locus*], no opone ningún tipo de resistencia, por lo cual la caída es libre. Además, al ser un desplazamiento causado por una propiedad del cuerpo, podemos considerarlo como natural. Porque el átomo por su propia constitución cae. En resumen, el primer tipo de movimiento es de caída libre y es natural.

Por otro lado, Lucrecio indica un segundo movimiento, a saber, el de choque o colisión. En efecto, sucede que los átomos chocan entre sí, rebotan, se entrelazan o se rechazan hasta encontrar un acomodo propicio. El choque genera remolinos, marañas, cambios bruscos de dirección, lanzamientos oblicuos y, en general, movimientos que no son propios del átomo, sino reacciones a la aplicación de una fuerza externa. El choque es el movimiento producido por el golpe de unos átomos con otros; por lo tanto, no es natural sino que es motivado por una fuerza ajena, es decir, forzado.

Una vez enunciados ambos tipos de movimiento, Lucrecio le pide a Memmio que recuerde y tenga siempre presente que el todo es infinito (89-94), porque es la razón por la cual los primordios de los seres no tienen descanso en sus trayectorias, vagan y se unen eternamente para generar los acomodos que producen las cosas (95-113).

A manera de ilustración, nuestro poeta recurre de nuevo a la analogía. La función de esta táctica será la de relacionar lo visible con lo invisible. Lucrecio escribe:

De este hecho que señalo tenemos un modelo e imagen constantemente ante nuestros ojos: observa, en efecto, lo que sucede cada vez que los rayos del sol, introduciéndose en la penumbra de una estancia, esparcen en ella la luz: en el mismo haz de rayos luminosos verás mezclarse de mil modos una multitud de corpúsculos, a través del vacío, y como en eterno certamen, trabar batallas y escaramuzas, escuadrón contra escuadrón, sin dar tregua, ora juntándose ora separándose en agitación incesante; de lo cual podrás conjeturar cuál sea este continuo agitarse de los principios en el inmenso vacío; en la medida en que una cosa pequeña puede servir de modelo a las grandes y darnos una pista para comprenderlas.¹⁴²

A fin de entender el sentido de este pasaje, que nos parece crucial para comprender el tercer tipo de movimiento que Lucrecio desarrolla en versos posteriores, conviene resaltar algunos

¹⁴² *Ibid.*, II, 114-124.

puntos. Los rayos del sol que traspasan ciertos rincones de una casa dan cuenta de la existencia de corpúsculos sumamente diminutos que simulan a los átomos, aún más, en esta visión constatamos sus intensas batallas y diversos movimientos de unión y de rechazo. Las partículas de polvo ejemplifican los movimientos de los átomos en el vacío.

En este sentido, es preciso advertir que esos movimientos de guerra y de conciliación son lo que nos permite conjeturar lo que sucede aún en una escala mínima, invisible para nuestros ojos. Citemos de nuevo al poeta:

Otra razón hay todavía para prestar atención a las partículas que vemos arremolinarse en los rayos de sol: y es que sus torbellinos nos revelan que también en el fondo de la materia hay movimientos secretos e invisibles [*clandestinos caecosque subesse*]. Allí verás, en efecto, muchas partículas, agitadas por imperceptibles golpes, cambiar de dirección y retroceder rechazadas, ora acá, ora allá, en todos sentidos.¹⁴³

En este caso, el énfasis está en lo siguiente: la imagen del polvo a través de los rayos del sol nos permite suponer o conjeturar los movimientos de los átomos, no obstante cabe advertir que escapan de nuestra vista ciertas maniobras. Sobreviene la formación de remolinos a causa de movimientos ocultos e invisibles para nosotros. Este señalamiento puede considerarse como una preparación o anticipación de la enunciación del *clinamen*. Ciertamente, una de las principales objeciones a la desviación atómica es que no puede observarse. Sin embargo, si consideramos estos versos podemos pensar que el poeta adelanta la advertencia de que en el fondo de la materia hay movimientos “ocultos” a nuestros ojos.

Los corpúsculos son los primeros en moverse (133-137), ellos se mueven por sí mismos, no por voluntad o intencionalidad, sino por naturaleza, por causas físicas. El movimiento se transmite desde los átomos hasta los cuerpos compuestos,¹⁴⁴ en palabras del poeta: *Prima moventur enim per se primordia rerum*.¹⁴⁵

¹⁴³ *Ibid.*, II, 125-131.

¹⁴⁴ Cabría señalar en este punto que, como tendremos oportunidad de comentar en el apartado de interpretaciones del Capítulo 4, David Sedley y Phillip Mistis sostienen una postura anti-reduccionista del atomismo epicúreo, es decir, consideran que no todos los eventos a nivel macroscópico tienen una justificación a nivel microscópico.

¹⁴⁵ *Ibid.*, II, 133. “en primer lugar, los elementos de las cosas se mueven por sí mismos”.

En cuanto al tema de la velocidad del movimiento atómico (142-164), Lucrecio formula, una vez más, una analogía con los rayos del sol. Así como la aurora baña las tierras y las va cruzando hasta inundar todas las cosas de luz, de la misma manera los corpúsculos se desplazan raudamente. La diferencia es que los átomos, cuando recorren el espacio vacío se trasladan, con más premura que la luz del sol porque el vacío se abre sin obstáculos ante ellos. De esta manera se constatan dos cosas: la enorme velocidad de los átomos y que en el vacío no hay resistencia a su incesante desplazamiento.

Finalmente, no puede pasar inadvertido el hecho de que Lucrecio formule una vez más un argumento contra la idea de providencia precisamente antes de presentar los versos sobre el *clinamen*. En esta ocasión, el tema en el que se insiste es la negación del supuesto de que el mundo haya sido dispuesto por los dioses para beneficio de los hombres. Con firmeza Lucrecio asevera: “imaginar que los dioses lo han dispuesto todo en interés de los hombres, es desviarse, parece, en todos los puntos muy lejos de la verdadera doctrina”.¹⁴⁶

De esta forma, Lucrecio ha ordenado los temas que preceden a los versos sobre el movimiento de declinación. Se ha expuesto el movimiento de caída y el de choque, se ha advertido sobre los desplazamientos ocultos o imperceptibles para nosotros y, se ha hecho hincapié en la ausencia de causas divinas. Veamos ahora qué tipo de movimiento es el *clinamen*.

3.2 El *clinamen*: *incerto tempore incertisque locis*.

Lucrecio dedica los versos 184 a 215 a la exposición sobre la caída de los cuerpos. Para la escuela epicúrea, el movimiento natural de las cosas se produce siempre hacia abajo, ninguna cosa puede por su propia fuerza impulsarse en otra dirección. Por medio de la observación de la naturaleza advertimos un movimiento descendiente natural y fluido, causado por el peso de los objetos. Así, de forma natural [*quantum in se est*],¹⁴⁷ los cuerpos caen. Aún más, si en la experiencia encontramos fenómenos que demuestran lo contrario, es decir, cuerpos que se dirigen con cierta naturalidad hacia arriba, esos mismos sucesos no hacen más que confirmar la aseveración del movimiento de caída.

¹⁴⁶ *Ibid.*, II, 174-176.

¹⁴⁷ *Ibid.*, II, 190. “en cuanto depende de él”.

Para ilustrar este punto, Lucrecio propone algunos ejemplos. Cuando las llamas se alzan y consumen las casas no lo hacen por propio impulso, por el contrario una fuerza las empuja: [*nec...*] *sponte sua facere id sine ui subiecta putandum est.*¹⁴⁸ De igual modo reaccionan otros cuerpos al impulso externo, como la sangre cuando sale del cuerpo y las vigas en el agua, cuando son sumergidas, el líquido las arroja, expulsándolas fuertemente hacia arriba. Dicho movimiento es forzado. Ante todo, Lucrecio demuestra, a través de estos ejemplos, que el movimiento se modifica según el medio en el que se produce. En el caso del vacío el desplazamiento es siempre hacia abajo: *Nec tamen haec, quantum est in se, dubitamus, quin vacuum per inane deorsum cuncta ferantur.*¹⁴⁹

Ahora bien, ya que conocemos “las reglas del movimiento” de los átomos “piezas”, Lucrecio introduce el elemento principal en el juego, una especie de movimiento “sorpresa”: la declinación o *clinamen*. Para poder estudiarlo con detalle es preciso citar las irremplazables palabras del poeta:

Deseo también que sepas, a este propósito, que cuando los átomos caen en línea recta a través del vacío [*rectum per inane feruntur*] en virtud de su propio peso [*ponderibus propriis*], en un momento indeterminado y en indeterminado lugar se desvían un poco [*incerto tempore ferme incertisque locis spatium depellere paulum*], lo suficiente para poder decir que su movimiento ha variado. Que si no declinaran los principios [*quod nisi declinare solerent*], caerían todos hacia abajo cual gotas de lluvia, por el abismo del vacío, y no se producirían entre ellos ni choques ni golpes; así la naturaleza nunca hubiera creado nada.¹⁵⁰

Los átomos, ya lo sabemos, caen a causa de su peso a través del inmenso vacío. En estos versos, Lucrecio introduce dos ideas principales. En primer lugar, en un tiempo y lugar indeterminado los átomos se desvían de sus trayectorias. La desviación es mínima [*paulum*] pero significativa, se mueven apenas un poco, lo mínimo para poder decir que su recorrido se ha modificado. De esta manera, se reconocen dos características del *clinamen*: la espontaneidad [*incerto tempore incertisque locis*] y lo infinitamente mínimo del cambio [*paulum*].

¹⁴⁸ *Ibid.*, II, 193. “No hay que pensar que lo haga espontáneamente, sin coacción exterior”.

¹⁴⁹ *Ibid.*, II, 201 -202. “Y no por ello dudamos, creo yo, de que en el vacío estos cuerpos sean arrastrados todos hacia abajo, en cuanto de ellos depende”.

¹⁵⁰ *Ibid.*, II, 216-224.

En segundo lugar, encontramos una demostración inicial de la existencia del *clinamen*.¹⁵¹ Los átomos siguen en su caída trayectorias paralelas, como caudales, más precisamente como gotas de lluvia. En estas condiciones no se habría producido ninguna cosa existente, porque si cada átomo sigue infinita e incansablemente su recorrido de caída, y dado que las paralelas no se juntan, tendríamos que concluir que no se causaría el movimiento de choque [*plaga creata*], indispensable para la producción de las cosas. Sin embargo, sabemos que hay mundo, cosas y seres. De manera que, siguiendo a Lucrecio, se debe afirmar que el *clinamen* sucede, de hecho existe.

No obstante, como comentaremos en el siguiente apartado, consideramos que no quedan claros algunos aspectos, por ejemplo, se pueden plantear estas interrogantes: ¿se repite la declinación o basta con que haya sucedido una vez?, ¿cuál es su medida o cómo podemos comprender lo mínimo de su cambio?, ¿se da también en los cuerpos compuestos? En fin, lo que podemos indicar por ahora es que se requiere el *clinamen* como causa de los choques entre átomos y por ende de la formación de los cuerpos.

Junto al de caída y al de choque, el *clinamen* es el tercer tipo de movimiento de los átomos. Como podemos apreciar, la desviación es el movimiento clave que vincula los escenarios 1 y 2 que identificamos en la “Carta a Heródoto” de Epicuro. En su demostración, Lucrecio formula dos argumentos. Como hemos mencionado, en este capítulo estudiaremos el primero de ellos, el cual se ha llamado físico porque es un razonamiento a nivel de los átomos y del vacío apelando a sus características. En el siguiente capítulo nos ocuparemos de la segunda demostración.

El argumento físico se ubica en los versos 221 a 224 del libro II. Lucrecio demuestra que el *clinamen* es el movimiento necesario para explicar cómo se crean los cuerpos compuestos, y por ende, la totalidad del universo. En los versos 225 a 250 encontramos un corolario, a saber, la refutación de la hipótesis que sostendría que la causa de los choques pudiera ser el peso de los átomos.

Los átomos caen a través del vacío con la misma velocidad, no hay posibilidad de que los más pesados choquen con los más ligeros porque en el vacío no existe ninguna resistencia u obstáculo. En palabras de Lucrecio “en el inmóvil vacío todos los cuerpos

¹⁵¹ Tim O’Keefe denomina a estos versos como el argumento cosmológico. *Vid.* Tim O’Keefe, “Does Epicurus Need the Swerve as an Arché of Collisions?” *Phronesis*, Vol. XLI/3, 1996.

deben moverse con igual celeridad, aun siendo desiguales en peso”.¹⁵² Asimismo, el poeta asegura que “es preciso que los átomos declinen un poco [*paulum inclinare necessesit corpora*]; sólo el mínimo posible [*nec plus quam minimum*], no se diga que imaginamos movimientos oblicuos, que la realidad refutaría”.¹⁵³

La declinación consiste en que un átomo se desvíe de la vertical trazada por su caída, dicha desviación es mínima: *nec plus quam minimum*. Tal desplazamiento al ser infinitamente pequeño y espontáneo, es decir, azaroso; no podemos contrastarlo en la caída de los cuerpos compuestos. Sin embargo, Lucrecio es bastante precavido al advertir que el *clinamen* no es un movimiento descabellado. De esta manera es pertinente plantearse la pregunta que formula Lucrecio: “que nada se desvíe en absoluto de la vertical, ¿quién hay que pueda observarlo?”¹⁵⁴

Ahora bien, el *clinamen* no se puede evidenciar en la experiencia, pero habría que agregar que tampoco se puede negar. En la observación minuciosa de los objetos que caen, no alcanzamos a percibir que tales cuerpos cambien inesperada y mínimamente su trayectoria. Empero, del mencionado hecho no se sigue que a nivel atómico no pueda ocurrir una mínima y estocástica desviación. El *clinamen* funciona como principio explicativo de la producción de la naturaleza. Es un principio físico e incausado, que tiene un correlato o efecto que podemos constatar en la experiencia: la libertad.¹⁵⁵

El *clinamen* ha sido expuesto como causa de la generación de las cosas; a la vez, dicho movimiento no tiene ninguna causa, no sucede por obra divina, ni por el peso de los átomos ni por la necesidad de un orden; simple y llanamente acaece en un tiempo indeterminado en un lugar incierto. En este sentido, es espontáneo.

3.3 Interpretaciones contemporáneas del *clinamen*.

A continuación presentaremos algunos estudios contemporáneos sobre el tema del *clinamen*. Nuestro propósito es doble: por un lado, mostrar un panorama, si bien no exhaustivo sí representativo de las discusiones actuales sobre el tema que nos ocupa; por el otro lado, pretendemos problematizar algunos aspectos de las interpretaciones y formular

¹⁵² *Ibid.*, II, 238-239.

¹⁵³ *Ibid.*, II, 243-245.

¹⁵⁴ *Ibid.*, II, 249-250.

¹⁵⁵ El tema de la relación entre el *clinamen* y la libertad o *voluntas* será abordado en el siguiente capítulo.

algunos comentarios propios sobre el problema. Comenzaremos con la reconstrucción del análisis de dos estudios que consideran la introducción y papel del *clinamen* en la doctrina epicúrea como una respuesta a la crítica que realizó Aristóteles al atomismo de Demócrito. Para ello, conviene exponer sucintamente el parecer del estagirita.

La crítica aristotélica al atomismo antiguo

Los investigadores Tim O’Keefe, Walter Englert y David Seadley, entre otros, han indagado una vía de interpretación que es hoy en día no solo explicativa sino fecunda. Se trata de la articulación entre las críticas de Aristóteles a los primeros atomistas y las modificaciones que Epicuro introdujo en su propia teoría. A continuación expondremos brevemente las principales objeciones aristotélicas al atomismo que se pueden identificar en los análisis de los mencionados autores.

Aristóteles observó ciertas inconsistencias en la teoría de Leucipo y Demócrito, fundamentalmente respecto al tema del movimiento de los átomos. Los investigadores contemporáneos que revisaremos en los dos apartados siguientes consideran principalmente tres críticas: 1) no hay una explicación para el inicio del movimiento atómico, el cual tampoco tiene una causa, 2) no existe el movimiento natural ni se describen las clases de desplazamientos, 3) los átomos no pueden ser indivisibles.

En la primera crítica podemos advertir dos puntos. El primero es la falta de explicación respecto del movimiento; el segundo es la ausencia de causa eficiente, en términos aristotélicos. Respecto al primer aspecto, según Leucipo y Demócrito, los átomos se mueven siempre, su actividad es eterna, así ha sido y del mismo modo seguirá acaeciendo. Si bien Aristóteles también considera que el universo es eterno, exige que se den razones para afirmarlo; así lo expresa en *Física VIII*:

En general, pensar que tenemos un principio suficiente por el hecho de que algo siempre es así o siempre ocurre así, es una suposición errónea. Sin embargo, esto es lo que hace Demócrito al reducir las causas que explican la naturaleza al hecho de que las cosas han ocurrido en el pasado tal como ocurren en el presente, sin pensar que haya que buscar un principio que explique este «siempre»; así, mientras su teoría es verdadera en lo que se refiere a ciertos casos particulares, es errónea cuando le da un alcance universal.¹⁵⁶

¹⁵⁶ Aristóteles, *Física VIII*, 1, 252a 33 – 252b3.

En esta cita se puede advertir que Demócrito da por hecho el movimiento pero no justifica su eternidad, porque solamente recurre a una afirmación en la que no se arriesga a formular un principio sino que asume un hecho que supone constante. Por su parte, como veremos, Epicuro propone un origen del movimiento atómico que satisface el requerimiento de Aristóteles y a la vez, no pone en riesgo la idea de eternidad.

El segundo aspecto de la crítica consiste en observar que en la teoría atómica no existía una explicación del movimiento atómico, es decir, no se aclara qué es lo que causa que los átomos efectivamente se muevan. Entre los fragmentos sobre los atomistas, el de Aecio ha resultado fundamental para conocer las propiedades de los átomos. El doxógrafo afirma que Demócrito reconocía en los átomos el tamaño y la figura, mientras que Epicuro añadió una tercera característica, a saber, el peso.¹⁵⁷ En algunos testimonios se da cuenta de la distinción que realizaba Demócrito entre los átomos pesados y ligeros.¹⁵⁸ Sin embargo, tal señalamiento no acredita la idea de peso en el pensador presocrático, debido a que en los pasajes se advierte que, más que una cualidad intrínseca, se trataba de una relación entre los cuerpos. De manera que ninguno de los atributos del átomo explica por qué se mueven.

Por otra parte, a decir de Aristóteles, el vacío tampoco es la causa del movimiento atómico. En efecto, el vacío que postulaban los atomistas, de acuerdo con *Metafísica* A 4, se identificaba con el no ser. Por ello, es evidente que se llegaba a una paradoja al sostener que el no ser es, puesto que el vacío debe existir para que los átomos (lo lleno) puedan desplazarse. En los fragmentos presocráticos no queda claro cómo los atomistas resolvían esta incongruencia.¹⁵⁹ Sin embargo, Aristóteles hace notar que el vacío no se requiere para que haya movimiento. En *Física* IV, el filósofo analiza tanto la idea de lugar (τόπος) como la de vacío (τὸ κενόν). Sucintamente, el lugar es lo que limita al cuerpo continente, es una especie de continente no trasladable, un límite inmóvil. Por su parte, el vacío es el lugar en el cual no hay nada, no hay cuerpos. Asimismo tampoco hay diferencias entre los objetos

¹⁵⁷ Aecio, I, 3, 18 (DK 68 A 47) *apud* G. S. Kirk, J. E. Raven, M. Schoefield, *Los filósofos presocráticos. Historia crítica con selección de textos*, p. 542-543.

¹⁵⁸ *Vid.*, Teofrasto, *De sensu* 61 (DK 68 A 135) y Simplicio, *De Caelo* 712, 27 (DK 68 A 61). *Apud* G. S. Kirk, et al, *op. cit.*

¹⁵⁹ *Vid.*, Aristóteles, *Metafísica*, A 4, 985 b 4; Simplicio, *De caelo* 295, I y 242, 18. *Apud* G. S. Kirk, et al, *op. cit.*

debido a que no habría ni más ni menos ni mayor o menor, por lo tanto no podría haber movimiento, todo estaría en reposo. Citemos las palabras del estagirita:

Pero no hay ninguna necesidad de que exista el vacío por el hecho que exista el movimiento. No hay en absoluto tal necesidad como condición de todo movimiento en general, por una razón que se le escapó a Meliso, a saber, porque lo lleno puede alterarse. Así, tampoco el movimiento local exige la existencia del vacío; porque los cuerpos pueden simultáneamente reemplazarse entre sí, sin que haya que suponer ninguna extensión separada y aparte de los cuerpos que están en movimiento. Y esto es evidente también en los torbellinos de los continuos, como por ejemplo, en los de los líquidos.¹⁶⁰

De manera que ni las propiedades de los átomos ni las del vacío dan cuenta de por qué existen los desplazamientos. Se ha dicho que en el vacío, tal como lo describe Aristóteles, no podría haber diferencias en los movimientos porque es un espacio homogéneo. Por esta razón argumenta el autor de la *Física* que para que existan clases de movimiento, a saber, forzado y natural, o bien, no existe el vacío, o bien, no hay desplazamientos naturales. Teniendo en cuenta estos señalamientos, pasamos a la segunda crítica.

En *De Caelo* Γ, el estagirita pide a los atomistas que especifiquen tanto la clase de desplazamientos de los cuerpos primeros, como su movimiento natural.¹⁶¹ En efecto, dichos filósofos sostenían que los átomos se mueven constantemente en el vacío; los mundos se forman a causa de un proceso eterno de unión y rechazo de los átomos, generado por la aparición de un vórtice. En el remolino, los cuerpos más pesados se concentran en el centro mientras que los ligeros se dispersan en el exterior.¹⁶² De esta manera, se puede advertir que el movimiento de los átomos es forzado, porque se dirigen hacia donde el torbellino los empuje. En todo caso, las colisiones o rebotes serían los desplazamientos propios de los cuerpos primeros. En este sentido, el átomo siempre está sometido a la fuerza externa que se ejerce sobre él.

Por su parte, Aristóteles considera que los cuerpos deben poseer un movimiento natural. Existe un lugar propio para cada cosa: la tierra se desplaza hacia abajo, mientras que el fuego se dirige hacia arriba. El movimiento natural es contrario al producido por violencia y su principal diferencia es que en el primero el principio de movimiento está

¹⁶⁰ Aristóteles, *Física* IV 7, 214a 27-33.

¹⁶¹ Aristóteles, *De Caelo* Γ 2, 300 b.

¹⁶² Diógenes Laercio, IX 31, *apud* G. S. Kirk, J. E. Raven, M. Schoefield, *op. cit.*, pp. 536-539.

dentro de la cosa misma. En *Física VIII*, el filósofo estudia el desplazamiento, destacando que todo lo que está en movimiento es movido por algo; empero, el caso del animal es singular, ya que él se mueve a sí mismo por sí mismo. Dicho movimiento podemos nombrarlo activo, como lo hace Englert.¹⁶³ El atomismo de Leucipo y Demócrito carece de dos tipos de movimiento, el natural y el activo.

Por último, según los mencionados filósofos presocráticos, los átomos son indivisibles.¹⁶⁴ Estos cuerpos constituyen el límite de la división, son de naturaleza compacta y no contienen vacío en su interior. Sin embargo, siendo indivisibles los átomos no podrían desplazarse debido a que, para que exista movimiento, una parte del cuerpo debe estar, en un momento, en una unidad de espacio, mientras que la parte restante permanece en la anterior. Un cuerpo no puede moverse a sí mismo en su integridad. Por este motivo, Aristóteles considera que incluso en los cuerpos que se mueven a sí mismos existe una parte denominada moviente inmóvil y otra que, en efecto, es afectada por dicho impulso.¹⁶⁵ Veamos ahora la propuesta de los investigadores contemporáneos.

3.3.1 Tim O'Keefe

El profesor estadounidense Tim O'Keefe en su artículo "Does Epicurus Need the Swerve as an Arché of Collisions"¹⁶⁶ examina el argumento que denomina "cosmológico", que se encuentra en los versos 216 a 224 del Libro II de *De Rerum Natura*. En dicho razonamiento se sostiene que, si no existiera la declinación atómica, no habría colisiones y por lo tanto no se habrían formado los cuerpos compuestos, en suma, la naturaleza. El autor pretende reivindicar la idea de que Epicuro formula el *clinamen* para proponer un *arché*, esto es, un principio de los choques.

El problema que se plantea en el artículo es el siguiente: ¿el *clinamen* es *arché* de la colisiones según Epicuro y Lucrecio? ¿Qué tipo de *arché* sería? O'Keefe se detiene en el análisis de las fuentes epicúreas, a saber, los versos de Lucrecio y los párrafos 43-44 de la "Carta a Heródoto" de Epicuro. Para estos dos filósofos, como hemos mencionado en el

¹⁶³ Walter Englert lo nombra así en su estudio *Epicurus on the swerve and voluntary action* que comentaremos en otro apartado.

¹⁶⁴ *Vid.*, Simplicio, *De Caelo* 242, 18 (DK 67 A 14), *apud* G. S. Kirk, J. E. Raven, M. Schoefield, *op. cit.*, p. 534.

¹⁶⁵ *Vid.*, Aristóteles, *Física VIII*, 5, 256a 3 – 258b 9.

¹⁶⁶ T. O'Keefe, *op. cit.*

apartado anterior, el movimiento atómico es eterno. En su análisis del texto epicúreo, el autor advierte que para el maestro siempre ha habido colisiones, por ende, no se requiere plantear ningún movimiento inicial, no hay necesidad de un primer choque. Hemos señalado ya que en la “Carta a Heródoto”, compendio de la doctrina de la naturaleza, no se encuentra ninguna mención al *clinamen*, no obstante, tradicionalmente se ha atribuido a Epicuro; por esta razón se pregunta O’Keefe ¿por qué el maestro habría introducido tal movimiento?

El autor explora la posibilidad de que Epicuro conociera la crítica aristotélica al atomismo democríteo. En tal caso, el filósofo de Samos habría modificado su propia doctrina a partir de los señalamientos del estagirita. Como lo mencionamos más arriba, Aristóteles criticaba la física de Demócrito porque no proponía ningún movimiento natural, por el contrario todo era forzado y, por ende, necesario. Ni la naturaleza del átomo ni la del vacío daban cuenta del movimiento. Aún más, no había ninguna causa eficiente de aquel.

Según O’Keefe, Epicuro formuló el *clinamen* para explicar la causa de las colisiones. De este modo, la caída de los átomos causada por su peso constituiría el movimiento natural, mientras que las colisiones el forzado o violento. El *clinamen* sería entonces una tercera clase de movimiento atómico que daría cuenta de los choques.

O’Keefe interpreta que la declinación atómica es la solución epicúrea al problema de la causa eficiente que Aristóteles, desde su propia filosofía y sus propios conceptos, objetó al atomismo anterior. Según este investigador, el *clinamen* es *arché* de las colisiones, se trata de un *arché* explicativo, no temporal, que apela a la naturaleza de los átomos. Por lo tanto, no se requiere un inicio del movimiento, una primera declinación; como sabemos, el movimiento atómico es eterno. Mas el *clinamen* funciona como principio explicativo de las colisiones. El autor cree probar que la crítica de Aristóteles le permitió a Epicuro modificar su doctrina: el hecho de que se introduzca un movimiento natural de los átomos causado por su peso, como una cualidad intrínseca, da cuenta de la influencia. El peso es el principio explicativo del desplazamiento atómico. Asimismo, el *clinamen* explica las colisiones, sin comprometer la eternidad del movimiento.

En resumen, el trabajo de O’Keefe resulta clarificador en dos puntos principales: el sentido del *clinamen* y el contacto de Epicuro con la filosofía aristotélica. Resulta sugerente que, en el marco de la discusión sobre la declinación, el autor proponga comprenderla como

un principio explicativo. En este sentido, lejos de ser un absurdo o un descuido no digno de un físico, es una propuesta filosófica para resolver problemas del atomismo anterior.

3.3.2 Walter Englert

Al igual que el artículo anterior, el estudio de Walter Englert en su libro *Epicurus on the swerve and voluntary action*, sigue la línea de interpretación que indaga la influencia de Aristóteles en la reformulación del atomismo realizada por Epicuro. Englert se propone ofrecer una interpretación sobre la relación entre el *clinamen* y la acción voluntaria, cuyo análisis veremos con detalle en el siguiente capítulo. Por el momento, comentaremos los aspectos importantes del libro citado para los objetivos de este apartado.

La hipótesis del autor es que Epicuro conocía la crítica de Aristóteles al atomismo y, al mismo tiempo, encontró los elementos necesarios para modificar su doctrina en la obra del estagirita. Comentaremos estos dos puntos en el desarrollo del presente apartado. Iniciaremos con una breve reconstrucción del análisis de Englert sobre el *clinamen*, en el que considera qué tipo de movimiento es y cómo se efectúa. El autor estudia los versos 243 a 250 del libro II del *De rerum natura*, en los cuales distingue tres puntos importantes: 1) la declinación se describe en el marco de la caída de los átomos, 2) es un movimiento mínimo y 3) ocurre en un lugar y tiempo indeterminado.

El primer punto en sí mismo no es problemático. Englert considera que, a pesar de que la formulación del *clinamen* se inscribe en la caída de los átomos, no se puede asegurar que tal escenario sea el único posible para la declinación. Sabemos que una característica fundamental de dicho movimiento es lo azaroso de su ocurrencia, por lo tanto sería poco probable que, siendo impredecible, se restringiera sólo a la caída de los átomos.

El segundo punto requiere un análisis más detallado. El problema es la dimensión o magnitud de la declinación. Para su análisis, Englert considera el pasaje de Lucrecio que hemos citado, empero, también se detiene en los pasajes de Cicerón, Plutarco y Filodemo en los que se describe este movimiento. En todas las fuentes constata lo pequeño del desplazamiento. Sin embargo, advierte que el corazón del problema consiste en saber cómo se mueven los átomos cuando declinan, es decir, puede ser una inclinación como un ángulo o bien puede tratarse de desplazamientos por distancias mínimas.

Al respecto, Englert analiza la propuesta de David Furley de su libro *Two Studies in the Greek Atomist* sobre la teoría de los *minima* de Epicuro. Según Furley, el filósofo de Samos revisó la estructura del átomo, el espacio y tiempo a partir de la crítica que Aristóteles había formulado contra la indivisibilidad de los átomos.¹⁶⁷ Epicuro no solo aceptó tales objeciones sino que introdujo ciertos cambios; como por ejemplo, un cuerpo indivisible no puede moverse a través de unidades de espacio indivisibles, dado que, en un momento, dicho cuerpo tendría que tener una parte en la anterior posición y otra en la nueva. A causa de este razonamiento, modifica la estructura del átomo al afirmar que los cuerpos primeros son físicamente indivisibles pero teóricamente divisibles.¹⁶⁸ Los átomos tienen partes mínimas, sin embargo éstas no pueden existir de manera aislada, por sí mismas. Englert considera que dichas pequeñas porciones constituyen la unidad mínima de extensión: “lo que se debe advertir, como sea, es que cuando Epicuro o alguna otra fuente habla de un movimiento que involucra un *minimum* o *ἐλάχιστον*, la unidad mínima de extensión, están hablando sobre la medida que es igual no al tamaño del átomo sino de una de sus partes”.¹⁶⁹

Englert propone reconstruir el movimiento de desviación de la siguiente manera:

Imagina un átomo compuesto de tres mínimas partes cayendo a través del vacío a razón de una unidad mínima de espacio por una unidad mínima de tiempo. El átomo continúa cayendo hasta que choca con otro átomo que corta a través su camino, o hasta que en un tiempo y lugar indeterminado, se desvía un *minimum* de su trayectoria. Cuando se lleva a cabo la desviación, el átomo, por una unidad mínima de tiempo, no viaja en la dirección en la que estaba. En lugar de eso, se desplaza hacia el lado una unidad mínima. En este punto, al parecer, se reanuda el movimiento en la dirección que se dirigía anteriormente en un camino paralelo pero ligeramente diferente.¹⁷⁰

¹⁶⁷ Según la reconstrucción del estudio de Furley expuesta por Englert, el átomo de Leucipo y Demócrito era física y teóricamente indivisible. Furley distingue tres críticas en *Física VI*: 1) si hubieran magnitudes o distancias indivisibles, entonces existirían unidades de tiempo y movimiento indivisibles. 2) no se puede afirmar que un cuerpo indivisible “se mueve” a través de una unidad de espacio indivisible. Puesto que en algún momento tendríamos que decir que una parte de cuerpo está en la posición anterior y otra parte en la nueva. 3) si existe la diferencia en velocidad, el tiempo y la distancia tienen que ser divisibles. *Vid.* W. Englert, *op.cit.*, pp. 19-21.

¹⁶⁸ *Vid.* Epicuro, “Carta a Heródoto” 56-59 y Lucrecio, *De la naturaleza*, I, 485-496 y 599-614.

¹⁶⁹ W. Englert, *op. cit.*, p. 22 (La traducción es mía).

¹⁷⁰ *Ibid.*, p. 23. (La traducción es mía).

En esta interpretación del *clinamen* se supone que tanto el tiempo como el espacio poseen unidades mínimas. La desviación sería entonces un ligero cambio en la trayectoria de caída de un átomo, la magnitud de dicho desplazamiento corresponde a una unidad mínima, tan pequeña como una de las partes del átomo. Asimismo, Englert diferencia este movimiento de los otros dos. El de caída y el de choque son desplazamientos continuos, mientras que el *clinamen* no lo es, ocurre espontánea y rápidamente, aunque sus efectos, el disturbio en la trayectoria de los átomos, son prolongados. A decir del autor, ésta es la razón por la que Lucrecio lo llama *momen mutatum*, es decir, un cambio en el movimiento.¹⁷¹

Ahora bien, Englert examina el último aspecto constitutivo de la naturaleza del *clinamen*, el azar. Hemos visto que Lucrecio insiste en lo fortuito y casual del movimiento. En el marco del argumento físico, esta característica del átomo es crucial porque permite nuevos movimientos, da lugar a las colisiones y por ende a la formación de los compuestos. La declinación del átomo es incausada, es decir, no tiene un motivo anterior, carece de razón física o de otra índole. Como veremos a continuación, Epicuro pudo haberse inspirado en la teoría de los accidentes de Aristóteles para proponer un movimiento de este tipo.

Consideremos ahora el segundo aspecto que desarrolla Englert, esto es, la demostración de que en la misma crítica y filosofía aristotélica, Epicuro encontró las claves para la formulación tanto del *clinamen* como para la modificación de la teoría del movimiento atómico. Englert examina los siguientes tópicos de la crítica de Aristóteles: 1) el problema del movimiento natural y el forzado y 2) el problema del primer principio del movimiento eterno.

La crítica al atomismo de Demócrito que realizó Aristóteles, según la reconstrucción de Englert, consiste en: 1) el vórtice es el principio de las colisiones, por ende, el movimiento es necesario y eterno. Los choques son el único movimiento atómico. De manera que no se propone un movimiento natural a través del cual se pueda contrastar el forzado. 2) Si hubiera un movimiento natural tendría que ser igual para todos los átomos, puesto que están compuestos de la misma materia. Y por último 3) no hay principio del movimiento.¹⁷²

¹⁷¹ Vid., *Ibid.*, 26 y Lucrecio, *op. cit.*, II, 220.

¹⁷² Vid. *Ibid.*, p. 40.

En la propuesta epicúrea del atomismo, existe, en efecto, tanto un movimiento natural como uno forzado. La introducción del peso como propiedad inherente de los átomos permitió formular la caída como el desplazamiento propio, natural y común de todos los corpúsculos, mientras que las colisiones constituyen el movimiento forzado. De manera que el movimiento, si bien es eterno, tiene una *arché*, un principio u origen: su peso los hace caer.

Por su parte, el *clinamen* juega un papel fundamental en la doctrina tanto física como psicológica como lo han atestiguado las fuentes antiguas. El análisis de Englert a partir de la *Física* VIII, 4 de Aristóteles le permite avanzar en su interpretación. El estagirita consideraba tres tipos de movimiento: 1) el movimiento externo y contrario al natural, es decir, el forzado, 2) el natural de los cuerpos simples, cuya característica es su pasividad y 3) el natural de las criaturas vivas que es activo.

Respecto a este último tipo de desplazamiento, Englert examina la teoría sobre el movimiento de los seres vivos que se encuentra en *Física* VIII, 2 y 6 y *De Motu Animalum*, y propone que en tales pasajes se puede observar que, en efecto, existe una relación estrecha con la formulación de la teoría del movimiento atómico epicúrea. Epicuro introdujo un movimiento activo natural, cuya característica consiste en originar el movimiento, pero no sólo a nivel de los seres vivos sino de los átomos. En palabras de Englert: “la desviación parece haber sido el intento de Epicuro de encontrar en los átomos una fuente de movimiento natural *activo*, la habilidad para generar, y no sólo sufrir, movimiento”.¹⁷³ De esta forma, tal desplazamiento no sólo explica las colisiones sino que cumple una función crucial en la psicología epicúrea, da cuenta del movimiento voluntario.

A fin de explicar el carácter azaroso del *clinamen*, Englert recurre a la doctrina aristotélica de lo accidental (*συμβεβηκός*). El autor indica brevemente que lo accidental se define como algo que ocurre algunas veces pero no siempre, puesto que no es necesario. Asimismo, no tiene una causa determinada y no hay posibilidad de dar razones últimas y acabadas de por qué sucede. De acuerdo con Englert es muy similar la manera en la que Aristóteles da cuenta de lo accidental y la forma en la que se describe el *clinamen*. Epicuro adoptó la doctrina de los accidentes de Aristóteles para formular su tercer tipo de movimiento. La desviación, cuya naturaleza es accidental, garantiza la existencia de la

¹⁷³ *Ibid.*, p. 54 (La traducción es mía).

espontaneidad y de las acciones libres de los seres vivos, a la vez, su naturaleza de desplazamiento mínimo permite que exista límite y orden en las cosas. A nivel físico, el *clinamen* explica no la eternidad del movimiento sino la existencia y continuidad del universo.¹⁷⁴

El estudio detallado de Englert presenta una interpretación plausible de la influencia del trabajo de Aristóteles en la reformulación del atomismo de Epicuro. Sin duda, la argumentación del autor nos permite considerar con detenimiento el problema del *clinamen*. En específico, la declinación como un movimiento lógico y explicativamente pertinente, lo cual refuta el prejuicio con el que se había leído a los epicúreos. El análisis de Englert sobre el movimiento de desviación nos permite comprender con mayor precisión una de las razones por las cuales se introdujo el *clinamen* en la doctrina epicúrea, a saber, para solucionar problemas del atomismo anterior. Epicuro no sólo conocía la crítica sino que formuló un sistema más sofisticado.

Hasta aquí hemos comentado los trabajos que siguen claramente un eje interpretativo común, se centran en investigar la causa de la formulación del *clinamen* y su papel explicativo dentro de la doctrina de la naturaleza. Tanto O'Keefe como Englert consideran que la respuesta epicúrea confirma no solo la capacidad argumentativa y filosófica del de Samos, sino su conocimiento de la filosofía anterior.

3.3.3 Michel Serres

En los siguientes tres apartados comentaremos otras posibilidades interpretativas respecto del problema del *clinamen*, en las cuales se ensayan modos de comprensión sugerentes. Comenzaremos con la interpretación de Michel Serres en su libro *El Nacimiento de la física en el texto de Lucrecio*. El filósofo francés expone una propuesta original sustentada en una relectura de la ciencia en la Antigüedad. Serres plantea que el extenso poema *De rerum natura* puede entenderse como un texto de física, aunque no se trata efectivamente de la física moderna sino de otra forma de comprender el estudio y conocimiento físico. La tesis del autor es que, en efecto, había ciencia en aquella época, empero, ella consistía básicamente en una hidráulica. De manera que propone abandonar el marco general de la mecánica de los sólidos, propio del mundo moderno, para ubicarse en una mecánica de los

¹⁷⁴ Vid., *Ibid.*, p. 61-62.

fluidos. Sugiere que en el poema encontramos la exposición sobre la naturaleza, y que su matematización se halla en la obra del siracusano Arquímedes.

El *clinamen* ocupa un lugar fundamental en el desarrollo y demostración de esta interpretación. Serres señala precisamente que el movimiento de declinación se ha prejuizado desde la Antigüedad y, en el mejor de los casos, se lo ha restringido a la subjetividad: es la voluntad arrebatada al hado. Asimismo, el autor señala que “este principio absurdo sería una prueba más, y una prueba decisiva, del estatuto prehistórico de la física grecolatina. No se trataría de una ciencia del mundo sino de una mezcla impura de metafísica, filosofía política y ensoñaciones sobre la libertad individual proyectadas sobre las cosas”.¹⁷⁵ Así, Serres exhorta a romper con tal prejuicio y considerar el texto como un tratado de física. Tal tarea es posible si se coloca en el marco de lectura adecuado.

Serres propone un modelo de declinación: los medios fluidos. Considera que la insensatez reconocida en el *clinamen* se debe a que se ha intentado comprender en el marco de la mecánica de los sólidos. En cambio, propone imaginar la catarata atómica primitiva como si fuera un caudal, un flujo, una corriente fluida. Afirma que dicho caudal laminar es teóricamente ideal, no obstante, en la experiencia resulta sumamente extraño que los fluidos permanezcan paralelos. En los caudales se forman torbellinos y turbulencias. De la misma manera en la caída de los átomos, tal como lo describe Lucrecio, hay formaciones de turbulencias, choques atómicos producidos por una mínima desviación. Para Serres, la desviación es la condición mínima para la formación de una turbulencia. Asimismo enfatiza que en los caudales las turbulencias aparecen estocásticamente, es decir, de manera azarosa, así como el *clinamen* ocurre en un lugar y momento indeterminados.

Ahora bien, el análisis de Serres se detiene en dos puntos cruciales: el cálculo infinitesimal y la geometría. Respecto al primero, el autor afirma que Lucrecio utiliza dos definiciones canónicas de dicho cálculo para dar cuenta del *clinamen*: de lo infinitamente pequeño virtual y de lo infinitamente pequeño actual.¹⁷⁶ La desviación sería entonces una fluxión, una desviación angular infinitamente pequeña.

¹⁷⁵ Michel Serres, *op. cit.*, p. 20.

¹⁷⁶ *Ibid.*, p. 20. El filósofo francés Marcel Conche argumenta en contra de este análisis de las cantidades infinitesimales en su artículo “Épicure et l’analyse quantique de la réalité”, en *Lucrece et l’expérience*, pp. 275-292.

La argumentación del filósofo francés se dirige ahora a la segunda disciplina; escribe que el *clinamen*: “es el ángulo mínimo de formación de un torbellino que aparece aleatoriamente en un flujo laminar”.¹⁷⁷ El autor encuentra en la geometría del primer atomista, es decir, en Demócrito, los elementos que precisa para sostener su interpretación; estos son: la vinculación del átomo, el ángulo y las curvas:

No solamente constatamos que el átomo ha nacido necesariamente en el tratamiento de los elementos curvos, en lo irracional y lo diferenciado, o en lo indefinidamente divisible, por una *decisión* de detención provisional sino también, y sobre todo, que este ángulo mínimo, este átomo de ángulo, este ángulo primordial cuya idea ha considerado tan monstruosa la crítica durante tanto tiempo es, sin embargo, más lógico o más evidente que el átomo mismo. No es posible subdividir el ángulo de contingencia: es fehacientemente mínimo.¹⁷⁸

El *clinamen* es un ángulo mínimo que introduce la contingencia. La inclinación del átomo es, como afirma Michel Serres, la desviación del equilibrio, lo que genera todas las cosas, lo que hace que haya ser y no más bien nada. Los torbellinos, las volutas, en general, la existencia es una desviación, es lo que hace que haya mundo; por el contrario, el equilibrio sería la muerte. Un mínimo cambio en el movimiento, y la naturaleza se produce. “La proto-dinámica de Lucrecio consiste en preguntar: ¿Qué sucede realmente cuando este ángulo aparece o subsiste durante un tiempo? Y la respuesta es: Todo. Es decir, la naturaleza, el nacimiento de las cosas y la aparición del lenguaje”.¹⁷⁹ No es gratuito que el filósofo francés subraye la existencia del lenguaje, porque gracias a esa mínima desviación existen los seres humanos y la capacidad de hablar.

El propio autor afirma que su lectura se basa en una *lectio difficillima*, es decir, la elección de la lectura más difícil del atomismo de los antiguos.¹⁸⁰ El problema que Lucrecio coloca en el centro de su sistema es la cuestión del equilibrio, más propiamente, de la declinación. La dificultad consiste en cambiar de perspectiva: se considera que la emergencia de la física tuvo lugar hasta la Revolución Industrial; sin embargo, la cuestión que se plantea en el poema se puede ubicar como una teoría general de los fluidos. De esta forma, Serres propone que la física de Lucrecio es una hidráulica, por lo tanto, se trata de

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 23

¹⁷⁸ *Ibid.*, p. 29

¹⁷⁹ *Ibid.*, p. 42.

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 101.

ciencia, pero, como el filósofo francés insiste, es una ciencia venusina. El saber voluptuoso y sin culpabilidad sobre el mundo, creativo y creador, cuyo objetivo consiste en conquistar el equilibrio en el alma, la ecuanimidad.

El de Lucrecio es un sistema abierto; el *clinamen* no sólo constituye la causa de construcción de los mundos y todas las cosas, sino también la razón de su destrucción. Serres afirma que todo está construido en falso; precisamente, los objetos del mundo son producto de una desviación y por lo tanto, llevan ingénita su propia caducidad. El universo, este estado de cosas, es una construcción temporal.

Serres continúa con el análisis de la teoría física de la turbulencia para mostrar el modelo global de la formación del mundo, y por ende de las cosas. Se parte de la catarata primitiva de átomos que, a simple vista, parece un esquema de orden. Sin embargo, el autor advierte que se trata de un tipo de caos, el caos-pendiente, que será el telón de fondo de la declinación. Los átomos caen, espontáneamente uno o varios de ellos se desvían un poco de su trayectoria de caída, generando choques, es decir, se produce una perturbación. Serres llama a este desorden atómico, caos-nube o turba. La turba designa una muchedumbre, confusión y tumulto. En dicha agitación surge el torbellino, que es un movimiento de turbo, una forma redonda que gira ya sin desorden. Para el filósofo francés, el torbellino sirve como modelo global del mundo. Así, del caos de la caída se genera otro tipo de caos, más bien fluctuante, del cual se produce, por fin, el orden, el universo.

De esta manera, Serres expone su interpretación, la cual se sustenta también en el análisis de la pendiente y del *clinamen* como inclinación. Insiste en que este mínimo movimiento es lo que abre la vía de la existencia. El autor también aborda la teoría del conocimiento epicúrea, el análisis de los meteoros que dan cuenta del sistema abierto de Lucrecio, la historia y la moral en relación con la física. No es lugar para dar cuenta del extenso y argumentado estudio del filósofo francés. Sin embargo, nos gustaría enfatizar una idea que el autor menciona en varias ocasiones, a saber, la necesidad del cambio de contrato en la ciencia. Serres afirma que en Occidente se ha apostado por una ciencia de Marte, que hace la guerra, pero “Lucrecio ha intentado desesperadamente, como nosotros hemos de hacer hoy con urgencia, cambiar de contrato”.¹⁸¹ Habría que situar a la ciencia como un saber no bélico, sino placentero, vital.

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 43

Sin duda podemos recuperar elementos importantes de la interpretación de Serres. Hasta ahora sólo hemos señalado lo que nos parece básico de su propuesta, a saber, el modelo de la caída de los fluidos que explica la formación de torbellinos y volutas a partir de una leve, mínima inclinación y la concepción de esta física como un conocimiento auspiciado por Venus.

3.3.4 Clément Rosset

El examen de Clément Rosset sobre Lucrecio y su poema se ubica en dos escritos. El primero de ellos, intitulado “Los atomistas de la antigüedad”, forma parte de su libro *La antinaturalaleza*. El segundo es un apéndice de su texto *Lógica de lo peor*, cuyo título es “Lucrecio y la naturaleza de las cosas”. A continuación comentaremos brevemente los aspectos que nos parecen más significativos de su interpretación para el estudio del *clinamen*.

En *La antinaturalaleza*, Rosset parte del párrafo 109 de *La ciencia jovial* de Nietzsche,¹⁸² a fin de analizar la idea de naturaleza a partir de la cual realiza una distinción entre las filosofías naturalistas y artificialistas. Según el autor, dicha idea aparece como uno de los mayores obstáculos que aíslan al hombre en relación con lo real. La naturaleza ocupa un lugar fundamental en la filosofía, es principio de orden y necesidad. Por el contrario, el artificio y la materia son lo azaroso, la indeterminación.

Rosset señala que lo que se opone a la idea de naturaleza no es la ideología religiosa sino el pensamiento materialista: “que se niega a ver en la existencia tanto el efecto de fuerzas como el resultado de principios: para dar cuenta de lo que los hombres llaman naturaleza, el materialismo se contenta con invocar dos «negaciones de principio» que son la inercia (negarse a introducir la idea de fuerza en la existencia) y el azar (el único capaz de explicar la posibilidad de producciones sin menoscabar el principio de inercia)”.¹⁸³ Estos aspectos se ponen de manifiesto en su análisis sobre los atomistas de la antigüedad. Conviene aclarar que Rosset considera que el atomismo se transformó con cada autor, de

¹⁸² El párrafo 109 concluye así: “¿cuándo terminaremos con nuestras precauciones y protecciones? ¿Cuándo dejarán de oscurecernos todas esas sombras divinas? ¿Cuándo llegaremos a desdivinizar completamente la naturaleza? ¿Cuándo podremos comenzar, nosotros lo hombres, a naturalizarnos con esa naturaleza pura, de nuevo encontrada, de nuevo redimida? Cfr. F. Nietzsche, *La ciencia jovial [La gaya scienza]*, Madrid, Biblioteca Nueva, Colofón, 2001, p. 203.

¹⁸³ Clément Rosset, *La antinaturalaleza. Elementos para una filosofía trágica*, p. 37.

Demócrito a Epicuro y de él a Lucrecio. Si bien este último paso no nos parece del todo justificado, la valoración de Rosset sobre el *clinamen* no pierde relevancia.

El *clinamen* es la pieza maestra del atomismo¹⁸⁴ porque es el elemento que, según Rosset, hace del sistema un artificialismo, puesto que tal movimiento elimina la idea de naturaleza, el mundo no ha surgido de los átomos sino *es* los átomos. El *De rerum natura* es un poema que presenta un mundo desnaturalizado, en todo caso, la naturaleza está depurada de los temas tradicionales de la metafísica: el ser, la finalidad, la providencia. No se designa nada más que los azares de la materia. Así, este materialismo se perfila como la posibilidad de pensar la naturaleza lejos de sombras divinas. No hay ninguna idea orgánica, mecánica o de carácter antropomórfico que justifique ni el *clinamen* ni la producción de las cosas. El autor afirma que para Lucrecio: “los fenómenos, al ser la expresión del azar y de la conveniencia (o de la inconveniencia), carecen tanto de naturaleza como de causa: la «naturaleza» del hombre consiste en no tener en absoluto naturaleza, la «razón» del trueno o del viento en no tener en absoluto razón”.¹⁸⁵

En el texto “Lucrecio y la naturaleza de las cosas” Rosset presenta a Lucrecio como un pensador del azar y ve en el poema un materialismo no determinista.¹⁸⁶ El autor considera que ha habido por lo menos dos lecturas habituales de la obra del poeta latino: la de los cristianos, representada por Bergson, y la de los marxistas. Para ambos, a pesar del innegable genio de Lucrecio, su doctrina era sencillamente errónea, incluso incomprensible. Una vez más, el elemento que causaba más extrañeza era el *clinamen*. En la interpretación de Bergson se reconoce un determinismo natural (los efectos de las combinaciones atómicas son fijos, ‘*certus*’), sin embargo, al encontrarse con el movimiento de declinación, no queda sino concluir que la doctrina atomista carece de coherencia y que la física no puede prescindir de la metafísica.¹⁸⁷

Por su parte, de acuerdo con Rosset, los interpretes marxistas reprochaban la ausencia total de la perspectiva progresista y con ello la ausencia de finalidad histórica de

¹⁸⁴ Rosset considera que el *clinamen* es una invención lucreciana; argumenta consistentemente que el maestro no pudo haber formulado la desviación atómica, a partir de los escritos que se tienen de Epicuro. Sin embargo, nos parece que Rosset no otorga el peso suficiente al hecho de que la obra del samio que ha llegado hasta nosotros es sumamente escasa. En todo caso, aceptar que el *clinamen* ya estaba formulado en Epicuro no modifica la interpretación de este filósofo francés. *Vid. Ibid.*, 175-189.

¹⁸⁵ *Ibid.*, p. 46.

¹⁸⁶ Clément Rosset, “Lucrecio y la naturaleza de las cosas” en *Lógica de lo peor. Elementos para una filosofía trágica*, pp. 173-200.

¹⁸⁷ *Vid. Ibid.*, p. 186-190.

los seres humanos. Consideraban al poeta como un determinista racional, pero a causa de la falta de conocimiento científico y filosófico de su época, se vio imposibilitado para dar razón íntegra de la naturaleza por lo que tuvo que recurrir a un artificio como el *clinamen*. Así, la flaqueza del sistema consistía en la carencia del sentido de la historia. Para Rosset, ambos modos de interpretación reprueban el materialismo lucreciano porque no pueden admitir que la empresa del poema sea, precisamente, abandonar toda la ideología. Además, desde los dos puntos de vista, se juzga al materialismo como determinista, por ello el *clinamen* simple y sencillamente estaba injustificado.

Rosset considera que el objeto del *De rerum natura* es luchar contra la superstición, es decir, contra todo aquello que pretende estar sobre lo “natural”, sea la religión, sea la ideología, sea incluso la misma idea de naturaleza. En efecto, para el autor, Lucrecio realiza el examen de la *natura rerum* y encuentra que *no hay* naturaleza de las cosas. En este sentido *natura* designa simplemente las cosas, la *suma* de las cosas. No hay una “razón” del mundo porque no existe una naturaleza.¹⁸⁸

Esta depuración, por así decir, de la idea de naturaleza, es lo que hace del poeta un pensador del azar. “En Lucrecio, natural designa, pues, el hecho de no incorporarse a ninguna concepción general, así fuese de orden naturalista. De ello se concluye que la *natura* lucreciana, en favor de la cual las cosas son “naturales”, no se refiere a una naturaleza de las cosas, sino al azar”.¹⁸⁹ Por este motivo, Rosset se empeña en distinguir las diferencias cruciales entre el latino y su maestro. Para Epicuro sí hay una naturaleza, por eso, según Rosset, Lucrecio no traduce sino que radicaliza la doctrina. Por supuesto, hay azar en Epicuro pero en cuanto característica de la naturaleza. Sin embargo, en Lucrecio el azar es un principio constituyente de una no-naturaleza.

De acuerdo con Rosset, la teoría del *clinamen* es la afirmación del indeterminismo y el azar. El movimiento mínimo de declinación atómica significa, en el conjunto de la doctrina, una suerte de principio azaroso o, con otras palabras, si el mundo es obra del azar, en realidad no hay principio. Rosset insiste en un importante pasaje del final del libro I,¹⁹⁰ que el mundo ha llegado a ser como es a causa del ensayo y experimentación de los átomos, excluye la obra de una divinidad o una mente.

¹⁸⁸ *Ibid.*, p. 178-180.

¹⁸⁹ *Ibid.*, p. 178.

¹⁹⁰ *Ibid.*, I, 1021-1051.

Sin embargo, es preciso hacer hincapié en un aspecto, a saber, la diferencia entre la noción de arbitrario y fortuito. Ante todo, el mundo es obra del azar, es decir, la unión de los átomos ha sido casual. Una vez constituidos los seres, los objetos, los mundos no aparecen o desaparecen a capricho. Sería erróneo deducir del indeterminismo de la generación del estado de cosas un hecho arbitrario. Precisamente Lucrecio, en el libro II de su poema, señala algunos puntos que limitan las posibilidades, por ejemplo, el número de las formas de los átomos es finito, el número de los átomos de cada forma es infinito, las uniones o enlaces de los cuerpos primeros es infinito, pero limitado por las condiciones de viabilidad. En efecto, del azar no se sigue lo arbitrario, porque hay un límite.

Finalmente, la propuesta de Rosset privilegia el azar inherente a la doctrina de Lucrecio. El *clinamen* es el movimiento fundamental para pensar la naturaleza de las cosas como un artificialismo, una explicación atomista de la naturaleza que no se sustenta en fines y causas sino en posibilidades y azares. Esta propuesta de lectura resulta conveniente para indagar sobre el sentido que tiene el movimiento de desviación en el conjunto de la doctrina.

3.3.5 José Luis García Rúa

Consideremos una última valoración sobre el problema del *clinamen*. El filósofo español García Rúa desarrolla una interpretación del atomismo en su libro *El sentido de la naturaleza en Epicuro*. El autor considera que el discurso físico del epicureísmo constituye un sistema que tiene una legalidad definida. A dicho orden lo denomina legalidad sincopada. Veamos a qué se refiere. El filósofo español explica que en primera instancia se reconoce la existencia de una regularidad originaria de los átomos, la caída. Posteriormente y dentro de dicho orden, se inauguran otras disposiciones gracias al movimiento de desviación. Teniendo en cuenta estos escenarios, García Rúa concluye que el *clinamen* es la fuente de toda espontaneidad, es un acontecimiento indeterminado que origina la diversidad de las situaciones.

El autor dirige su indagación sobre este movimiento al terreno de la discusión sobre la necesidad y el azar para poder elaborar con suficiencia la idea de legalidad sincopada. Advierte que existen diversas formas de necesidad; si bien en el sistema epicúreo no hay una necesidad metafísica, es decir, arraigada en una cadena causal o dictada por el hado o

destino, sí se pueden ubicar dos tipos de necesidad: la externa de las colisiones atómicas y la interna del peso de los átomos. Sin embargo, la introducción de un principio de indeterminación, a saber, el *clinamen*, en el conjunto del sistema permite afirmar el azar, no como divinidad ni como causa inestable sino como característica inherente de la naturaleza.

Ahora bien, los átomos conforman la ley y no hay legalidad por encima de ellos. En este sentido, la legalidad prioritaria y originaria de los corpúsculos consiste en la caída. Al mismo tiempo, la ley de caída establece el marco en el cual surge la espontaneidad, la mínima desviación. García Rúa caracteriza a la espontaneidad como la autonomía del átomo, porque dicta la ley para sí mismo. El sistema sincopado es, entonces, legal y espontáneo. La producción de los choques y la posterior formación de los compuestos no eliminan la contingencia propia de la naturaleza. Los pactos de los átomos (*foedera naturae*), argumenta el filósofo español, son contratos entre “individuos” completamente iguales, por lo tanto, no requieren de ninguna autoridad superior y, más bien, son convenientes y múltiples. Podemos advertir que en esta interpretación se destaca el papel del *clinamen*, tanto a nivel atómico como psicológico, como elemento de no determinación y sustento de los actos libres.

3.4 Breves comentarios a las interpretaciones

A partir de la revisión de diversas interpretaciones y valoraciones del *clinamen* podemos formular algunas conclusiones. En principio, es preciso comentar qué es y para qué sirve el movimiento de declinación de los átomos en la doctrina de la naturaleza epicúrea según los análisis de los autores. Posteriormente, al final de este apartado, propondremos algunos aspectos a considerar para una propuesta de interpretación.

En el pasaje que introduce el *clinamen* (II, 216-220) Lucrecio describe dos características de dicho movimiento atómico: es espontáneo y mínimo. En los estudios que hemos comentado observamos que tales rasgos ocupan un lugar especial. Por ejemplo, tanto Englert como Serres proponen modos de comprender lo mínimo del desplazamiento, el primero recurriendo a la teoría de los *minima* en Epicuro, el segundo apelando al cálculo infinitesimal. Por su parte, el tema de la espontaneidad del *clinamen* no sólo es más problemático sino que es el elemento fundamental para los comentarios de Serres y Rosset. En efecto, el movimiento de desviación atómica sucede de manera no determinada, pero,

¿qué consecuencias tiene para el conjunto de la doctrina? Para O'Keefe y Englert es una propiedad del átomo que permite articular el discurso atomista de la naturaleza. Sin embargo, para los filósofos franceses citados tiene un papel más decisivo. Michel Serres considera la desviación no solamente como el inicio de los choques sino como aquello que abre la vía a la existencia. Por su parte, Rosset considera que el *clinamen* es la pieza clave de un mundo desnaturalizado y, con ello, de una doctrina sin ideologías.

Ahora bien, detengámonos en el sentido o utilidad de la desviación atómica en el conjunto de este materialismo. Al respecto identificamos cuatro ejes fundamentales:

- 1) Para los autores Tim O'Keefe y Walter Englert, la formulación del movimiento de desviación atómica fue el recurso que le permitió a Epicuro resolver problemas filosóficos del atomismo anterior. Ambos estudiosos consideran que la introducción de dicho movimiento no solamente estaba justificada (se requería como principio explicativo de las colisiones y como un elemento activo) sino que, filosóficamente, constituye una estrategia válida y pertinente.
- 2) De acuerdo con Michel Serres, el *clinamen* se ha prejuzgado y condenado porque no se leía en el marco científico y filosófico pertinente, a saber, la mecánica de los fluidos. En efecto, el modelo de comprensión basado en la hidráulica es explicativo. La mínima desviación es posible en los caudales laminares, gracias a ella se producen las turbulencias. Según el autor, el ángulo mínimo de inclinación es lo que posibilita la formación, florecimiento y decadencia del mundo y los seres.
- 3) Rosset considera que la desviación de los átomos permite eliminar problemas de carácter metafísico, a saber, el ser, la necesidad y la providencia. Propone que la función del *clinamen* es afirmar el azar en la materia, constituye una suerte de razón de la no-determinación del mundo.
- 4) Por último, el filósofo García Rúa sugiere que el *clinamen* es la pieza clave de un sistema regular y espontáneo a la vez. La caída de los átomos constituye la legalidad que podríamos denominar primigenia, pero cuando, inesperadamente, un átomo rompe el ritmo anterior al cambiar levemente su trayectoria, entonces inaugura otra regulación. Esta segunda legalidad es sincopada. El *clinamen* es un elemento azaroso que modifica el orden al generar otra disposición.

Podemos observar que para estos intérpretes el *clinamen* es un movimiento conveniente en la doctrina: da sentido a los desplazamientos atómicos e introduce el azar. Es preciso advertir que los filósofos contemporáneos superan el prejuicio (denunciado también por ellos) con el que se leyó a Lucrecio durante las diversas recepciones de su poema. Los autores buscan comprender la doctrina utilizando diferentes herramientas y recursos, por ejemplo, la obra de Aristóteles o la ciencia grecolatina. Asimismo algunos de ellos arriesgan interpretaciones de conjunto.

Después de haber señalado estos puntos, podemos precisar algunas ideas, retomadas de los autores, para tener en cuenta en una propuesta de interpretación. El primer aspecto consiste en considerar el atomismo de Lucrecio como no-determinista. En este sentido, el azar constituye el elemento fundamental de toda la doctrina. Por esta razón no se requiere apelar a una instancia externa y ajena a la naturaleza, basta con el movimiento de los átomos para explicar la producción del mundo, las cosas y los seres.

El segundo aspecto es el siguiente: el *clinamen* es el desplazamiento que sucede de manera estocástica, es la condición de posibilidad del mundo, de la existencia, porque provoca los choques entre átomos. El universo es el resultado del ensayo y experimentación de los cuerpos primeros. Si bien el actual estado de cosas es producto del azar, no se puede afirmar simple y llanamente que es caprichoso. Que el azar sea inherente a la naturaleza no significa que ella sea arbitraria. Lucrecio afirma que existen los pactos entre átomos (*foedera naturae*), los cuales mantienen las uniones por cierto tiempo. Dichos contratos tienen la función de imponer límites a las cosas, por ejemplo, un ser vivo no puede gratuitamente desaparecer o bien crecer inconmensurablemente. Los átomos que constituyen su cuerpo son de cierto tipo y sus alianzas tienen cierta vigencia y posibilidad.

El tercer aspecto a considerar es cómo se expresa el *clinamen*. La manifestación clara de este movimiento es el mundo, el cual está constituido por seres y cosas. Si el universo es efecto de las desviaciones atómicas, entonces su constitución no es estable eternamente. Como señala Michel Serres, todo está construido en falso. Sin embargo, en el estado de cosas que podemos contemplar existe algo duradero aunque no imperecedero. Conjuntamente, observamos la prodigalidad de los pactos atómicos. Los cuerpos primeros tienen múltiples formas aunque no infinitas, pero esta variedad da lugar a la diversidad de

cosas e individuos. La naturaleza contiene una gran potencia para la producción. Al respecto consideremos el siguiente pasaje de Gilles Deleuze:

La naturaleza ha de ser pensada como el principio de lo diverso y de su producción. Pero un principio de lo diverso no tiene sentido salvo si no reúne sus propios elementos en un todo. No debe verse en esta exigencia un círculo, como si Epicuro y Lucrecio quisieran decir solamente que el principio de lo diverso debe ser también diverso. La tesis epicúrea es completamente diferente: la naturaleza como producción de lo diverso no puede ser más que una suma infinita, es decir, una suma que no totalice sus propios elementos.¹⁹¹

Además de la diversidad, la contingencia y la posibilidad son otras manifestaciones del *clinamen*. El mundo tiene un orden y una regularidad, pero no está determinado porque no hay fines últimos. En efecto, no hay intrincadas cadenas causales que den cuenta de los procesos. Los seres humanos pueden actuar sin estar constreñidos por nada. Así, la libertad sería una consecuencia directa del movimiento de desviación. Este será el tema principal del siguiente capítulo.

¹⁹¹ Gilles Deleuze, “Lucrecio y el simulacro” en *Lógica del sentido*, p. 309-310.

Capítulo 4

Voluntas

Casi era mejor creer en los mitos sobre los dioses que ser esclavo de la predestinación de los físicos; porque aquéllos nos ofrecían la esperanza de llegar a conmovier a los dioses con nuestras ofrendas; y el destino, en cambio, es implacable.
Epicuro, *Carta a Meneceo*, 134.

La innovación más notable que introdujo Epicuro en el atomismo anterior fue el *clinamen*. Hemos comentado los problemas e interpretaciones de dicho movimiento respecto al nivel atómico en el capítulo anterior. Sin embargo, para completar el estudio es indispensable detenernos en la función de la desviación atómica en el plano macroscópico, en específico, en los seres humanos. Dedicaremos, entonces, este último capítulo a la revisión y análisis del *clinamen* en su manifestación más subrayada por los comentaristas y críticos, a saber, la *voluntas*.

Nos ocuparemos del fragmento comprendido entre los versos 251 a 293 del libro segundo del poema *De rerum natura*, en los cuales se ubica el argumento que hemos denominado psicológico. Nuestro propósito es profundizar en el sentido de dicho pasaje a fin de aproximar una reflexión sobre la relación entre el nivel micro y el macroscópico para poder sugerir una lectura que esté acorde con lo que hemos señalado respecto al *clinamen* en el aspecto físico. Sin duda, afrontamos una tarea compleja debido a la dificultad interpretativa que plantea el tema del indeterminismo en la doctrina epicúrea.

La principal diferencia entre el atomismo de Epicuro y el de Demócrito consiste en que el primero rechaza enfáticamente que todo evento esté causalmente determinado.¹⁹² Por este motivo, se suele pensar que el filósofo de Samos formuló el movimiento espontáneo en los átomos. No obstante, como veremos en la sección de interpretaciones, el asunto no es tan simple. Aun cuando la única justificación para la introducción del *clinamen* hubiera

¹⁹² Vid., J. L. García Rúa, *El sentido de la naturaleza en Epicuro. Algunos aspectos del discurso físico epicúreo*, Granada, Editorial Comares, 1996, y K. Marx, *Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y Epicuro*, México, Sexto Piso, 2004.

sido la afirmación de la libertad de los seres humanos, hemos visto que tal movimiento tiene de hecho una función cardinal en la doctrina de la naturaleza. De manera que cabe cuestionarse si el movimiento de desviación atómica puede jugar un papel más profundo en el ámbito de la libertad.

Tal como se procedió en el capítulo anterior, en el presente realizaremos una revisión de dos investigaciones específicas respecto al tema de la *voluntas*. Comentaremos las interpretaciones de Walter Englert y la de David Sedley. Hemos elegido a estos autores por dos razones, la primera consiste en que ambos realizan un estudio centrado particularmente en el concepto de *voluntas*, su naturaleza y función. Por tal motivo, hemos dejado fuera las interpretaciones de conjunto, es decir, los estudios que abordan el tema de la *voluntas* pero en el marco de una reflexión global sobre la filosofía expuesta en el poema de Lucrecio. La segunda razón, es que tanto Englert como Sedley analizan los versos 251 a 293 del libro II y vinculan sus investigaciones con los textos de Epicuro; además, son representantes de dos perspectivas contemporáneas de análisis dentro de la tradición inglesa: la que considera el vínculo de la filosofía epicúrea con la obra de Aristóteles y, la del no reduccionismo.

4.1 *Voluntas*

El ser humano forma parte del universo; como todos los seres, es el resultado extraordinario de una configuración propicia y estable de átomos y vacío. Su singularidad, empero, se manifiesta en la emergencia de rasgos característicos como la libertad, a partir de la cual surge la responsabilidad de su ejercicio. ¿Qué es y en qué consiste esta propiedad en una doctrina materialista como la de los epicúreos? Esta interrogante será el eje de esta exposición.

El término *voluntas* aparece cuatro veces entre los versos 251 a 293 del libro II. La traducción de dicha palabra puede ser, en efecto, voluntad. Sin embargo, conviene tener en cuenta el sentido que se puede deducir del mismo pasaje donde se introduce: *libera..., fatis auolsa uoluntas*¹⁹³, es decir, la *voluntas* es la libertad arrancada al destino, que otorga a los seres vivos la potestad de moverse a su antojo [*voluptas*]. Con el término *voluntas* nos referiremos a la capacidad de los seres animados de gobernar sus movimientos. Sin duda,

¹⁹³ Lucrecio, *op. cit.*, II, 256-257.

existen diferencias entre tal tipo de habilidad en el ser humano y en los otros seres animados; baste señalar que nos centraremos en el análisis e interpretación de dicha facultad en el caso de los primeros.

Conviene mencionar cómo han comprendido algunos intérpretes el vocablo que utiliza Lucrecio; por ejemplo, Don Fowler traduce *libera voluntas* como “free will”, lo que puede entenderse como libre albedrío.¹⁹⁴ Mientras que Walter Englert se refiere a dicho término como “voluntary action”, la acción voluntaria, que se caracteriza por ser el tipo de movimiento de los seres vivos cuya fuente se encuentra en su interior.¹⁹⁵ Del mismo modo, David Sedley la identifica con la volición¹⁹⁶ y Phillip Mitsis se refiere a ella como acciones autónomas o *par’hemas*,¹⁹⁷ a saber, acciones que dependen de nosotros.¹⁹⁸ En todos los casos la *voluntas* refiere la capacidad de determinar o dirigir nuestros movimientos.

Ahora bien, habiendo demostrado que el *clinamen* es un movimiento mínimo de desviación que produce los choques entre átomos, Lucrecio desarrolla una segunda demostración, cuyo sentido se puede resumir de la siguiente manera: el *clinamen* existe efectivamente porque, aunque no podemos percibirlo, sí es posible atestiguar sus efectos. Como sabemos, el marco del argumento físico es el nivel atómico; por su parte, se puede identificar un desplazamiento hacia el plano de los cuerpos sensibles cuando Lucrecio refiere el tema de la *voluntas*. La razón consiste en que en tal escenario es posible constatar los efectos de la desviación de los átomos.

Veamos el razonamiento:

En fin, si todos los movimientos se encadenan y el nuevo nace siempre del anterior, según un orden cierto, si los átomos no hacen, declinando, un principio de moción que rompa las leyes del hado, para que una causa no siga a otra hasta el infinito, ¿de dónde ha venido a la tierra esta libertad de que gozan los seres vivientes? ¿De dónde, digo, esta voluntad arrancada a los hados, por la que nos movemos a nuestro antojo nos lleva, variando también nuestros movimientos, sin que los determine el tiempo ni el lugar, siguiendo sólo el dictado de nuestra propia mente?¹⁹⁹

¹⁹⁴ Cfr. D. Fowler, “Lucretius on the Clinamen and ‘Free Will’”, en *op. cit.*, pp. 407-427.

¹⁹⁵ Cfr. W. Englert, “The swerve and voluntary action: Lucretius 2.251-293”, *op. cit.*, pp. 63-74.

¹⁹⁶ Cfr. D. Sedley, “Epicurean anti-reductionism”, *op. cit.*, pp. 297-327.

¹⁹⁷ Cabe señalar que Epicuro en la “Carta a Meneceo”, 133-134, utiliza precisamente el término *παρ’ἡμᾶς* para designar a las cosas que dependen de nosotros.

¹⁹⁸ Cfr. P. Mitsis. “Reason, Responsibility, and the Mechanisms of Freedom”, *op. cit.*, pp. 129-166.

¹⁹⁹ Lucrecio, *op. cit.*, II, 251-260.

En este pasaje observamos la refutación que realiza el poeta en contra de la idea de que los movimientos están inexorablemente conectados; se trata de un ataque a la determinación o necesidad física, es decir, a las leyes de lo fatal, *fati foedera*. En contraste, el poeta advierte que existe un fenómeno que pone en entre dicho la fatalidad, a saber, la *libera voluntas* o libertad.

En el contexto de un orden causal, es decir, de la unidad que forman las causas y efectos, Lucrecio pregunta sobre la fuente de la voluntad [*libera voluntas*] de los seres animados, esto es, respecto al origen de dicha potestad, la cual, como mencionamos, se caracteriza como *fatis avolsa voluntas*, la voluntad arrebatada al destino. En esta última frase advertimos el énfasis en la oposición entre un orden establecido por el destino [*fatum*] y la voluntad como facultad sustraída de aquél. A causa de dicha voluntad los seres animados pueden desplazarse a donde el placer [*voluptas*] los conduzca y por donde cambien [*declinamus*] de movimiento. En efecto, la voluntad rompe con la necesidad del destino. Lucrecio afirma que gracias a nuestra propia mente [*ipsa mens*], somos capaces de gobernar nuestras acciones y no padecer pasivamente las acciones externas. Los epicúreos no conciben un mundo donde los hechos estén preestablecidos. Por el contrario, la doctrina epicúrea de la naturaleza se caracteriza por afirmar la libertad frente a la determinación.

Ahora bien, como vimos en el capítulo anterior, en el plano atómico el *clinamen* es el tercer movimiento de los *primordia*, los otros dos son el de caída y el de colisión. La desviación es espontánea y genera los choques necesarios para la formación de los cuerpos y los mundos. Además, origina la indeterminación en el nivel atómico, cuya expresión en el nivel macroscópico es la *voluntas*. Por tal motivo, cuando Lucrecio indaga sobre la fuente de esta capacidad de los seres animados, está poniendo de manifiesto el hecho de que hay algo en la naturaleza que sirve como su fundamento, porque, como sabemos, uno de los principios de esta escuela es que nada surge de la nada.

La definición del *clinamen* y la de *voluntas* está formulada en los mismos términos, ambos son movimientos que ocurren en un tiempo y lugar indeterminado: el primero sucede *incerto tempore ferme incertisque locis*²⁰⁰ mientras que el segundo, a su vez, ocurre *nec tempore certo, nec regione loci certa*, pero se agrega *sed ubi ipsa tulit mens*.²⁰¹ La

²⁰⁰ *Ibid.*, II, 218-219. “en un momento indeterminado y en indeterminado lugar”.

²⁰¹ *Ibid.*, II, 260. “Sin que la determine el tiempo ni el lugar, siguiendo sólo el dictado de nuestra propia mente”.

voluntad es una facultad de los seres animados de dirigir su acción sin ningún tipo de coacción. Por su parte, la desviación atómica es espontánea y no responde a motivo alguno, sino simplemente a la naturaleza del átomo. Lucrecio afirma, en ambos casos, que se trata de un desplazamiento que no tiene una causa precedente. El primero se produce a nivel atómico y genera nuevos movimientos, mientras que la *voluntas* se origina en los seres (cuerpos compuestos) y también es el inicio de otras acciones.

En efecto, como se afirma en los versos 261 y 262: *voluntas principium dat*, es decir, la voluntad proporciona el principio de movimiento a los seres. Es como un impulso que nace en el corazón y se propaga por todo el cuerpo para generar el desplazamiento voluntario. Si bien no encontramos una descripción detallada del proceso por el cual se lleva a cabo una acción libre, a excepción de una breve referencia en 877 a 906 del libro IV, el poeta ilustra el funcionamiento de la voluntad, en el pasaje del libro II, recurriendo a dos situaciones.

A fin de mostrar qué ocurre en el caso del movimiento voluntario, Lucrecio presenta el ejemplo de una carrera de caballos en los versos 263 a 271 del libro II. El proceso, por el cual el animal comienza a correr, se describe como un movimiento que nace del corazón [*initium motus a corde creari*], cuya procedencia es la voluntad de la mente [*ex animique voluntate id procedere primum*]; tal desplazamiento se irradia por todo el cuerpo y las articulaciones. El caballo que está frente a la valla de salida observa primero que la puerta se abre, entonces su mente ordena avanzar y todo su cuerpo responde pronto a dicha decisión. En esta breve explicación no queda claro si el caballo ha precisado de un estímulo externo (la observación de que la compuerta se levanta) para iniciar el movimiento.²⁰² Sin embargo, sí se explicita que la voluntad se origina en el corazón, el lugar en el cual, según el poeta, reside el ánimo o mente.²⁰³

El segundo ejemplo es opuesto al primero en cuanto ilustra el caso contrario, a saber, una acción involuntaria o movimiento forzado. Cuando el impulso es ajeno al del sujeto y se procede movido por un choque violento, esto es, una fuerza externa [*cum*

²⁰² De acuerdo con el pasaje 877 a 891 del libro IV, cuando los *simulacra* excitan el ánimo, se produce la voluntad de moverse. Del mismo modo, en el ejemplo del caballo; el animal observa que la compuerta se abre y en ese instante inicia el movimiento.

²⁰³ Lucrecio dedica el libro III de su obra a la explicación detallada de la función del ánimo y el ánimo o mente en la doctrina epicúrea. Por el momento baste señalar, que según el poeta, el ánimo es el que gobierna el cuerpo entero. *Vid. Ibid.*, III, 136-140.

impulsi procedimus ictu viribus alterius magnis magnoque coactu]. Se puede pensar en un hombre que es empujado por otro, en tal caso, el cuerpo es arrastrado hasta que la voluntad lo refrena por medio de los miembros [*refrenauit per membra voluntas*]. A pesar de haber avanzado a causa de una coacción externa, el sujeto puede retomar el dominio de su cuerpo, debido a que no es un ser pasivo que padezca sólo la afectación que procede del exterior.

Mientras que en el primer ejemplo, la carrera de caballos, observamos que la acción fue promovida por el ser vivo mismo; en el segundo caso, el sujeto coaccionado por una fuerza externa, advertimos que el inicio del movimiento no reside en el sujeto; por el contrario, proviene de un agente externo. En este sentido la acción no es voluntaria sino forzada. No obstante, aún en tal situación, existe la posibilidad de frenar el impulso y detener o cambiar de dirección el movimiento, gracias a la voluntad inherente a los seres animados.²⁰⁴

El poeta continúa con este tema en los versos 277 a 283, en los cuales señala que aun cuando estamos obligados a actuar por una coacción externa, hay algo en nuestro pecho [*in pectore nostro*] que opone resistencia y por cuya intervención se puede refrenar el movimiento y regresar al reposo. Existe, en efecto, la capacidad de oponerse a la coacción; dicha facultad puede entenderse como el fundamento de la posibilidad de dirigir uno mismo la propia existencia.

Lucrecio concluye que del *clinamen* proviene esta capacidad de gobernar nuestros movimientos:

Por lo cual, necesario es reconocer igualmente en los átomos, además de los choques y la gravedad, otra causa motriz de la que proviene esta potestad innata en nosotros, ya que, como vemos, nada puede nacer de la nada. La gravedad impide, en efecto, que todo se haga por medio de choques, es decir, por una fuerza exterior. Pero lo que impide que la mente misma obedezca en todos sus actos a una necesidad interna, sea dominada por ésta y tenga que soportarla pasivamente, es la exigua declinación de los átomos, en un lugar impreciso y en un tiempo no determinado.²⁰⁵

²⁰⁴ Resulta claro que tal caso podemos constatarlo en la experiencia. Por ejemplo, un jugador de fútbol americano que corre rectamente hacia la zona de anotación y es interceptado por otro jugador que aplica una fuerza violenta sobre el cuerpo del primero para coartar su trayectoria, en ese momento, el jugador que avanzaba voluntariamente hacia el objetivo es desviado y, además, la materia entera de su cuerpo se mueve de manera involuntaria, los brazos y las piernas, incluso la cara, por un instante no son controlados sino hasta cuando el sujeto de nuevo dirige su cuerpo en la trayectoria deseada.

²⁰⁵ *Ibid.*, II, 284-293.

De manera que, para Lucrecio, la libertad tiene un sustento material, es decir, los átomos declinan y rompen la cadena causal, lo cual permite que, a nivel macroscópico, los seres vivos puedan, a su vez, iniciar el movimiento y dirigir sus propios cuerpos según su antojo. En los versos citados podemos observar la función del *clinamen* en el sistema materialista epicúreo: inicia los choques y, a su vez, rompe con la necesidad física. El movimiento estocástico, es decir, azaroso, de los átomos, rompe el orden “natural” (la caída recta) e inaugura otro que es temporal. Asimismo, ese exiguo desplazamiento es el signo de todas las cosas y se traduce en la potestad innata en los seres vivos de actuar de manera libre. En el caso de los humanos, la mente no sufre pasiva y forzada la acción externa.

Ahora bien, es preciso destacar dos aspectos en el pasaje que hemos comentado, los versos 251 a 293. Por un lado, en el argumento físico, donde se formula la desviación como movimiento indispensable para la formación de las colisiones atómicas, observamos que dicho movimiento ocurre en un nivel no perceptible para nosotros, no hay manera de constatar la existencia del *clinamen*. Sin embargo, a lo largo del segundo razonamiento se apela a hechos observables, los movimientos voluntarios de los seres vivos, para demostrar que de hecho ocurre dicho tipo de desplazamiento. Por analogía hemos de reconocer la existencia del *clinamen* de los átomos porque es causa de la voluntad. Por otro lado, la segunda observación es que Lucrecio identifica los dos movimientos, el *clinamen* y la *voluntas*, porque la voluntad como una *innata potestas* de los seres vivos, la define en los mismos términos que el *clinamen*, ambos son movimientos que suceden en tiempo y espacios indeterminados.²⁰⁶

Finalmente, el pasaje de 251 a 293 explica la desviación atómica como fundamento material de la *voluntas* de los seres vivos. El poeta empero no se detiene en la explicación detallada del funcionamiento de dicha capacidad. En este sentido, la dificultad principal estriba en comprender el tipo de relación entre ambos movimientos, es decir, cómo se conecta el movimiento espontáneo de los átomos con el nivel macroscópico de la voluntad y, qué clase de vínculo existe entre ambos niveles.

²⁰⁶ *Clinamen* II, 218-219, 292-293 y *Voluntas* II, 259-260.

4.2 Interpretaciones sobre la relación entre el *clinamen* y la *voluntas*.

En la literatura filosófica contemporánea especializada en Lucrecio, encontramos estudios sugerentes en torno al tipo de relación que existe entre el *clinamen* y la *voluntas*; comentaremos dos autores de la tradición inglesa para abordar este tema porque, como mencionamos en la introducción de este capítulo, son estudios específicos, analizan los versos donde se desarrolla la segunda demostración y proponen un vínculo entre ambos tipos de mociones.

Se pueden ubicar, a grandes rasgos, dos propuestas de interpretación de la *voluntas*. En la primera perspectiva, situamos a los investigadores que insisten en la carga aristotélica de la doctrina epicúrea del *clinamen*, por ejemplo, Walter Englert. En cambio, en la segunda postura, se pueden situar los que hacen énfasis en el carácter no reduccionista del epicureísmo y por ende, de la relación original entre *clinamen* y *voluntas*, a saber, David Sedley.

4.2.1 Walter Englert

De acuerdo con la interpretación de Walter Englert, como hemos tenido oportunidad de observar en el capítulo anterior, Epicuro tenía conocimiento de la crítica al atomismo antiguo y, de la teoría de la acción voluntaria de Aristóteles. El análisis que el autor desarrolla en su libro *Epicurus on the swerve and voluntary action* constituye una fina argumentación sobre la influencia aristotélica en el desarrollo de la teoría del *clinamen*; además realiza una exégesis de la *voluntas* lucreciana, es decir del pasaje II, 216 a 293, en la cual muestra que el poeta la define como la expresión atómica de la acción voluntaria. El elemento que caracteriza esta propuesta de interpretación, según el propio autor, es que concibe la relación del *clinamen* y la *voluntas* a partir de su función como principio de movimiento [*motus principium quoddam*, 253-254] en los seres vivos.²⁰⁷

El análisis de Englert se detiene en el fragmento comprendido en los versos 251 a 293 del libro II del poema latino; a continuación señalaremos los puntos clave del argumento del autor inglés. Como apuntamos en el apartado anterior, en dicho pasaje se presenta el *clinamen* como el movimiento atómico que preserva la *voluntas*. Así, en primer

²⁰⁷ Vid. Englert, Walter, *Epicurus on the Swerve and Voluntary Action*, p. 65.

lugar, el autor advierte que, en los versos 256-260, Lucrecio apela a la existencia de una facultad o poder de los seres animados, llamada *voluntas*, y la define como *libera [...] fatis avulsa*, es decir, la libertad arrancada al destino.

En segundo lugar, Englert enfatiza que en los versos 261 a 262 se señala la función de la *voluntas* como fuente de movimiento, esto es, como facultad de la mente responsable del poder que poseen los seres vivos de iniciar una acción. De este modo, los ejemplos de Lucrecio, a saber, el de la carrera de caballos y el de alguien que va caminando y es empujado, pueden considerarse como ilustraciones del *clinamen*. En ambos casos el inicio del movimiento está dentro de los seres vivos. En cuanto al primero se observa que el movimiento nace del corazón [*initium motus a corde creari*, 269]. Respecto al segundo, se puede precisar que el individuo puede refrenar una acción forzada, porque hay algo en su pecho [*in pectore nostro*, 279] capaz de resistir la fuerza externa.

El tercer elemento del análisis se centra en la conclusión del poeta que se ubica en los versos 284-293, en los cuales se afirma que existe un tipo de movimiento atómico capaz de explicar el de los seres vivos. De acuerdo con Englert, la formulación de un tercer tipo de desplazamiento de los principios, asumiendo que Epicuro fue el autor de tal teoría, se debe a que el filósofo de Samos estaba influido por la consideración aristotélica del problema del movimiento animal expuesto en *Física VIII*. Conviene citar la conclusión a la que llega Englert:

Es claro que, cuando Lucrecio dice que la desviación es la fuente de la *libera voluntas* en los seres vivos, quiere decir que la desviación es la fuente de la habilidad que tienen los seres vivos de iniciar sus propias acciones; en otras palabras, que es la fuente última de sus movimientos y enfatiza este aspecto a lo largo del pasaje, tanto explícitamente como por el uso de los dos ejemplos, el de la carrera de caballos y el del hombre cayendo que recobra su balance.²⁰⁸

Ahora bien, Englert continúa indagando qué es exactamente la *voluntas* y de qué manera funciona el *clinamen* como su base física. Para realizar esta tarea, el autor considera necesario estudiar los desarrollos de Aristóteles sobre lo voluntario, τὸ ἐκούσιον y, el problema de la acción voluntaria en *Ética Eudemia*, *Ética Nicomáquea* y *De Motu Animalium*. No es lugar aquí para exponer dicho análisis, por lo cual consideramos

²⁰⁸ *Ibid.*, p. 73 (La traducción es mía).

adecuado únicamente señalar las conclusiones de tal desarrollo y su vínculo con el problema que nos ocupa.

Englert reconstruye el tratamiento de Aristóteles respecto a lo voluntario y la responsabilidad moral.²⁰⁹ Considerando el análisis del primer aspecto en *Ética Eudemia* y *Ética Nicomáquea*, podemos resumir lo siguiente: por un lado, lo voluntario se define como un principio de movimiento interno (ἀρχή κινήσεως), cuya naturaleza requiere un estímulo externo proveniente del objeto de deseo, es decir, de la causa final, para comenzar la acción. Por otro lado, sigue Englert, este principio interno está, efectivamente, dentro del agente y es activo; de hecho es lo que permite distinguirlo de la acción forzada cuyo principio proviene del exterior. Aristóteles postula un espíritu innato (σύμφυτον πνεῦμα) como ἀρχή interna; se trata de una especie de “herramienta” a través de la cual el deseo mueve el cuerpo. Dicho πνεῦμα constituye la base física de las acciones voluntarias porque es capaz de producir un movimiento, es el vínculo entre la ψυχή y el cuerpo.²¹⁰

Englert identifica un elemento en la definición de lo voluntario que Aristóteles desarrolla en *Ética Eudemia* y que no tiene contraparte exacta en *Ética Nicomáquea*, a saber, la responsabilidad moral [τὸ ἐφ’ ἡμῖν]. Aristóteles liga dicha responsabilidad con la habilidad de realizar o no una acción, es decir, los seres humanos tienen la capacidad de actuar de manera diferente, debido a que no están determinados. Además, la ἀρχή que éstos poseen es compleja porque contiene tanto a la razón [λόγος] como al deseo [ὄρεξις]. De este modo, Aristóteles considera que para la responsabilidad moral es un requisito que el agente sea capaz de actuar como lo hace o de otro modo. En cambio, en *Ética Nicomáquea*, siguiendo siempre a Englert, el estagirita integra las acciones τὸ ἐφ’ ἡμῖν (que dependen de nosotros) como parte de una categoría más amplia, la de lo voluntario. Además, Englert

²⁰⁹ El análisis de Englert es muy detallado; hemos prescindido de considerar con detenimiento el aspecto de la responsabilidad moral, porque nos parece que en el pasaje de Lucrecio no es clara la conexión. Sin embargo, constituye un aspecto que sería conveniente indagar posteriormente.

²¹⁰ *Ibid.*, pp. 76-94. Respecto al πνεῦμα, Englert menciona que esta doctrina aristotélica tiene varias complicaciones; por ejemplo, que el estagirita no explica las funciones del alma como si fueran identificables con el proceso fisiológico; además, no es claro cómo el deseo inicia la acción pero, a su vez, requiere de un movimiento previo del *pneuma*. No obstante, le interesa destacar el papel que desempeña dicho elemento en el inicio de una acción. El *pneuma* (aire caliente) sirve para explicar en qué sentido las acciones de los seres vivos tienen su fuente en el individuo mismo. Así, después de que se percibe una imagen, el ser vivo desea y, por ende se mueve. El *pneuma* produce el movimiento cuando se expande y se contrae. *Vid. Ibid.*, pp. 92-93.

discute algunas dificultades de la definición, tales como el carácter de los agentes y la fantasía.²¹¹

Después de esta breve presentación, podemos centrarnos en la interpretación que, al respecto, Englert presenta. Si Epicuro, dice, estaba influido por la teoría de Aristóteles sobre lo voluntario, entonces consideraba que las acciones voluntarias requieren un ἀρχή interna. Según Englert, el *clinamen* sería el equivalente atómico de la función que desempeña el σύμφυτον πνεῦμα, es decir, ambos cumplen un papel como inicio de este tipo de movimiento. Consecuentemente, analiza el ejemplo de la carrera de caballos: el caballo se encuentra frente a las compuestas de salida; cuando se abren, el *animus* es golpeado por los *simulacra*, inmediatamente se envía la señal a todo el cuerpo y se mueve a sí mismo a dónde quiere ir. Englert advierte que el movimiento comienza cuando uno de los átomos de la mente declina.²¹² Así, el *clinamen* es lo que permite distinguir las acciones voluntarias de las forzadas.

De acuerdo con Englert se pueden formular dos objeciones a su interpretación: por un lado, la relación de un desplazamiento espontáneo con la regularidad de las cosas y, por otro lado, la frecuencia con que ocurre el *clinamen*. Consideremos la primera dificultad. Según Englert, lo azaroso, en este caso, no implica que la acción sea también indeterminada, el *clinamen* es compatible con la idea de carácter o temperamento. El autor remite al pasaje III, 288-322 en el cual Lucrecio explica en términos atómicos dos aspectos de la formación del carácter: 1) el tipo de átomos del que está hecho el *animus* y el *anima*; 2) el carácter no está totalmente determinado por los átomos que lo componen; por el contrario, la razón nos hace capaces de modificar nuestras acciones.²¹³ Por lo tanto, aun cuando ocurra un movimiento indeterminado a nivel atómico, la acción puede ser constante y gobernada por el sujeto.

La segunda réplica a su interpretación consiste en advertir que resulta inadecuado pensar que, cuando sucede una desviación atómica, en ese preciso momento el ser vivo desea realizar una acción. El autor remite este problema a la discusión sobre la frecuencia del *clinamen*. Respecto a este aspecto Lucrecio no profundiza, simplemente señala que los átomos suelen desviarse. Englert sostiene que la declinación debe ocurrir continuamente,

²¹¹ *Ibid.*, pp. 94-112.

²¹² *Vid.*, *Ibid.*, p. 124.

²¹³ *Vid.*, p. 126-127.

además, debe ser más significativa en los átomos del *animus* que en los otros tipos de corpúsculos, debido a su extrema sutileza.

La interpretación de Englert consiste en señalar que la introducción del *clinamen* en el análisis de las acciones voluntarias de los seres vivos fue motivada por los desarrollos de Aristóteles en este tópico. De manera que, tanto Aristóteles como Epicuro proponen una ἀρχή κινήσεως interna como base material de la acción voluntaria.

4.2.3 David Sedley

Consideremos ahora la propuesta de David Sedley expuesta en su artículo *Epicurean anti-reductionism*.²¹⁴ En el texto podemos identificar dos apartados: la caracterización de la doctrina epicúrea como un materialismo no eliminativo,²¹⁵ y el examen de la causalidad descendente. Respecto a la caracterización de la doctrina epicúrea como un materialismo, Sedley advierte que los intérpretes suelen considerar al epicureísmo como una teoría cuya causalidad sucede de abajo hacia arriba (*bottom-up*), es decir, de los átomos hacia los cuerpos compuestos. Según el autor, las razones por las cuales ocurre esta consideración son claras: el contraste tradicional con el estoicismo, en el cual se sostiene una causalidad de arriba hacia abajo (*top-down*) y, la relación de Epicuro con su antecesor Demócrito, quien sostenía una teoría *bottom-up* que sacrifica el mundo por una realidad totalmente diferente de la percibida.²¹⁶

Sin embargo, de acuerdo con Sedley, un análisis detenido de los modos de existencia en el epicureísmo muestra que Epicuro no siguió a pie juntillas a su antecesor filosófico, debido a que el filósofo de Samos era consciente de su postura anti-reduccionista.²¹⁷ El autor menciona que existen varios tipos de reduccionismo, en específico se refiere al denominado ontológico, el cual sostiene que un grupo de cosas puede ser reducido a otro más fundamental. En el caso del atomismo, el reduccionismo consiste en afirmar que los fenómenos pueden ser reducidos a los átomos que los

²¹⁴ David Sedley, “Epicurean Anti-reductionism”, en *Matter and Metaphysics*, Nápoles, Bibliopolis, 1988, pp. 297-327.

²¹⁵ El materialismo no eliminativo consiste, como se verá más adelante, en una teoría de corte materialista que no se reduce a los principios, en este caso, los átomos, sino que considera que tanto los átomos como los cuerpos compuestos existen efectivamente. *Ibid.*, pp. 299-302.

²¹⁶ *Ibid.*, pp. 298-299.

²¹⁷ *Ibid.*, p. 301.

componen, porque éstos serían las entidades más básicas. Así, el materialismo eliminativo considera sólo lo fundamental, a saber, los átomos que son, en última instancia, la realidad.

La tesis de Sedley consiste en sostener que Epicuro es un materialista no eliminativo. Para demostrarlo analiza los modos de existencia en la doctrina del samio. En principio, señala que los átomos y el vacío existen *per se*. Sin embargo, a partir del análisis de fuentes epicúreas se puede advertir que este modo de existencia no es restrictivo; por el contrario Epicuro y Lucrecio afirman que los cuerpos compuestos existen por sí mismos. Por esta razón, el autor califica a esta ontología como generosa.²¹⁸ Sedley se detiene en la “Carta a Heródoto” 39-40 donde el filósofo del Jardín afirma que el universo está compuesto de σώματα καὶ κενόν, esto es, cuerpos y vacío; en este pasaje la expresión “cuerpos” tiene un espectro muy amplio, abarca todos los objetos fenoménicos, esto es, los compuestos.²¹⁹

Ocurre también que Epicuro sostiene que los átomos y el vacío son etiológicamente primeros, su importancia se expresa fundamentalmente en los contextos explicativos, en los cuales dichos elementos son los más básicos e importantes. Sin embargo, continúa Sedley, no se sigue de esta afirmación que éstos tengan una primacía ontológica. Los objetos en el nivel macroscópico tienen el mismo status ontológico, son existentes *per se*. Para sostener su argumento, Sedley recurre a una exégesis del epicúreo Demetrio de Laconia, en la que se demuestra que en dicha doctrina se pueden dividir las cosas que existen de la siguiente manera: el primer tipo son los entes *per se*; el segundo, las propiedades de los entes *per se* que, a su vez, se manifiestan de dos formas: 1) inseparables (*coniuncta*) y 2) separables (*eventa*). De modo que los existentes *per se* poseen una naturaleza auto subsistente, mientras que la otra clase de existentes dependen parasitariamente de los primeros.

A partir de esta consideración es posible, advierte Sedley, confirmar que la expresión “existentes *per se*” se aplica de manera generosa, dado que abarca un amplio margen de entidades. Epicuro considera que los cuerpos existen por sí mismos, de manera que los átomos y los compuestos tienen el mismo status ontológico. Los dos tipos de

²¹⁸ Con la expresión “ontología generosa” Sedley quiere decir que la idea de “existentes *per se*” tiene una aplicación amplia, no se reduce a átomos y vacío. De esta manera, tanto los cuerpos compuestos como los átomos comparten el mismo nivel ontológico. *Vid. Ibid.*, pp. 303-316.

²¹⁹ Del mismo modo podemos constatar que Lucrecio afirma en I, 418-429 que la existencia del cuerpo (*corpus*) se demuestra a través del testimonio de los sentidos, lo cual nos permite constatar que también el poeta acepta la existencia *per se* de los objetos fenoménicos.

propiedades, inseparables y separables, pertenecen a dichas entidades. Ciertamente, los átomos poseen propiedades inseparables o permanentes, a saber, solidez y tangibilidad. Por su parte, en los objetos fenoménicos también se presentan las propiedades del primer tipo y las accidentales, las cuales varían de un ente a otro, por ejemplo, el color. De este modo, sigue el autor, la doctrina epicúrea válida y estudia dichos cuerpos perceptibles porque podemos tener experiencia de ellos.

Por otro lado, a fin de avanzar en el estudio de la *voluntas*, David Sedley estudia la relación causal de las propiedades que están en los cuerpos. El primer tipo de causalidad es la ascendente (*upward*), en la cual se sostiene que un fenómeno es el resultado de otro más básico, por ejemplo, un cuerpo es consecuencia de ciertos eventos a nivel atómico. Asimismo, el segundo tipo es la causalidad horizontal que acaece en los dos niveles en el micro y macroscópico: en el primero se presenta cuando un átomo afecta a su semejante y se producen las colisiones; en el segundo es la actuación de un cuerpo sobre otro, cuya consecuencia puede ser un cambio de movimiento o de situación. El último tipo de causalidad a la que Sedley se refiere es la descendente (*downward*), es decir, la posibilidad de que las propiedades de los cuerpos macroscópicos actúen causalmente sobre los componentes atómicos. A decir del autor, tradicionalmente este tipo de causalidad se ha considerado fuera del materialismo epicúreo. Sin embargo, para Sedley demostrar esta relación constituye la pieza clave para argumentar a favor del anti-reduccionismo.

Ahora bien, si el nivel macroscópico estuviera causalmente determinado, entonces, todas las propiedades existentes estarían mecánicamente provocadas por los movimientos atómicos. Sedley recurre al pasaje 251 a 293, que hemos comentado, para indicar que existe un caso específico en el que ocurre una causalidad descendente, esto es, la causa de la acción autónoma es la voluntad de la mente, la cual mueve toda la materia del cuerpo. El autor sostiene que la mente o *animus* es el órgano físico de la conciencia y la voluntad de la mente es su propiedad accidental.²²⁰ De modo que la volición existe efectivamente en el nivel de la experiencia y no en el atómico, aunque haya requerido de una causa en el nivel de los átomos que posibilitara la emergencia de una propiedad como la mencionada. En este sentido Sedley afirma: “Yo mismo creo que fue en parte para hacer esta causalidad

²²⁰ Sedley, David. “Epicurean Anti-reductionism”, p. 318. Sedley afirma que la volición actúa sobre la materia atómica, por ese motivo tal propiedad habría emergido de los átomos de manera accidental y si hay causalidad descendente, entonces puede afectar a los átomos mismos.

descendiente posible que Epicuro introdujo la muy disputada declinación al azar de los átomos: una volición puede influenciar el movimiento atómico sólo si las leyes del movimiento atómico dejan realmente abierto y sin causa que el átomo pueda seguir dos o más trayectorias posibles.”²²¹

Sedley sostiene que el *clinamen* es esa “apertura” a la causalidad descendente. De modo que, en el epicureísmo, puede existir una teoría de las propiedades emergentes, es decir, a partir de cierta constitución material se puede producir, o bien surge, una propiedad que no estaba en un cuerpo.²²² En tal caso, dado el análisis del autor, concluye que los estados mentales (*mental states*) autónomos pueden ser entendidos como propiedades accidentales. Un estado mental es un tipo de condición o proceso que sucede en los seres vivos que son capaces de pensar o sentir, el dolor, las emociones, la voluntad, entre otros, son ejemplos de dichos estados. En particular, Sedley advierte que la volición resulta ser irreductiblemente diferente de los átomos y, por ende, no dependen causalmente de éstos. Existe, entonces, la causalidad descendente porque dicha facultad puede producir cambios en el nivel atómico, gracias a la posibilidad abierta por el *clinamen*.

4.3 Breves comentarios a las interpretaciones

Realizaremos ahora una valoración general de lo presentado. Por un lado, tanto Englert como Sedley insisten principalmente en dos aspectos: en primer lugar, ambos buscan dar razones de por qué Epicuro vinculó el *clinamen* con el problema de la libertad, para lo cual analizan el pasaje 250 a 293 del libro II del poema de Lucrecio. En efecto, en dichos autores encontramos el vínculo de la teoría física epicúrea con lo que los autores mencionados llaman psicología,²²³ en este caso, se privilegia el examen del tipo de movimiento característico de los seres humanos, a saber, el voluntario. Asimismo destacan que dicha formulación constituye un acierto porque es coherente con el conjunto de la doctrina; es decir, analizan los versos de Lucrecio sobre la *voluntas* en su relación con los

²²¹ *Ibid.*, p. 318-319. (La traducción es mía)

²²² David Sedley considera una analogía que es familiar a la ciencia ficción: “una computadora que deviene tan sofisticada que de pronto tiene una mente propia. En un instante más o menos determinado, deja de ser un mecanismo y se convierte en un agente autónomo, su comportamiento ya no se puede predecir sólo por las leyes de la electrónica”. *Vid., Ibid.*, p. 322. (La traducción es mía).

²²³ Englert y Sedley denominan “psicología epicúrea” a la explicación sobre las actividades del alma.

textos epicúreos. En segundo lugar, los intérpretes abren vías de análisis sobre el tipo de vínculo entre el *clinamen* y la *voluntas*. Es pertinente señalar que la postura anti-reduccionista puede ser la más fecunda en el sentido de proponer lecturas renovadoras y creativas del materialismo de corte epicúreo; porque al sostener que el plano fenoménico, es decir, el de la experiencia, no está totalmente determinado por el nivel atómico, permite pensar en la emergencia de propiedades, como la *voluntas* misma o de otro tipo, en el fundamento de la diversidad en la naturaleza y, en particular, en los seres humanos. Si bien los átomos y el vacío son los principios explicativos, sólo proporcionan al epicúreo el contexto básico de la comprensión de la naturaleza, pero no determinan del todo su visión del mundo ni sus acciones. Así, Lucrecio, a partir de los elementos fundamentales de la doctrina epicúrea, creó un lenguaje poético que expresa una naturaleza diversa, a veces espléndida, aunque también a veces destructiva.

Por su parte, la interpretación de Englert es muy sólida. Al considerar la influencia aristotélica en Epicuro, resulta claro que para él la *voluntas* cumple la función de principio de movimiento en los seres vivos. A su vez, considera que el *clinamen* funciona como el sustrato de dicha fuente; ocurre en el ánimo y permite que el movimiento se transmita al cuerpo entero. Ahora bien, consideramos que puede objetarse la interpretación de Englert si tenemos en cuenta la naturaleza azarosa del *clinamen*. En efecto, no parece claro que dicha moción se produzca cuando el agente está próximo a realizar una acción autónoma. En este sentido, no hay suficiente claridad en la explicación del estudioso inglés respecto a la relación entre una acción voluntaria y el *clinamen* de los átomos del ánimo, lo cual probablemente tiene que ver con el tipo de vínculo que se concibe entre el nivel micro y macroscópico.

De otro lado, la interpretación anti-reduccionista de Sedley parece enfrentar mejor la objeción formulada. El autor no propone una relación directa entre los dos niveles sino que se limita a señalar que la desviación atómica introduce la posibilidad de sostener una teoría de las propiedades emergentes, cuyo caso paradigmático es precisamente la *voluntas*. Bajo esta perspectiva, no es necesario dar cuenta de si ocurre o no una desviación cada vez que realizamos una acción voluntaria.

La interpretación de Sedley nos parece adecuada para comprender no sólo el pasaje de Lucrecio sobre la *voluntas*, sino la relación entre el ámbito de lo humano y el físico. En

efecto, se plantea una relación bilateral, en la cual no se afirma la primacía de los átomos más que como explicativamente primeros. Simpatizamos con la idea de que el *clinamen* es un movimiento que permite pensar en la posibilidad de la causalidad descendente en la doctrina epicúrea, la cual consiste en admitir que los cuerpos compuestos tienen la posibilidad de modificar, aunque sea mínimamente, sus átomos. Gracias al movimiento de desviación atómica se puede dar la emergencia de propiedades que no están directa ni causal ni estrictamente determinadas por los átomos.

El estudio de las propuestas de interpretación de Walter Englert y David Sedley nos ha permitido no sólo profundizar en el sentido de los versos sobre la *voluntas*, sino vislumbrar posibilidades de lectura. Siendo autores contemporáneos, no siguen una misma línea de investigación sino que discuten las anteriores y plantean propuestas. En particular, consideramos que la postura anti-reduccionista es la más interesante para analizar la doctrina epicúrea de la naturaleza, dado que consideramos que no todo evento a nivel macroscópico tiene su justificación en el microscópico. En el caso de la *voluntas*, podemos observar que, si bien se requiere del *clinamen* para que exista, no es posible pensar que cada vez que el individuo realiza una acción voluntaria suceda una desviación en los átomos de su alma; por el contrario, podría darse el caso de que el individuo tuviera cierto poder sobre sus propios átomos. El *clinamen* sólo abre la posibilidad pero no determina las acciones.

Ahora bien, sostenemos que el *clinamen* se puede entender como la condición de posibilidad de la *voluntas*; en otras palabras, el movimiento azaroso de los átomos permite la emergencia de nuevas propiedades a nivel macroscópico. Es claro que en el mundo fenoménico existe un orden y no puede surgir o aparecer cualquier cosa de manera espontánea o errática; en este sentido, como mencionamos en el capítulo tercero, Lucrecio afirma que entre los átomos existen pactos (*foedera naturae*) que condicionan los límites y posibilidades de los cuerpos. Sin embargo, en los compuestos hay propiedades y, en algunas ocasiones, éstas pueden cambiar, o hay otras que emergen, por ejemplo, los colores. Así, la *voluntas* es una propiedad que se manifiesta en los seres vivos, es la capacidad de dirigir los movimientos.

Consideramos que se puede entender la relación entre el *clinamen* y la *voluntas* de la siguiente manera: según Lucrecio, las dos mociones se caracterizan por ser espontáneas,

debido a que suceden en lugar y tiempo indeterminados. Sin embargo, dichos movimientos se inscriben en contextos estables: el primero es compatible con los *foedera naturae*, alianzas o pactos atómicos. El segundo se relaciona con el temperamento, es decir, aquello que es fijo en concordancia con un tipo de alma. Así, ambos rompen con la causalidad, con el destino.

Por lo demás, la desviación atómica se ubica en el nivel más básico, es decir, en el atómico y permite que en el nivel macroscópico exista un correlato que no esté directa ni necesariamente determinado por él, simplemente lo hace posible. Por lo tanto, no se trata de una relación causal sino condicional: existe la condición que permite la emergencia de propiedades en el mundo fenoménico. Los seres animados manifiestan la indeterminación inherente a la naturaleza en el tipo de movimiento del que son capaces.

Por último, la emergencia de la voluntad en los seres vivos nos permite pensar en la causalidad de tipo descendente. En este caso, el cuerpo compuesto tiene también posibilidad de modificar o simplemente controlar sus átomos. De esta manera, podría pensarse que el ser humano puede modificar su temperamento, dirigir su propia existencia. A partir de esta consideración es posible indagar sobre la relación entre la física y la ética epicúrea. Por nuestra parte, sólo queremos dejar apuntada una línea sugerente e interesante al respecto. Lucrecio afirma que hay algo en nuestros pechos que puede refrenar los impulsos externos y redirigir nuestra acción; entonces, también tenemos la posibilidad de actuar sobre nosotros mismos.²²⁴

²²⁴ Esta propuesta de interpretación es una primera aproximación que gracias a las sugerencias del doctor Martiarena he planteado.

Conclusiones

El camino recorrido hasta ahora no es más que un comienzo. Como todo comienzo implicó indecisiones y tropiezos así como algunos aciertos y progresos. Todo lo cual ha contribuido a dar forma al conjunto del trabajo. En esta trayectoria han surgido temas y problemas, así como propuestas e interpretaciones que hemos tenido que marginar, no sin la expectativa de estudiarlas en otro momento. Sin embargo, durante la elaboración de esta investigación hemos podido profundizar y estudiar el pasaje sobre el *clinamen*, cuya importancia para el estudio de la doctrina epicúrea de la naturaleza es fundamental. De manera que nos corresponde señalar ahora las conclusiones a las que hemos llegado, a partir de la consideración de los puntos principales de cada capítulo.

El objetivo del presente trabajo ha sido estudiar el primer libro y, en particular, los versos 216 a 293 del libro segundo del poema latino *De rerum natura*, a fin de hacer notar la importancia y significación de la noción de *clinamen* y el papel que juega en la doctrina epicúrea de la naturaleza. Del mismo modo, hemos querido mostrar no sólo algunas interpretaciones contemporáneas sobre dicho pasaje fundamental del poema, sino también hemos procurado indicar la posibilidad de seguir presentando exégesis y lecturas; por este motivo seleccionamos los estudios contemporáneos que consideramos pertinentes respecto al tema tratado. Conviene mencionar que una de las dificultades del estudio de dicho tema dentro de una obra tan extensa es que en ocasiones puede perderse de vista el escenario poético en el cual se inscribe la descripción del *clinamen*. Si bien en algunos momentos nos ocupamos de las investigaciones sobre epicureísmo desde el marco de la filosofía aristotélica, hemos procurado no distanciarnos del poeta a fin de concebir el papel de tal desplazamiento en su propia filosofía.

A continuación presentaremos las conclusiones a las que hemos llegado en cada capítulo, nuestro propósito es señalar algunas características de la física epicúrea expuesta por Lucrecio. En el capítulo 2 indicamos que nuestra propuesta se desarrolla en tres partes. En primer lugar, el estudio de la idea de *natura*, la cual implica tanto los principios fundamentales de la doctrina de la naturaleza, así como de sus elementos: los átomos y el vacío. En segundo, el análisis e interpretación del movimiento atómico, en específico el

clinamen, que constituye el movimiento atómico más significativo y problemático del sistema. Por último, el examen de la *voluntas*, cuya relevancia se refleja primordialmente en el ámbito humano. Lo que nombramos al inicio de la tesis como “física de Venus” consiste en un conocimiento fundamentado de estos tres aspectos, los cuales se conjugan para formar una visión ordenada de la naturaleza.

Como mencionamos en la introducción y en el capítulo segundo, la expresión “física de Venus” nos parece adecuada para designar la doctrina epicúrea. En efecto, la noción de física debe entenderse en este contexto como una evocación de la idea de *φυσιολογία* de Epicuro que Lucrecio expresa en latín como *natura species ratioque*, es decir, contemplación y explicación de la naturaleza.²²⁵ Se trata del estudio y conocimiento de la física que el epicúreo debía realizar como parte principal de su práctica filosófica. Este ejercicio tenía como fin fundamental procurar la tranquilidad del alma, esto es, liberarla de las perturbaciones generadas por el desconocimiento o incomprensión de la naturaleza de las cosas. Tal ignorancia es la causa del temor a los dioses y a la muerte. La utilidad del conocimiento está directamente relacionada con su eficacia para producir la *ataraxia*.

Ciertamente, una detenida observación e indagación de la naturaleza nos permite reconocer la ocurrencia de eventos tanto regulares como azarosos. Ante nuestros ojos se desarrollan los procesos de generación, desarrollo, corrupción y destrucción de las cosas y los seres. Los cuerpos compuestos son el resultado de uniones atómicas productivas, de ahí el sentido fructífero de los movimientos de los corpúsculos.

Ahora bien, conviene considerar las conclusiones de cada capítulo como rasgos característicos de esta doctrina de la naturaleza. En el capítulo 2 se estudiaron los principios fundamentales de la física: nada nace de la nada; nada regresa a la nada y, el todo es infinito. Estos enunciados constituyen la base de una filosofía que rechaza la introducción de agentes externos en la actividad de la naturaleza. También se estudiaron los elementos básicos que constituyen el universo, a saber, átomos y vacío. A partir de estos aspectos fundamentales se puede caracterizar a tal física como materialista.

El mundo es el resultado de incontables cambios y modificaciones de los nexos entre átomos. Los acoplamientos atómicos dan lugar a un estado de cosas con cierta

²²⁵ Lucrecio, *op. cit.*, I, 146-148.

estabilidad. Sin embargo, tal estado es temporal, dado que la desviación introduce la “caducidad” de los seres y las cosas. Puede resultar sorprendente que de la simple materia se genere un mundo ordenado y regular y que de ella procedan los seres humanos, seres racionales. No parecen empero descabelladas estas ideas si consideramos que así como juzgamos increíble la formación del mundo y de nosotros mismos por entrelazamientos azarosos y propicios, puede resultar igualmente inverosímil que un mundo ordenado por dioses sea tan caótico. Pero no solo eso, sino que en el conjunto de la visión de la naturaleza epicúrea, esta doctrina resulta liberadora, porque promete la eliminación de los temores que atormentan el alma. Lucrecio afirma al final del libro II: “Si te has penetrado bien de estas verdades, al punto la naturaleza se te aparecerá libre, exenta de soberbios tiranos, obrando por sí sola, espontáneamente, sin participación de los dioses”.²²⁶

En el capítulo 3 abordamos el problema del *clinamen*. Por un lado, examinamos el pasaje 216 a 250 del libro II. Por otro, estudiamos diversas propuestas contemporáneas de interpretación que nos han permitido conocer algunas perspectivas y vías de comprensión; por ejemplo los análisis de autores de la tradición anglosajona como O’Keffe y Englert, que discuten el problema del movimiento atómico en relación con la filosofía aristotélica; por su parte, los autores franceses como Serres y Rosset realizan lecturas originales, el primero desde la historia de la ciencia, mientras que el segundo desde la historia de las ideas naturalistas; asimismo García Rúa desarrolla un interesante acercamiento desde la idea de legalidad. De esta manera, podemos observar que el problema del *clinamen* y en general, el tema de la física epicúrea es, hoy en día, un tópico importante de discusión y reflexión filosófica. Por otra parte, cabe destacar el esfuerzo de los investigadores por dar sentido a la teoría del *clinamen*, en específico Walter Englert, quien ha profundizado significativamente en la justificación de la desviación atómica como parte de una respuesta a la crítica aristotélica al atomismo antiguo; y de Michel Serres, cuya propuesta desafía nuestro conocimiento de la ciencia antigua y, con ello, introduce una crítica a la moderna.

A partir del capítulo 3 podemos concluir una característica más de dicha física: es estocástica, porque el comportamiento de los átomos es indeterminado, azaroso. Hemos visto que el *clinamen* es un movimiento mínimo de desplazamiento de un átomo cuando está cayendo a través del vacío y ocurre en tiempo y espacio no determinados. Se trata de

²²⁶ *Ibid.*, II, 1090-1104.

un ligero cambio en la trayectoria de caída producido por el átomo de manera espontánea, cuya causa es la naturaleza misma del átomo. A la vez, constituye un movimiento distinto al de caída y choque. La causa de la caída es el peso del átomo, que es una propiedad intrínseca. Asimismo, el choque constituye un movimiento forzado. Caída y choque son desplazamientos propios del átomo pero motivados por agentes externos, el peso o la fuerza. En cambio, la desviación es un movimiento activo y contingente.

El *clinamen* también puede entenderse como condición de posibilidad del mundo. A su vez fundamenta sus características: gracias a la exigua, casi imperceptible, desviación de los átomos, se inician las colisiones que darán lugar a la formación de cuerpos y mundos. El *clinamen* es fundamento de la diversidad y pluralidad de la naturaleza. Esta interpretación nos parece pertinente porque permite sortear dos problemas: en primer lugar, el de la frecuencia con que aparece la desviación no sólo en la catarata atómica sino en los cuerpos compuestos; porque no es necesario sostener una relación de causalidad entre el *clinamen* y un efecto en el mundo (que puede ser la *voluntas*), sino simplemente afirmar que la desviación atómica abre la posibilidad del mundo. En efecto, no hay ninguna indicación al respecto ni en el poema de Lucrecio ni en las cartas y sentencias de Epicuro sobre la frecuencia o el tipo de causalidad que produce dicho desplazamiento. Los investigadores contemporáneos, como Sedley o Englert, que han estudiado los papiros de Herculano, tampoco han encontrado testimonios, sean epicúreos o de otros filósofos antiguos, para poder aclarar este punto. En segundo lugar, el problema de la relación entre el *clinamen*, movimiento indeterminado y los pactos naturales, que son el fundamento de la regularidad de la naturaleza. Si la desviación es condición de posibilidad del mundo, entonces su resultado está siempre abierto, propenso al cambio, aun cuando permanezca estable por cierto tiempo. Así, Lucrecio presenta el funcionamiento de la naturaleza o estado de cosas siempre de manera estocástica. En palabras del poeta:

Pues desde la eternidad es infinito el número de átomos que, de mil maneras combatidos por choques y arrastrados por su gravedad propia, se han combinado de mil modos y probado todo lo que eran capaces de crear por la unión de unos con otros; por lo que no es extraño que acertaran también la disposición y los movimientos convenientes con que opera y se renueva el universo ahora existente.²²⁷

²²⁷ *Ibid.*, V, 187-194.

Por último, en el capítulo 4 estudiamos los versos 250 a 293 del libro segundo, cuyo tema principal es la *voluntas*. Habiendo revisado los estudios de Englert y Sedley, concluimos que es pertinente adoptar una postura no reduccionista para comprender la relación entre la desviación atómica y la libertad innata de los seres vivos. Si la *voluntas* es una propiedad emergente de los cuerpos compuestos, entonces los eventos a nivel microscópico no determinan el mundo fenoménico. Por lo tanto, el ser humano puede alcanzar la ataraxia en la medida en la que es capaz de modificar su estado anímico. Así, encontramos una particularidad más de esta física: afirma la capacidad humana de iniciar y gobernar las acciones, es decir, de actuar libremente.

Conviene señalar que la doctrina epicúrea de la naturaleza o *vera ratio*, tal como la presenta Lucrecio en su poema, tiene sentido si el discípulo logra el fin de alejar la perturbación del alma. Sobre este punto queremos indicar una posible vía de estudio, en la cual se podría profundizar en otro trabajo; a saber, la *voluntas* como facultad humana que permite actuar sobre nuestra propia disposición anímica y gobernar nuestros actos. Lucrecio insiste en el poder que tenemos de cambiar nuestras creencias a partir del conocimiento de la naturaleza de las cosas. En otras palabras, podríamos decir que es posible modificar no sólo el modo de ver las cosas sino el modo de vivir; más aún, la manera de relacionarnos con nosotros mismos y con los otros.

ANEXO

Illud in his quoque te rebus cognoscere auemus, 216
 corpora cum deorsum rectum per inane feruntur
 ponderibus propriis, incerto tempore ferme
 incertisque locis spatio depellere paulum,
 tantum quod momen mutatum dicere possis. 220
 Quod nisi declinare solerent, omnia deorsum,
 imbris uti guttae, caderent per inane profundum,
 nec foret offensus natus nec plaga creata
 principiis : ita nil umquam natura creasset.
 Quod si forte aliquis credit grauiora potesse 225
 corpora, quo citius rectum per inane feruntur,
 incidere ex supero leuioribus atque ita plagas
 gignere quae possint genitalis reddere motus,
 auius a uera longe ratione recedit.
 Nam per aquas quacumque cadunt atque aera rarum, 230
 haec pro ponderibus casus celerare necessest
 propterea quia corpus aquae naturaque tenuis
 aeris haud possunt aequae rem quamque morari,
 sed citius cedunt grauioribus exsuperata.
 At contra nulli de nulla parte neque ullo 235
 tempore inane potest uacuum subsistere rei,
 quin, sua quod natura petit, concedere pergat;
 omnia quapropter debent per inane quietum
 aequae ponderibus non aequis concita ferri.

La declinación de los átomos

Deseo también que sepas, a este propósito, que cuando los átomos caen en línea recta a través del vacío en virtud de su propio peso, en un momento indeterminado y en indeterminado lugar se desvían un poco, lo suficiente para poder decir que su movimiento ha variado. Que si no declinaran los principios, caerían todos hacia abajo cual gotas de lluvia, por el abismo del vacío, y no se producirían entre ellos ni choques ni golpes; así la naturaleza nunca hubiera creado nada.

Pues si alguien cree que los átomos más pesados, por ir más velozmente en línea recta a través del vacío, pueden caer sobre los más ligeros y producir así choques capaces de provocar movimientos creadores, yerra y se aparta mucho de la verdadera razón. Pues todo lo que cae a través del agua y del aire tenue, debe necesariamente acelerar su caída en proporción a su peso; porque los elementos del agua y la enrarecida sustancia del aire no pueden retardar igualmente todos los cuerpos, sino que, vencidos, ceden antes a los más pesados. Pero, al contrario, el vacío no puede en ningún lugar ni momento encontrarse debajo de un cuerpo sin que inmediatamente ceda, como exige su naturaleza; en consecuencia, en el inmóvil vacío todos los cuerpos deben moverse con igual celeridad, aun siendo desiguales en peso.

Haud igitur poterunt leuioribus incidere umquam 240
ex supero grauiora neque ictus gignere per se
qui uariant motus per quos natura gerat res.
Quare etiam atque etiam paulum inclinare necessest
corpora, nec plus quam minimum, ne fingere motus
obliquos uideamur et id res uera refutet. 245
Namque hoc in promptu manifestumque esse uidemus,
pondera, quantum in sest, non posse obliqua meare,
ex supero cum praecipitant, quod cernere possis.
Sed nil omnino < recta > regione uiui
declinare quis est qui possit cernere sese? 250

Así, nunca podrán los más graves caer sobre los más ligeros, ni engendrar por su cuenta golpes que causen los variados movimientos que la naturaleza necesita para su actividad. Por lo cual, una vez más lo repito, es preciso que los átomos declinen un poco; sólo el mínimo posible, no se diga que imaginamos movimiento oblicuos, que la realidad refutaría. Pues una cosa vemos clara y manifiesta: los pesos, de suyo, no pueden caer oblicuamente cuando se precipitan desde arriba, en cuanto podemos observar. Pero, que nada se desvíe en absoluto de la vertical, ¿quién hay que pueda observarlo?

Denique si semper motus conecitur omnis
 et uetere exoritur < semper > nouus ordine certo
 nec declinando faciunt primordia motus
 principium quoddam quod fati foedera rumpat,
 ex infinito ne causa causam sequatur, 255
 libera per terras unde haec animantibus exstat,
 unde est haec, inquam, fati auolsa uoluntas,
 per quam progredimur quo ducit quemque uoluptas,
 declinamus item motus nec tempore certo
 nec regione loci certa, sed ubi ipsa tulit mens? 260
 Nam dubio procul his rebus sua cuique uoluntas
 principium dat et hinc motus per membra rigantur.
 Nonne uides etiam patefactis tempore puncto
 carceribus non posse tamen prorumpere equorum
 uim cupidam tam de subito quam mens auet ipsa? 265
 Omnis enim totum per corpus materiai
 copia conciri debet, concita per artus
 omnis ut studium mentis conixa sequatur;
 ut uideas initum motus a corde creati
 ex animique uoluntate id procedere primum, 270
 inde dari porro per totum corpus et artus.
 Nec similest ut cum impulsus procedimus ictu
 uiribus alterius magnis magnoque coactu.

En fin, si todos los movimientos se encadenan y el nuevo nace siempre del anterior, según un orden cierto, si los átomos no hacen, declinando, un principio de moción que rompa las leyes del hado, para que una causa no siga a otra causa hasta el infinito, ¿de dónde ha venido a la tierra esta libertad de que gozan los seres vivientes? ¿De dónde, digo, esta voluntad arrancada a los hados, por la que nos movemos a donde nuestro antojo nos lleva, variando también nuestros movimientos, sin que los determine el tiempo ni el lugar, siguiendo sólo el dictado de nuestra propia mente? Pues, sin duda, es la voluntad de cada uno la que da principio a estos actos; brotando de ella, el movimiento fluye por los miembros.

¿No ves también cómo, al abrirse las cuerdas en un momento dado, los anhelantes caballos no pueden lanzarse a la carrera tan prontamente como desea su ánimo? Precisan, en efecto, excitar toda la masa de materia a través del cuerpo entero para que, una vez excitada en los miembros, siga con esfuerzo concorde el afán de la mente; por donde puedes ver que el principio del movimiento nace en el corazón y tiene su origen en la voluntad del espíritu, y desde allí se trasmite por todo el cuerpo y los miembros. Distinto es el caso cuando nos proyectamos adelante de un golpe, impulsados por una gran fuerza externa y por una violenta coacción.

Nam tum materiem totius corporis omnem
perspicuumst nobis inuitis ire rapique, 275
donec eam refrenauit per membra uoluntas.
Iamne uides igitur, quamquam uis extera multos
pellat et inuitos cogat procedere saepe
praecipitesque rapi, tamen esse in pectore nostro
quiddam quod contra pugnare obstareque possit? 280
Cuius ad arbitrium quoque copia material
cogitur interdum flecti per membra per artus
et proiecta refrenatur retroque residit.
Quare in seminibus quoque idem fateare necessest,
esse aliam praeter plagas et pondera causam 285
motibus, unde haec est nobis innata potestas,
de nilo quoniam fieri nil posse uidemus.
Pondus enim prohibet ne plagis omnia fiant
externa quasi ui. Sed ne mes ipsa necessum
intestinum habeat cunctis in rebus agendis 290
et deuicta quasi cogatur ferre patique,
id facit exiguum clinamen principiorum
nec regione loci certa nec tempore certo.

Pues está claro que entonces la masa entera de todo el cuerpo se mueve y es arrastrada a pesar nuestro, hasta que la voluntad la refrena en los miembros. ¿Ves, pues, ahora, aunque una fuerza exterior empuje a muchos y a menudo les fuerce a andar mal de su grado, los arrastrase y precipite, cómo hay sin embargo en nuestro pecho algo capaz de resistir y hacerle frente? Al arbitrio de esa voluntad también la masa de la materia es forzada a veces a girar a través del cuerpo y los miembros, o, si ha sido lanzada adelante, a refrenarse y retroceder sosegada.

Por lo cual, necesario es reconocer igualmente en los átomos, además de los choques y la gravedad, otra causa motriz de la que proviene esta potestad innata en nosotros, ya que, como vemos, nada puede nacer de la nada. La gravedad impide, en efecto, que todo se haga por medio de choques, es decir, por una fuerza exterior. Pero lo que impide que la mente misma obedezca en todos sus actos a una necesidad interna, sea dominada por ésta y tenga que soportarla pasivamente, es la exigua declinación de los átomos, en un lugar impreciso y en tiempo no determinado.²²⁸

²²⁸ Traducción de Eduard Valentí Fiol.

Bibliografía

Lucrecio

Lucrecio, *De rerum natura. De la naturaleza*, presentación de S. Greenblatt, tr. e intr. Eduard Valentí Fiol, Barcelona, Acantilado, 2012.

_____, *La naturaleza*, intr. y trad. F. Socas, Madrid, Gredos, 2003.

Lucrecio Caro, Tito, *De la naturaleza*, tr. J. Marchena, México, Porrúa, 1985.

_____, *De la naturaleza de las cosas*, intr., versión rítmica y notas de R. Bonifaz Nuño, México, UNAM, 1984.

_____, *De la naturaleza de las cosas*, tr. e intr. R. Acuña, México, UNAM, 1963.

_____, *De la naturaleza de las cosas*, intr. A. García Calvo, tr. Abate Marchena, Madrid, Cátedra, 2010.

_____, *La naturaleza de las cosas*, intr. y tr. M. Castillo Bejarano, Madrid, Alianza, 2003.

Lucrèce, *De la nature des choses*, intr. A. Gigandet, tr. B. Pautrat, Paris, Le livre de poche, 2002.

_____, *De la nature*, texte établi et traduit par Alfred Ernout, Paris, Belles Lettres, 1993.

Lucretius, *On the Nature of the Universe*, translated by R. Melville, intr. Don and Peta Fowler, Great Britain, Oxford University Press, 1997.

T. Lucreti Cari, *De Rerum Natura. Libri Sex. The Latin text of Lucretius*, ed. William Ellery Leonard and Stanley Barney Smith, USA, The University of Wisconsin Press, 1949.

Epicuro

Epicuro, *Obras*, tr. M. Jufresa, Madrid, Tecnos, 1999.

_____, *Opere*, tr. G. Arrighetti, Torino, Giulio Einaudi, 1973.

The Epicurus Reader: Selected writings and testimonia, translated and edited B. Inwood and L. P. Gerson, intr. D. S. Hutchinson, Indianapolis. Hackett Publishing Company, 1994.

Usener, H. ed., *Epicurea*, New York, Cambridge University Press, 2010.

_____. *Glossarium Epicureum*, ed. M. Gigante y W. Schmid, Roma, Edizioni Dell'ateneo & Bizzarri, 1977.

Estudios

Aristóteles, *Metafísica*, ed. trilingüe V. García Yebra, Madrid, Gredos, 1998.

_____, *Física*, intr. y tr. G. R. de Echandía, Madrid, Gredos, 2007.

Association Guillaume Budé: Actes du VIIIe. Congrès, Paris, Belles Lettres, 1969.

Bailey, Cyril, *The Greek Atomist and Epicurus*, New York, Russell & Russell, 1964.

Boyancé, P., *Lucrece et l'épicurisme*, Paris, Presses Universitaires de France, 1963.

Cappelletti, A., *Lucrecio: La filosofía como liberación*, Caracas, Monte Ávila, 1987.

Char, R., *La palabra en Archipiélago*, tr. Jorge Riechmann, Madrid, Hiperión, 1986.

Compte-Sponville, A., *Le Miel et l'Absinthe. Poésie et Philosophie chez Lucrece*, 2eme. édition, Paris, Le Livre de Poche, 2012.

Conche, M., *Lucrece et l'expérience*, Paris, Presses Universitaires de France, 2011.

Deleuze, G., *Lógica del sentido*, tr. M. Morey, Barcelona, Paidós, 2005.

Diógenes Laercio, *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*, Madrid, Alianza, 2007.

Englert, W., *Epicurus on the swerve and voluntary action*, California, Stanford University, 1981.

Fowler, D., *Lucretius on atomic motion. A commentary on De Rerum Natura Book Two, lines 1-332*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

Furley, David, *Two Studies in The Greek Atomist*, New Jersey, Princeton University Press, 1967.

García Gual, C., *Epicuro*, Madrid, Alianza, 2002.

García Rúa, J. L., *El sentido de la naturaleza en Epicuro. Algunos aspectos del discurso físico epicúreo*, Granada, Editorial Comares, 1996.

Gigandet A. y Morel P. M., comp. *Lire Épicure et les épicuriens*, Paris, Quadrige / PUF, 2007.

Gigandet, A., "Presencia de Epicuro", en *Foucault y la filosofía antigua*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2004.

- Gillespie, S. ed., *The Cambridge Companion to Lucretius*, UK, Cambridge University Press, 2007.
- Greenblatt, S., *El giro. De cómo un manuscrito olvidado contribuyó a crear el mundo moderno*, Madrid, Crítica, 2012.
- Kirk G. S., Raven J. E., Schoefield M., *Los filósofos presocráticos. Historia crítica con selección de textos*, versión española J. García Fernández, Madrid, Gredos, 2008.
- Lévy, C., ed., *Le concept de nature à Rome. La Physique*, Paris, Presses de l'École Normale Supérieure, 1996.
- Lledó, E., *El epicureísmo. Una sabiduría del cuerpo, del gozo y de la amistad*, Barcelona, Montesinos Editor, 1987.
- Martiarena, O., "Tranquilidad del alma y poesía en *De rerum natura*", *Theoría. Revista del Colegio de Filosofía*, 20-21 (2010): 143-158.
- Marx, K., *Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y Epicuro*, México, Sexto Piso, 2004.
- Mélis, C., "El lenguaje poético como expresión del conocimiento científico" en *Contactos. Revista de Educación en ciencias básicas e ingeniería*, Vol. III, Num. 3, 1988, pp. 2-10.
- Mitsis, P., *Epicurus' Ethical Theory. The pleasures of invulnerability*. New York, Cornell University, 1988.
- Morel, P. M., *Atome et nécessité. Democrite, Epicure, Lucrèce*, Paris, Presses Universitaires de France, 2000.
- Nietzsche, F., *La ciencia jovial [La gaya scienza]*, Madrid, Colofón, 2001.
- O'Keffe, T., "Does Epicurus Need the Swerve as an Arché of Collisions?" *Phronesis*, Vol. XLI/3, 1996, pp. 305-317.
- Otto, W. F., *Epicuro*, tr. E. Lassman Klee, Madrid, Sexto Piso, 2006.
- Rosset, C., *La antinaturalidad. Elementos para una filosofía trágica*, versión española F. Calvo, Madrid, Taurus, 1974.
- _____, *Logique du pire. Eléments pour une philosophie tragique*. Paris. Presses Universitaires de France, 2008. (tr. cast. *Lógica de lo peor. Elementos para una filosofía trágica*, Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2013).
- Salem, J., *Lucrèce et l'éthique. La mort n'est rien pour nous*, Paris, Librairie Philosophique J. Vrin, 1997.

- Santayana, G., *Tres poetas filósofos: Lucrecio, Dante, Goethe*, tr. J. Ferrater Mora, Madrid, Tecnos, 2009.
- Sedley, D., *Lucretius and the transformation of greek wisdom*. Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
- _____, “Epicurean anti-reductionism”, en *Matter and Metaphysics: Fourth Symposium Hellenisticum*, Napoli, Italy, 1988, pp. 297-327.
- Séneca, Lucio, Anneo, *Cartas a Lucilio*, tr. J. M. Gallegos Rocafull, México, UNAM, 1980.
- Serres, M., *El nacimiento de la física en el texto de Lucrecio. Caudales y turbulencias*, tr. y prol. J. Luis Pardo, Valencia, Pre-textos, 1994.
- Setaioli Aldo. “L’analogie et la similitude comme instruments de démonstration chez Lucrèce” en *Pallas*, 69, 2005, pp.117-141.
- Warren, J. ed., *The Cambridge Companion to Epicureanism*. Cambridge, Cambridge University Press, 2009.